FRANCISCO NARLA

DONDE AÚLLAN LAS COLINAS

HISPANIA, SIGLO I a. C., JULIO CÉSAR SE ENFRENTA A SU MÁS IMPLACABLE Y DESCONOCIDO ENEMIGO

Lectulandia

En Hispania la guerra civil ha terminado. Roma está en manos de un solo hombre: Julio César. Pero su ambición no tiene límites, y conoce un lugar en las colinas del norte donde se guarda un secreto que garantizaría el poder que ambiciona. Y hasta la ancestral Galicia envía a un grupo escogido de sus legionarios que, haciéndose pasar por alimañeros, acabarán con los lobos que merman el ganado de las tribus locales. Sin embargo, algo saldrá mal.

La última loba preñada es acorralada. Y el lobo no tendrá piedad con los hombres que han matado a su compañera. Los perseguirá hasta el corazón de la misma Roma y truncará los planes secretos de Julio César.

Lectulandia

Francisco Narla

Donde aúllan las colinas

ePub r1.0
epubdroid 16.06.16

Francisco Narla, 2016
Ilustraciones: Diego Carrillo (mapa), GradualMap (plano)
Diseño de cubierta: Masgráfica

Editor digital: epubdroid
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Gracias, gracias a todos los que han encontrado entre sus recuerdos un escondrijo para mis cuentos. Gracias.

Para ella, mi linda niña, que me vio caminar al borde del abismo y no se alejó.

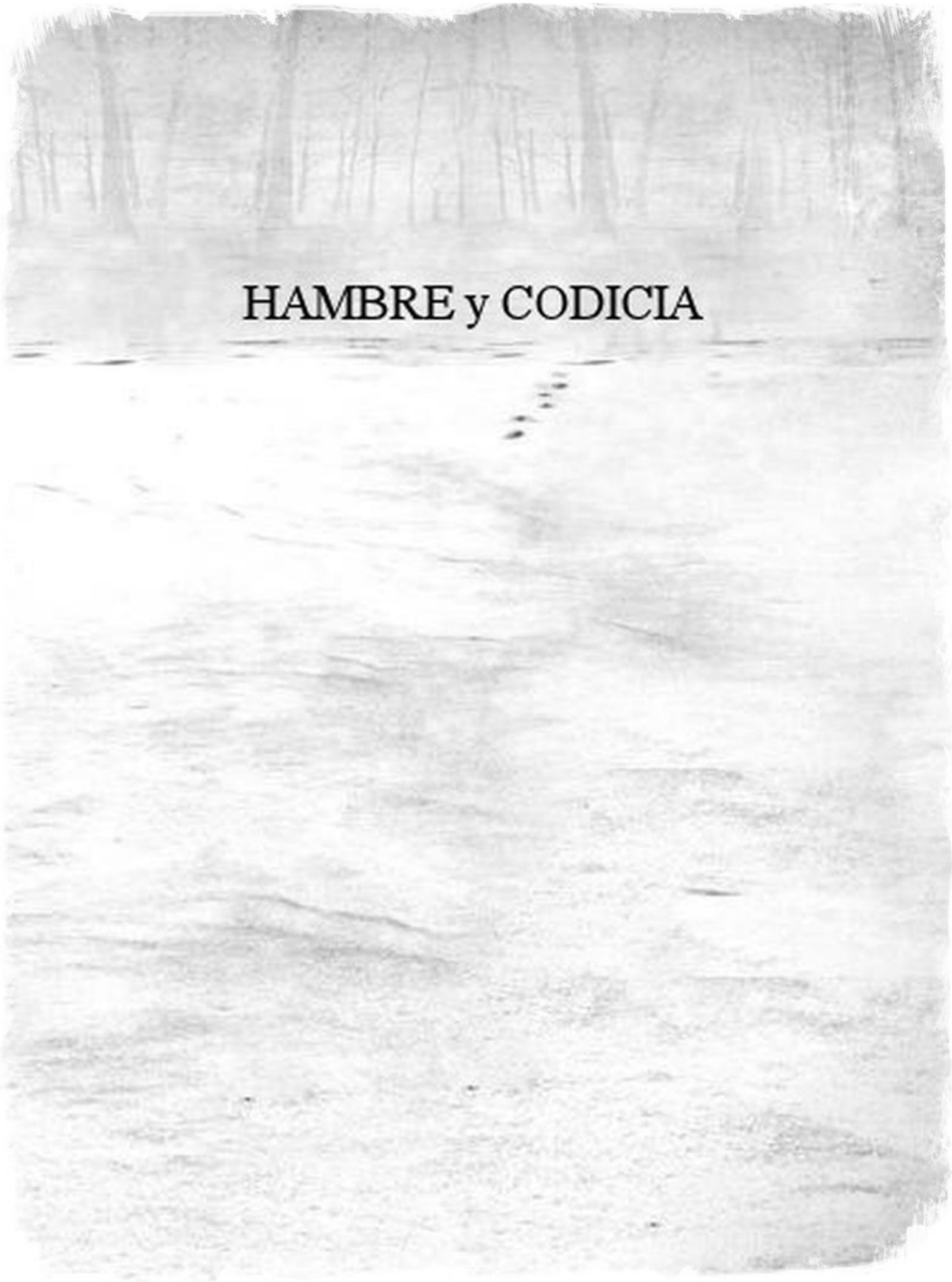
MAPAS

www.lectulandia.com - Página 7

QUIRINAL
ESQUILINO
VIMINAL
SUBURRA
CELIO
PALATINO
AVENTINO
TRASTÉVERE
Campo Marzio
Templo de Venus
Teatro Pompeyo
Templo de Juno
Templo de Jupiter
Isla Tiberina
Río Tiber
Templo de las Vestales y Residencia del Pontífice Máximo
Vía Sacra
Vía Triumphalis
Templo de Jano
Templos de Cibeles y Victoria
Circo Máximo
Río Tiber
Horreos
Puerto

En el norte, al abrigo de las piedras, entre las raíces de los bosques, colgadas en los montes, para aquel que quiera escucharlas, se custodian mil leyendas que hablan de lobos.

Esta es una de ellas…


HAMBRE y CODICIA

Se lo contó el viento.

Hedía a desgracia.

Venía trotando por la cresta de la montaña, bajo las sombras cuarteadas de los pinos, entre tojos y pizarra, al través del monte. De regreso tras su última batida, con el pellejo de una liebre preso en las fauces. Caía la tarde y él volvía a la lobera. Fue entonces cuando aquella pestilencia lo abofeteó.

Una amenaza trepaba por las colinas. Una que traía a rastras el regusto del cuero viejo y el tufo a lana sobada.

Y el lobo la reconoció.

Se detuvo. Y quedó aupado a un peñasco por el que reptaban líquenes, asomando al borde del risco mientras un racimo de gravilla caía por la pendiente sembrada de zarzas. Era un macho viejo, pesado, de huellas profundas, con los cuartos cargados por cacerías de venados. Con los años pintados en la pelambre y el grueso pescuezo rastrillado por las victorias que lo habían hecho señor de la manada.

Miraba en derredor. Husmeando aquel peligro que presentía en el laberinto de arroyos del valle.

Y lo reconoció.

Quiso asegurarse. La liebre cayó aplastando trenzas de helechos. Se pasó la lengua por el hocico para aventar de nuevo aquel soplo que gateaba desde las tierras bajas. Y un gruñido le sacudió los belfos. La fetidez era inconfundible.

El viento cardaba las ramas de los fresnos, remetía los brezos. Y también portaba un mensaje. El viento le susurró al lobo que el cerco se estrechaba; que los cazadores se acercaban.

El hombre había llegado.

Y se echó monte abajo.

Y corrió hacia la lobera. Casi tan rápido como el ocaso que encharcaba el horizonte, porque aquel rastro solo podía significar una cosa: muerte.

* * *

—La codicia es siempre la furcia con más clientes del burdel…

El sol huía hacia poniente y, en aquel claro del bosque, las sombras se estiraban, deshilachándose mansamente de los mantos que vestían los legionarios.

Eran hombres de rostros cincelados, con las trazas de haber sido engendrados en forjas. Encurtidos en sangre derramada. Asomando bajo los correajes, llevaban apiñadas cicatrices que mentaban guerras libradas en los confines del mundo. El tinte de rubia en sus capotes era apenas un pálido recuerdo encarnado. Disciplinados, habían formado al borde de la arboleda. Y sus monturas, inquietas, cabeceaban más allá, sacudiéndose de los flancos el sudor del largo viaje.

—… ¡Esa es la clave! La codicia —insistió el general rebañándose el pelo de la

coronilla hacia la frente—. Así cerraremos sus bocas —afirmó mientras apoyaba el pie en el tocón renegrido de un roble hendido por el rayo—. Colmaremos sus buches rollizos. Con lirones rellenos, lenguas de pato, sesos de faisán y tetas de gorrina…

Conscientes del peligro, los pretorianos vigilaban. Listos para desenfundar y batirse. Aquellas eran tierras sin conquistar, tan al oeste que más allá no había otra cosa que los abismos del océano. Y allí vivían bárbaros que aún no se habían echado a los pies de Roma; salvajes que atacarían de conocer el premio que estaba ahora a su alcance.

Sin embargo, no eran sus armas las que delataban su condición. Ni las ánimas que parecían rondarlos. Y tampoco sus actitudes recias, sino su silencio. Pues el secreto que escuchaban estaba a salvo en sus labios. Habían jurado lealtad más allá de la muerte.

—Los cebaremos. —El desprecio barnizaba cada palabra del general—. Los cubriremos de vicio. Porque se han vuelto gordos y decrépitos. ¡Y codiciosos! —recalcó rechinándole los dientes, sin dejar de darle vueltas entre los dedos a la muestra que acababan de entregarle—. El poder los ha hecho débiles y corruptos…

El comandante hablaba, uno de ellos escuchaba, el resto, dispuestos en una muralla sembrada de hierros envainados, protegían a su señor.

Años atrás el fragor de una tormenta hirió el bosque abriendo aquel claro con el fuego de sus centellas, y en el centro, sobre los despojos de carbón que dejaran los rayos, el amo de Roma parlamentaba con uno de sus veteranos. Uno con el ceño quebrado, un centurión revenido por veinte años bajo el estandarte del águila; uno que nunca se atrevería a cuestionar aquel desdén.

Uno al que nada le iba en la cizaña que sembraba su patrón. Alguien que sabía cuál era su deber. Escuchar, sin más. Aunque al hacerlo se convirtiera en partícipe de una conspiración. Una conjura para la que el menor de los castigos sería terminar despeñado a los pies de la roca Tarpeya.

—… Y debemos dar gracias a la Fortuna de que así sea —continuó el glorioso vencedor de la última guerra civil—. Porque eso significa que sus voluntades se venden, ¡y yo necesito comprarlas! ¡Roma lo necesita! —bramó convencido—. Porque si las compro, olvidarán sus miedos. —El gran general calló un instante y paseó sus ojos pardos por aquel paisaje aserrado que todo lo envolvía—. El recuerdo de Sila les encoge las tripas. Basta mentar al viejo zorro y se les anuda el gaznate. ¡Se cagan patas abajo! —Ese era el problema y él, conocedor de los tejemanejes de la vil política, lo sabía; por decadentes que fuesen los senadores que aún no habían sido asesinados, nunca se desprenderían del temor a una nueva dictadura—. Lamen mi mano como perros lastimeros, pero, a mis espaldas, mascullan sus recelos…

El viento acunaba el silencio preocupado del veterano. Componía melodías con el tintineo de las lorigas; y se llevaba lejos aquel rastro del metal bruñido.

—… Así que necesito migajas —continuó—, restos que esparcir para que esos viciosos se entretengan picoteando. Y cuando se aparten de mi camino, alzaré un

imperio. —La voz del general se elevaba con sus cejas y el rubor se extendía por sus mejillas—. Uno que haría palidecer al mismísimo Alejandro… ¿Lo entiendes? Cerraré las puertas del templo de Jano. Llevaré la paz desde la Lusitania hasta las mismas fronteras de la Dacia… Haré que mi legado sea imborrable.

Y el antiguo centurión asintió sin alzar la vista, admirando de reojo la disciplina de los centinelas, que no se escandalizaban con las peligrosas palabras que la brisa vapuleaba. Ya no le cabía duda: su comandante lo arrastraba hacia las ciénagas que enfangarían la República.

—Así que dime, Lucio Trebellio Máximo, ¿lo habéis conseguido? —preguntó el que también había vencido en Alesia—. Eh, ¿lo habéis encontrado? ¿Tenéis para mí la voluntad del Senado?

—Aún no —confesó el centurión con parquedad, abrumado por la verdad que intuía.

La mano libre, la derecha, la misma que sometía Roma, se alzó hasta el mentón rotundo para pellizcar aquellos labios afilados y el veterano se encontró con una mirada entornada de ira; y supo que podía acabar en la cruz.

Ahora vestía como un licenciado cualquiera, como uno más de los que habían recibido el jubileo en Gades; esa había sido la orden. Pero hasta entonces él había regido la vida de la Décima. Durante años había portado el sarmiento que concedía el mando de la primera cohorte de la legión. Incluso le había salvado la vida a aquel hombre en las orillas del Betis. Sin embargo, con un solo gesto del general, los guardias le brindarían a las parcas los hilos de su destino.

Aún no había logrado cumplir su encomienda. Aunque esperaba hacerlo pronto, en cuanto hubiese matado a las dos últimas bestias.

—Mi señor, falta poco —se apresuró a intervenir el veterano para aplacar los ánimos—. Pero estas gentes —aclaró abriendo los brazos hacia los bosques más allá de los escoltas— no se dejan convencer fácilmente. Son correosos…

Y la cicatriz que recorría la corva del cónsul daba buen testimonio de aquella verdad. No era la primera vez que pisaba aquellos montes plagados de espinas donde el mismo Plutón parecía cobijar a aquellas indómitas tribus de los galaicos.

El dueño de Roma separó la mano de su barbilla, espantó la amargura rancia de la memoria con un gesto vago y volteó los dedos en el aire para animar al veterano a seguir. En la zurda seguía sobando la muestra que el centurión le había entregado al llegar.

—Fuimos discretos, tal y como ordenaste. —Ahora, tras haber escuchado a su general, el legionario comprendía el sigilo exigido—. Pero estas gentes recuerdan bien la sangre que se vertió en tiempos de Sertorio, y muchos han oído leyendas sobre el Africano. Dudaban entre creernos traidores, hombres de Pompeyo o simples licenciados que no querían regresar. —La suspicacia de los lugareños había sido su principal problema, aunque Lucio no quería enredarse con nimiedades—. Aun así, cumplimos con lo que pediste, no hubo violencia. —Ahora entendía por qué lo

habían enviado a él con un puñado de hombres en vez de a una legión lista para la aniquilación: no debían escucharse en Roma noticias de aquella tarea—. Nos costó tiempo, pero finalmente descubrimos un modo de ganarnos su confianza…

El ocre de la mirada del general brilló de impaciencia. Pero no interrumpió el discurso.

Y Lucio Trebellio hizo correr sus palabras como un chicuelo ansioso por complacer a un padre severo.

—El último invierno ha sido el más crudo en años. A nosotros mismos nos costó caro cruzar los pasos —concedió sin entrar en detalles—. El hielo y la nieve lo cubrieron todo durante meses. —Los dedos del caudillo volvieron a rodar—. Los lobos bajaron pronto de las cumbres, azuzados por el hambre y el frío… Tuvimos suerte. Vagabundeábamos, buscábamos la sierra de la que hablaste y nos topamos con una aldea llena de desesperados. Habían perdido casi todas sus cabezas de ganado.

La impaciencia brincaba en el ceño del patrón y el centurión supo que debía apresurarse aún más.

—Cuando les pedimos refugio, los pobres desgraciados estaban considerando marchar al sur —continuó el veterano, avergonzado por el repeluzno que sentía ante la mirada de su patrón—, no tenían otra cosa que ofrecernos que pan de bellotas rancio. Y a Cainos se le ocurrió una añagaza —aclaró el centurión con intriga, con cierta confianza al poder ofrecer algo más que especulaciones—. Nos hicimos pasar por alimañeros, y llegamos a un acuerdo —tascó al fin, yendo directo al grano.

»Nos dirían dónde buscar a cambio de abatir a las bestias —reveló echando la barbilla hacia la mano en la que su patrono volteaba la prueba de lo que decía—. No les gustó, pero Cainos supo convencerlos. Y ya casi lo hemos conseguido.

Odió tener que admitirlo ante la media sonrisa que se abría paso en aquellos labios afilados, pero no podía callarlo.

—Sin embargo, mi comandante… Hay un problema —añadió tragando antes de exponer el dilema al que sus hombres se estaban enfrentando—, la última pareja…

No pudo acabar de explicarse: un revuelo de susurros y hojas agitadas los alertó.

Alguien venía.

* * *

No estaba.

Aún podía percibirse su olor cálido. Y el dejo dulce de la leche que maduraba en ella como una promesa.

Era el último de sus escondrijos. Empujados por los cazadores, habían ido adentrándose más y más en la espesura de las arboledas. Alejándose del hombre. Y, en lo más profundo del bosque, allí donde los zarzales se volvían casi impenetrables, entre pinos espigados que codiciaban un rayo de luz, bajo un alero de granito que sobresalía amenazando caerse, habían encontrado la cárcava que un arroyo escarbara con las avenidas del deshielo. Habían estado buscando el cubil abandonado de algún

tejón. Pero les bastó terminar con el trabajo que el riachuelo empezara para hacerse con una madriguera inaccesible. A salvo.

Allí habrían de llegar los cachorros. Y por eso había huido ella. Al sentir a los tramperos cernirse sobre la lobera. Había escapado. Alejándolos del lugar elegido. Él lo sabía.

No estaba.

Pero en los revoltijos del viento se acomodaba su rastro. Y el lobo solo se tomó el tiempo de gruñir antes de seguir corriendo ladera abajo. Tras ella.

* * *

El general y su veterano se giraron hacia el ruido.

Los pretorianos daban el alto a un tipo enjuto, con los aires de un cesto de mimbres consumido por alguna hambruna de niñez. Tenía la catadura viscosa de una anguila y, con dedos sucios, señalaba hacia el centurión. Sus gestos nervudos urgían.

Uno de los centinelas, con la palma apoyada en el pomo de su espada, escuchó palabras que en el centro del claro sonaron como un bisbiseo apresurado.

El escolta alzó su propia mano para pedir silencio al intruso, miró hacia su general y, tras la inclinación de cabeza, le granjeó el paso al recién llegado. Y aquel montón de huesos escasamente cubiertos de carnes magras se acercó; arrastraba los pies, de seguro impresionado por la presencia de aquel hombre que apoyaba el talón en el tocón chamuscado por la tormenta.

—¡La loba ha caído en el foso! —anunció aquel huesudo con alharaca, saltándose los protocolos debidos.

Aunque no dejó traslucir su sorpresa, Lucio sabía lo que eso significaba. Algo había salido rematadamente mal y deseó que el general no lo hubiese llamado a capítulo. Empezaba a arrepentirse de no haber formado parte de la batida.

El patricio miró al veterano y guardó silencio.

Y como nadie le dijo que se callara, era tal su excitación que, pese al recelo evidente que le provocaba el amo de Roma, el recién llegado se atrevió a seguir hablando:

—Cainos calla como lavandero que hubiera visto mochuelos —aseguró mirando a Lucio Trebellio con avaricia mal disimulada—, pero estoy convencido de que el macho caerá durante la noche —concluyó metiéndose un meñique terroso en la oreja y hurgando con la satisfacción del deber cumplido.

El viejo centurión asintió y, antes de que le diese tiempo a explicarse, su patrón ya había comprendido.

—Eso vendrá a significar que habréis cumplido —aventuró el general con una sonrisa sardónica que parecía borrar la inquietud que había mostrado hasta el momento—, ¿no es así?

—Sí, mi señor —le aseguró el veterano apagando como pudo las dudas que le hervían en la garganta—, con eso habremos cumplido. Son las dos últimas bestias.

Una vez entreguemos las pieles, el jefe de la aldea pagará…

El escuálido intruso observaba los logros de su cata minera bajo la uña roñosa y asentía con fervor codicioso.

—Pues veámoslo —dijo el comandante, encantado por las buenas noticias—, ha de tratarse de un animal magnífico para que estos salvajes aceptasen el trato.

Y bastó una orden seca del gran general para que los escoltas se apresuraran a ponerse en marcha.

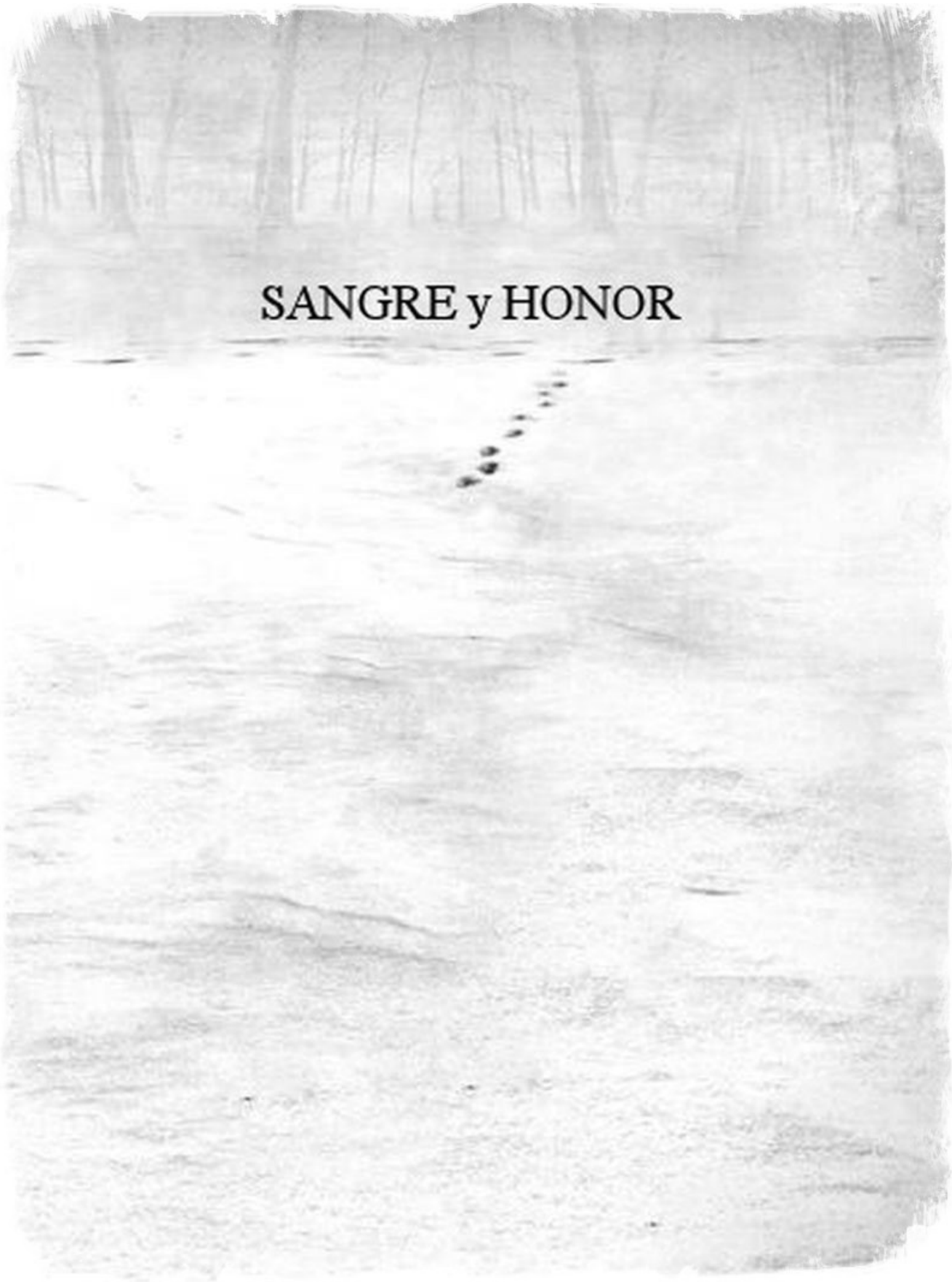
Abandonaron todos aquel claro que la tempestad abriera. Y marcharon envueltos en presagios, cada cual dudando sobre el porvenir que le aguardaba.

El amo de Roma y el roñoso sonreían. Los guardias, impertérritos, simplemente seguían a su patrón.

Y Lucio cavilaba. Muy a su pesar, rumiaba sus miedos. Temía que aquel lobo, enorme y taimado, no estuviese tan dispuesto a cooperar como el esquelético Segios había predicho. Embutidos en su engaño, trabajando como alimañeros, habían ido abatiendo a todas y cada una de las manadas.

Pero aquella bestia era distinta. Muy distinta.

Hasta entonces ninguna de las trampas de Cainos había funcionado.


SANGRE y HONOR

Había fallado. Cainos lo sabía.

Y aquel par de ojos tallados en ámbar se lo recordaban a cada instante. La loba se paseaba de un lado a otro, inquieta, restregando los belfos contra los afilados colmillos, gruñendo a los hombres que la habían atrapado.

Eran ya demasiados años tendiendo emboscadas como para no admitir el fiasco. Además, conocía bien aquellos montes y las fieras que los habitaban. Servía a la casta de los hijos que engendraran Rómulo y Remo, pero él era un hispano.

Dejando atrás aquellos bosques cansados del poniente, a unos pocos días de marcha, estaba su aldea. En un recodo del río Astura, allá donde se agostaban aquellas montañas del oeste y empezaban las llanuras de lino y esparto, las mismas que llegaban hasta los límites de las provincias de Roma.

Y, ya desde antes de nacer, el fuego de la venganza marcó su sino. Su padre había acudido a la llamada de los clanes del este en la gran guerra. Había estado a las órdenes de Quinto Sertorio, y ambos habían muerto a manos de los mismos traidores.

Así, obligado por su pasado, siguiendo los pasos que ya diera su padre, Cainos se había alistado en las legiones de la gran Loba.

Había ayudado a construir las empalizadas en Alesia, había derramado sangre en Farsalia, había husmeado el rastro de Pompeyo hasta la tierra de los faraones. Había cumplido con su deber. Hasta ahora. Porque él sabía algo que los demás hombres de su patrulla no entendían: había fallado.

* * *

Después de dos lunas bregando, Cainos y los suyos le habían entregado al jefe de la aldea una buena resma de pieles de lobo. Y aquel desdichado, contento, ajeno a la ratonera en la que él mismo había metido a los suyos, las tenía secando bajo el alero de su choza.

Faltaban, sin embargo, un par de pellejos más para cerrar el trato.

La última pareja de bestias los había burlado, una vez tras otra. Taimadas, escurridizas, las fieras habían eludido todas y cada una de las trampas tendidas. Algo que había hecho hervir las prisas del revenido Lucio Trebellio, apurado por complacer al gran general.

El hispano supo entonces que no podía demorarse más. Y, a disgusto, había llegado a la inevitable conclusión de que tan solo les quedaba una opción: cavar.

Durante largos días habían trabajado duro, acarretando tierra, cortando raíces, abriendo el suelo de la montaña. Agradecidos de que el inusual calor se hubiera llevado pronto los barros del invierno.

Bañados en sudor, los hombres del general habían sachado una zanja enorme.

Una rampa que se estrechaba según descendía por la ladera. Que terminaba en un pozo disimulado con ramas y hojarasca.

Un embudo de tierra que quedó encerrado entre paredes alzadas a prisa con pedruscos arrancados de aquí y allá.

La disciplina de las legiones había servido una vez más. Habían construido una trampa. Un coso.

Y esa misma mañana, bien temprano, se habían preparado para cebarla y acabar con aquel último par de bestias.

Sin embargo, por sorpresa, antes de poder empezar, a Lucio Trebellio se lo había llevado al galope uno de los guardias embozados del general, a quien tanto parecía urgirle tener noticias como para presentarse de improviso en aquel rincón del fin del mundo. Aun así, Cainos y el resto habían seguido con el plan.

Y se echaron al monte para barrer la ladera.

Esparcidos, cubriendo todo el terreno del que fueron capaces, gritando a los cuatro vientos como si espantaran lémures, descendieron con la pendiente. Acorralando a las fieras. Azuzándolas.

Pareció funcionar.

La loba, sin salida, había huido hacia el único resquicio que los hombres le dejaron. Hacia el pórtico de la trampa. Embocando su perdición.

Y la bestia había caído en el foso.

Pero no el macho. El lobo había escapado. Una vez más. Y aquellos ojos llameantes que refulgían dentro de la llaga abierta en la montaña le recordaban a Cainos su error.

Porque había visto sus marcas. Porque había leído sus cacerías en las huellas entre el musgo y las ramas quebradas. Y en una ocasión incluso lo había intuido entre las zarzas, cuando la fiera arrampló con la oveja lastimera que le habían puesto de cebo. Aquel día, al trampero se le encogieron las tripas.

Lo recordaba bien.

Y ahora muchas de las historias que había oído de niño al amor del fuego revoloteaban también en su memoria. Relatos sobre camadas robadas en la lobera y bestias enfebrecidas que perseguían a los alimañeros para arrancarles las entrañas entre coros de aullidos a una luna tinta de sangre.

No le gustaba.

La luz escapaba. El crepúsculo esparcía herrumbre sobre el horizonte. El olor fértil de la tierra recién labrada pesaba, escondía el aroma picante de las flores de aulaga. Desde una rama de aliso llena de hojas nuevas, un carbonero pintaba en el aire reclamos de amor que no eran correspondidos.

Y Cainos, acuclillado, embadurnado en silencio, miraba a la bestia que se revolvía en el hoyo.

Atrapada, la loba deambulaba en el fondo del coso. Al principio se había gastado corriendo de una a otra pared, intentando trepar con desesperación, hincando uñas y dientes en terrones sueltos que se desmoronaban. Ahora parecía haber comprendido que no tenía salida. Gruñía, con la pelambre erizada y la ira tiñéndole el ánimo.

Enseñaba los colmillos y, demostrando que no tenía miedo a los hombres, mantenía el rabo tieso.

La preñez que le abultaba el vientre colgaba de ella como una promesa rota.

No eran tan distintos, el hispano también parecía un manojo de alambres sobre el que hubieran echado un pellejo; tenía el rostro afilado y los labios prietos bajo una nariz amolada que asomaba sobre una quijada dentuda como un hocico. Ambos tenían encima el rastro de largas caminatas. Los dos habían probado el sabor de la sangre cazada. Aunque sus ojos eran del azul más gastado y los de ella, dos piedras de ámbar.

No eran tan distintos, ella estaba condenada y Cainos sabía que, si no acorralaban pronto al lobo, él también lo estaría.

—¿Preparamos antorchas? —preguntaron a sus espaldas.

Era el espartano. Un tipo esbelto con músculos labrados que, en tiempos, había sobrevivido como reciario. Respondía al nombre de Píramo y era uno de esos que seguían a las exageraciones que se vertían sobre él. Uno de los elegidos para combatir al ocaso, cuando las apuestas alcanzaban sus máximos. Aunque la cruda verdad era que se había ganado la libertad luchando entre los muslos caprichosos de las matronas romanas, sedientas de amor después de ver los arenales del circo tintos con la sangre de gladiadores. Su habilidad al complacerlas lo había convertido en libre y rico; antes de que su ambición con los dados lo arruinase obligándolo a la condena de las legiones.

Cainos se irguió apagando la mueca que le subió al rostro desde las rodillas.

—Está bien, dile a Druso que te eche una mano —concedió el trampero—. Pero no las encenderemos de momento.

Los dos sabían que el olor del fuego podía ahuyentar al macho y no hicieron falta más aclaraciones. El antiguo gladiador se marchó para cumplir con el encargo.

Otro al que llamaban Tito, uno que había sido *optio* de la Decimotercera, lo mandó a capar murciélagos al pedirle Píramo que echara una mano. Y más allá se oyó la risa bronca de Druso, un gigantón que había sido herido en todas las líneas de una cohorte, tan hablador como un canto rodado en el lecho de un río.

Si Segios volvía pronto con el centurión, entonces serían seis.

Les faltaba uno. Uno que se había dejado los huevos colgando en la daga de un númida en el callejón trasero de un lupanar a las afueras de Corduba. Y Cainos, más que ningún otro, no lo lamentaba. Pero también presentía que echarían en falta a unos cuantos hombres más en cuanto cayera la noche.

Los demás pensaban que habían logrado media victoria al apresar a la loba, pero a él seguían rondándole las historias de su niñez.

Calibraba sus posibilidades cuando intuyó algo a sus espaldas. Apenas un susurro vagabundeando en las redes que tejían los brezos. Algo que el instinto advirtió pero que la razón no entendió.

Un escalofrío le recorrió las corvas como un mal presagio. Sin embargo, antes de

que tuviera tiempo para desapegarse del repeluzno, alguien lo llamó:

—¡Cainos!

La loba gañó ante el alboroto.

Aquel vozarrón era inconfundible. Tenía por dueño a un cepo en el que cortar leña. A una montonera de músculos criados con años de carga y cientos de batallas sosteniendo el pesado escudo mientras la otra mano abría tripas con la espada; todo coronado con un rostro cuadrado, punteado por ojos labrados en nogal aceitado, tachonado por una pelambre recia como cerdas de verraco. Pedernal parido por la maquinaria de las legiones, hijo de la conquista y bastardo de la República. El mismo Cainos le había visto usar unas tenazas para sacarse una muela picada antes de echarse ladera abajo con el ansia por descuartizar galos, berreando gritos escupidos entre guiñapos sanguinolentos; era la voz del centurión Lucio Trebellio. Había regresado. Y con él venía también Segios.

Y una sorpresa que Cainos no hubiera imaginado: el gran general en persona.

El dueño de Roma dejaba trotar a su montura con las riendas sueltas y sonreía con picardía. Parecía contento. Y su envarada escolta de fieles hispanos, que percibía el ánimo relajado, se dejó llevar por la primera baladronada que soltó Tito.

Algunos allí se conocían de tiempo atrás y pronto empezaron las bravuconadas. Las bromas groseras sobre los falos cercenados a los enemigos, las comparaciones obscenas sobre lo que le colgaba a Píramo entre las piernas.

Y el trampero, como los demás, se unió a la algarabía. Aún era pronto, y lo sabía.

El lobo se tomaría su tiempo.

* * *

El druida se alejó. Abandonaba las tierras sagradas para su pueblo.

Dejaba a su espalda un cerco de columnas titánicas. Chantado por los mismos dioses para sostener los azules del cielo. Ensamblado con rocas, agua y bosque. Escogido por los maestros que habían enseñado a sus antepasados a contar las lunas, a rogar para alejar la sequía, a bendecir las lluvias que hacían medrar la cosecha. Era el lugar donde, desde tiempos ancestrales, ellos, los hijos de las piedras, acudían para encontrar la verdad.

Acabada su tarea, el druida marchaba hacia el poblado.

Tenía el aspecto quebradizo de una encina clavada en algún páramo inhóspito; con las ramas peladas, con la cuarteada corteza vestida por largas hebras de musgo enmarañado. Las arrugas le escarbaban el rostro. Las cejas, pobladas y canas, ensombrecían sus párpados gastados y su perfil aguileño le iba abriendo paso. Era viejo para el juicio de los hombres.

Como siempre, las fuerzas que habían recorrido sus entrañas durante el ritual se le iban escapando según se acercaba a la aldea. Pero no era solo morriña por abandonar el aura de paz que envolvía los grandes tolmos de granito.

Iba cabizbajo. Porque temía el significado de cuanto había descubierto gracias a

la ceremonia.

Ni siquiera había necesitado leer en las vísceras del jabato.

Aquel era el fin del camino, uno empezado mucho tiempo atrás, cuando los padres de sus padres habían escuchado los rumores que llegaban del este.

Hasta ahora habían sorteado el infortunio, pero había llegado el momento de enfrentar lo inevitable. La avaricia movía a los hombres de nuevo, y el druida tocó con desasosiego el oro trenzado de las torques que le adornaban el cuello.

El duro invierno los cubrió con nieves que trajeron el hambre. Y cuando pasó el frío, en lugar de las lluvias, arreció aquel calor de forja que agostó las semillas recién germinadas. El monte se secó. Y los lobos se atrevieron; el ganado murió.

No les había quedado otra opción que recurrir a los forasteros. Y ahora iban a pagarlo.

Los huérfanos llamarían a sus padres entre sollozos. Los hombres marcharían para no regresar. Sus mujeres se tornarían viudas, solo para terminar sus lúgubres días como madres desconsoladas obligadas a arrojar a sus hijos en las simas sedientas de sangre que los extranjeros abrirían.

Eran impostores.

Y esa noche se prenderían los fuegos de la guerra y las llamas arderían por incontables estaciones. Serían años de dolor y muerte hasta que las cenizas cubrieran las ascuas. Tantos que el druida tenía la certeza de que no vería el fin de la miseria que se avecinaba.

Aunque estaba seguro de que su pueblo no se arredraría, nunca lo había hecho. Incluso sabiendo de antemano lo inútil del sacrificio. Lucharían.

* * *

De la copa del enorme castaño colgaban las guirnaldas pajizas de sus flores. Vetas de madera muerta atosigaban a las horquillas donde prendían las ramas vivas, y al pie, entre las enormes raíces, aprovechando la umbría que anidaba bajo aquel árbol anciano, crecía una montonera de helechos que se agitó de repente.

Un pardal que inspeccionaba la futura cosecha echó a volar olvidando tras él un susto.

Y entre las grandes hojas verdes apareció el inmenso lobo.

Resollaba. Se pasó la lengua por el hocico y olisqueó la huella que había dejado la suela claveteada de una sandalia. El hedor de los hombres se volvió pesado, como si brotase del mismo suelo entre las hebras de grama.

Ya estaba cerca.

Siguió descendiendo, zigzagueando entre los arbustos. Primero al trote, luego al paso.

Entonces el viento vino de nuevo en su ayuda y le desveló un secreto.

El aire sabía a piel curtida, a tela vieja, a metal afilado, a sudor rancio y a tierra abierta, pero también a algo más. Empañado entre aquellos hedores estaba otra vez su

aroma. El de ella. Tan reconocible como en el fondo de la lobera, y él lo sintió, cálido y familiar. Pero traía agarrado un dejo punzante y áspero que lo estropeaba, un aguijonazo acre de sabor inconfundible. Venía cargado de miedo. Y a punto estuvo de enloquecer.

Gañó con el dolor desgarrándole la garganta. El ronco gemido se pegó al suelo y los animalillos del bosque corrieron atemorizados a sus madrigueras.

No le fue difícil continuar. Encontró la tierra abierta por los hombres y en la zanja, bajo la tufarada de los hongos y la savia de las raíces cortadas, permanecía claro el paso de la loba. Y lo fue siguiendo a medida que el surco cavado se iba estrechando y ganando profundidad. Iba tras ella, ensimismado por el miedo que percibía en el rastro. Ciego a la trampa, avanzaba sin percatarse de que se encaminaba a su propia condena.

Cabeceaba sobre la tierra revuelta y las orejas tiesas le trajeron un murmullo que llegó retumbando. Conocía aquel repiqueteo cadencioso. Sabía cómo sonaban las voces de los cazadores.

Fue entonces cuando receló.

Se detuvo y aguzó el oído. Despegó el hocico de la tierra y, estirando el pescuezo, olfateó el aire que, desde el solado del bosque, caía en la trinchera.

En su interior el instinto berreaba para que continuase, hacia el cálido olor que ella había dejado tras de sí. Sin embargo, la prudencia lo sujetaba con fuerza.

Resopló con desdén, y se zarandeó sobre las manos, preso de la inquietud.

Frente a él tenía el refugio que le ofrecía el husmo de la hembra, en algún lugar, allá adelante, en la ladera abierta. Cerca, muy cerca. Como tantas otras veces al regresar de una cacería, o al despertar acurrucado junto a ella envuelto en el aire tibio de la lobera. El mismo que le había acompañado desde hacía cinco temporadas, con el rumor de la leche que aguardaba a los cachorros, con el matiz del pelaje ligero que había cambiado para el verano. Era el olor de que todo iba bien, de que iría bien. Pero sobre él, merodeando por el suelo del bosque, por encima de la zanja, estaba el tufo de los hombres.

Tenía que protegerla, debía correr hacia ella para defenderla de la amenaza, pero se quedó donde estaba.

CENIZA y SAL

—¿Ahora? La noche está a punto de caer.

El druida parpadeó con lentitud. Y su barba asintió, aun sabiendo que la mayoría de los suyos eran campesinos hambrientos, no guerreros.

—Es el mejor momento, el bosque y sus bestias están de nuestra parte. Y ellos demasiado ocupados para caer en la cuenta. Hemos de aprovechar la sorpresa. —Contuvo el suspiro que pugnaba por salir.

El jefe dejó a un lado la jarra de espesa cerveza, se atusó el mostacho y miró los rescoldos del hogar: al fuego descansaba la marmita con un caldo de hueso viejo. Las apreturas del último invierno lo habían llevado a una situación desesperada.

Pero ahora comprendía que los habían engañado; ese puñado de hombres eran solo un charco en un océano de mil legiones.

Una culpa viscosa le recorría el espinazo.

—¿Estás seguro? —le preguntó al druida con pesadumbre.

Y las guedejas blancas se sacudieron con el nuevo asentimiento. Echando sombras que parecían telarañas de humo sobre las paredes de piedra de la choza.

—Lo estoy —aseveró el anciano con la honda tristeza que conllevaba la decisión tomada.

El jefe percibió algo negro y ominoso en la expresión de su viejo amigo. Y tuvo que buscar algún lugar donde refugiar la mirada.

Terminó posando los ojos en el más pequeño de sus hijos. Al que le hubiera seguido, un bebé de hoyuelos risueños, se lo había llevado dos lunas atrás una de las heladas. El crío, que nada sabía de su hermano perdido, que no entendía las amarguras de su padre, correteaba con pasos tambaleantes, feliz con su juguete. Tiraba del cordel que tenía por ronzal un pequeño caballo tallado en madera. Las ruedas chirriaban sobre sus ejes y el jefe se acordó de que le había prometido al chiquillo que las engrasaría con unto.

—¿Hay otro camino? —se cuestionó volviéndose hacia el druida.

—No. No lo hay…

* * *

La loba detuvo de pronto su ir y venir dentro del foso.

Pero el general, de buen humor, y sus guardias, ansiosos por complacerle, no lo advirtieron. Tras sorprenderse por el tamaño de la bestia, habían empezado a rescatar historias ya oxidadas de campañas lejanas. Algunos hablaban en la ruda lengua local con Segios.

—Recuerdo un bosque cerca de Narbona —contó el comandante acicalándose el flequillo escaso—, los hombres no querían cruzarlo, reculaban como mulas tercas —agregó echándole un vistazo a la cárcel de troncos que los rodeaba, no tan distinta a aquella de la que hablaba—. Estaban aterrorizados por las leyendas de los prisioneros

galos. Decían que manaba sangre del suelo, que allí era donde los druidas hacían sus sacrificios humanos…

El trampero, con el gesto contraído, dejó de prestar atención al escolta con el que había estado hablando. Él sí había caído en la cuenta de que algo había llamado la atención de la bestia.

La loba se había quedado quieta, con los músculos tensos arando surcos en la pelambre. Husmeaba el aire. Gañó lastimera.

Y el alimañero fue el único que pareció entender. Pero antes de que Cainos pudiera cruzar un susurro de advertencia con Lucio Trebellio, el general se cansó de su propio relato y cambió de tema.

—¿Y el macho? —preguntó ahora impaciente—. La noche se echa encima y yo he de marchar.

El veterano centurión miró de reojo al trampero y supo que algo andaba mal, pero se esforzó por disimularlo. En tanto, la loba volvió a gemir, con un sollozo profundo que ascendió desde sus tripas como una marea.

—Seguirá el rastro de la hembra y él mismo se meterá en el coso —le dijo conciliador a su comandante—. Ya he enviado a dos de los míos al alto. Ellos bloquearán la entrada cuando haya pasado. —Las espaldas de Druso y el antiguo gladiador todavía podían verse entre los árboles.

El general observó un instante, luego pareció calibrar sus opciones mirando hacia la negrura que se anunciaba en el horizonte. El disco del sol ya rozaba el borde de las sierras.

—¡Heridla!

Todos allí respetaban a su comandante. Se lo había ganado. Conocía los nombres de sus legionarios, de sus «muchachos», como él solía llamarlos. No vacilaba al desenvainar. Siempre se mostraba generoso en la victoria y compasivo en la derrota. Y sus escoltas asintieron. Lucio solo calló. Pero Cainos dudaba de que comprendiesen el peligro al que se exponían si obedecían.

—Heridla —insistió—, eso hará que el macho se delate.

El hispano miró a Lucio Trebellio para decirle con los ojos aquello que no se atrevía a contarle con su voz: que el patricio se equivocaba.

—Mi señor —empezó a decir el centurión después de arrojarle un vistazo apresurado a Cainos—, puede que…

El general, sin embargo, no quiso escuchar. Le bastó un gesto vago hacia sus escoltas para que se acercase uno de ellos, uno con el rostro quemado por alguna rapiña en un rincón cualquiera de Germania. Le tendió una jabalina.

—Yo marcho al este, para Calpia —dijo tomando el asta de manos de su guardia —, me han llegado noticias de que mi sobrino Cayo ha desembarcado para unirse a las legiones. —Al centurión le pareció que el joven pariente llegaba algo tarde para combatir en una guerra que ya había terminado, pero no se le ocurrió objetar—. Y he de cruzar la frontera de los astures mientras haya luz.

El comandante de las huestes de Roma miró al horizonte para pesar su tiempo; luego, reafirmado, continuó:

—La buena Fortuna nos ha traído aquí en luna llena y algo podrá aprovecharse en el camino. Pero tú —le dijo con vehemencia a Lucio Trebellio— remata este asunto. Y recuerda —advirtió con severidad sacudiendo sus ojos—, no confiéis el mensaje a nadie, no regreséis por ninguno de los puertos habituales. Quiero oírlo de tus propios labios a orillas del mismo Tíber, ¡en el Foro de Roma! —La amenaza era patente, aquel no era hombre de palabras vanas—. Nadie más puede saberlo. Evitad las preguntas indiscretas.

Terminada su arenga, el general echó el brazo atrás, equilibrando el peso del alma de hierro con habilidad regalada por la práctica.

La loba comprendió. Miraba a su enemigo. Cainos leyó en los ojos del animal el reconocimiento del miedo.

La bestia sabía que el dolor se cernía sobre ella. Y el trampero admiró su coraje. La fiera se giró. Resguardó el costado donde crecían sus cachorros y encaró a su enemigo.

No huyó. No intentó trepar una vez más por las paredes de tierra. No se movió.

Solo clavó los incendios que ardían en sus ojos, atravesando al general con un odio latente que al hispano no le costó leer. Los belfos se agitaron y tañó un ronquido sordo. Los grandes colmillos brillaron en la luz del ocaso.

El general pareció intuir algo. Aunque se sacudió el presentimiento con desprecio. Sus dedos se abanicaron. Se abrieron y cerraron por turnos, aferrando con firmeza el fuste.

Nadie hablaba. En el rostro de Tito se grabó una mueca incierta. Palabras por decir quedaron colgando de los labios del centurión. Segios sonreía con malicia inconsciente. Los escoltas permanecían impertérritos.

Y el trampero hispano quiso negar.

No tuvo el tiempo o el valor para hacerlo.

La jabalina partió. Seguida por un siseo que desbarataba el aire.

Algo se movió en el bosque; apagado por la borraja que cubría el suelo, sonó el crujido de una rama al romperse. Pero los hijos de la gran Loba no prestaron atención.

El rejón atravesó pelo, piel y carne. El hierro le entró a la fiera por el hombro con el crujido de la trastienda de un carnicero. Y le salió por el pellejo abultado de la cruz goteando vida.

Los caballos se espantaron entre relinchos. Lanzaron coces, patearon el suelo. El pánico les hinchaba los ollares. Los guardias tuvieron que cargar todo su peso en las bridas para evitar que huyeran.

La bestia gimió echándose atrás, lanzando dentelladas furiosas hacia aquel aguijón maldito que la quemaba.

—Me voy, no desaprovechéis la oportunidad —anunció el general, complacido

por la sangre que empezaba a manar.

Los centinelas intentaban apaciguar a sus monturas. Los hombres de Lucio miraban al centurión. El viento cesó y la calma se esparció por la ladera. La loba se debatía, rugía. Se sacudía, y el pilo, cumpliendo con su cruel cometido, se partió. El asta de madera cayó y el alma de hierro se revolvió en la herida. Fue entonces cuando la loba aulló su dolor.

Alzó la cabeza, tensó la gorja y dejó una mano en el aire, la que ya tenía empapada en sangre. Abrió aquel cepo de dientes afilados y desde lo más profundo de su pecho salió la llamada. Un llanto rasposo y lastimero que acarició el viento y se hizo eterno. Que erizó el vello de los antebrazos de Cainos.

—¡Mi caballo! —le respondió el general ordenando a sus pretorianos—. Nos vamos.

Ninguno de ellos escuchó el murmullo que se extendió por el bosque.

—No me falles, Lucio Trebellio, esperaré con impaciencia noticias tuyas —insistió el patricio alzándose en la montura que le ofrecían.

La loba volvió a aullar, renegando de aquellos que la habían capturado. Conjurándolos a morir una y mil veces, a ser pasto de alimañas. Esa era su única defensa, odiarlos.

Los hombres, sin embargo, la ignoraron. Volvieron grupas y partieron. Tan rápido como les permitía el laberinto de troncos del bosque. Los cascos de los caballos resonaban como una galerna, arrancando pedazos de musgo y tierra negra.

Segios, sorbiéndose los mocos ruidosamente, corrió hasta el borde del foso a examinar a la bestia.

—Tardará días en morir —aseguró con certeza—, ha sido un lanzamiento perfecto —añadió con ironía, antes de escupir un gargajo viscoso que cayó a un paso de la loba—. Ha dado en el lugar justo para que la herida aguante abierta…

Despreciando las observaciones de su compatriota, Cainos se apresuró para llegarse junto a Lucio Trebellio. El centurión aún miraba hacia la estela del grupo de jinetes.

La noche casi había terminado de acicalarse y una enorme luna rojiza aparecía por levante, sobre el telón corroído del crepúsculo.

Se escuchó entonces un nuevo aúllo, largo y melancólico. Lleno de dolor, cubierto de pena. La loba, desde el fondo del foso, lloraba su soledad. Llamaba a su pareja.

—No creo que…

El centurión no tuvo tiempo de volverse. Cainos no pudo terminar de contarle sus temores. Ellos mismos se presentaron, el ocaso se abrió en dos y la bestia herida recibió su respuesta.

Nació en lo profundo del bosque. Forjado en lamentos. Duro como el pedernal. Interminable como una hambruna. Con el rilar de un calvario. Un aullido que se pegó al monte y viajó de valle en valle, tan lejos que adelantó al general y a sus escoltas.

Era el gran macho. Aquel lobo huidizo, aquel cuyas huellas encogían el valor de los rastreadores. Contestaba desde la garganta de sus dominios.

Y a Cainos le heló el espinazo el frío de la certeza.

* * *

La noche llegó por fin.

La montaña se escondió en ella. Se arrebujó entre sus silencios, tímida en la calma que dejó el viento al detenerse. Y las alimañas no abandonaron sus madrigueras, porque todas sabían que el señor del bosque rondaba.

La loba, exhausta, se lamía la herida. El peso del rejón la había obligado a echarse y aparecía derrotada en el fondo del coso. Encharcada en su sangre, empapada por la pena. De tanto en tanto, era capaz de alzarse apenas un palmo y entonces volvía a llamar con voz ya rasgada.

El lobo la escuchaba.

Había tenido que luchar contra todos sus instintos. El rastro de su compañera lo reclamaba. Y solo el recelo ante el olor acre de los cazadores había evitado que se echara sin más pendiente abajo. Por aquella rampa de tierra herida en cuyo final la presentía. Pero se había dado cuenta a tiempo, justo antes de que la trampa lo engullera.

Cubierto en desconfianza, el lobo había vuelto sobre sus pasos para salir por la boca del coso y perderse en el bosque.

Ahora patrullaba. Reconociendo a todos y cada uno de sus enemigos. Para averiguar dónde estaban, cuántos eran. Quién entre ellos era el líder de la manada. Cuál sería la presa más débil. Cuál resultaría peligroso.

Cada rama rota, cada huella, cada brizna pisada recitaba una historia. Y el lobo las escuchaba todas con la paciencia que solo enseñaban los años de cacerías en la penumbra.

Acechaba. Tendía su emboscada.

* * *

—¿Funcionará?

Lucio acudía a aquel de entre sus hombres. Pues justamente del juicio de Cainos era del que más se fiaba. Trababa en él su mirada fosca queriendo urgir el interrogatorio. Pero el trampero, taciturno, callaba.

Masticaba el cabo de un tallo de grama entre sus dientes cuadrados. Junto al foso, apoyaba las espaldas en la verrugosa corteza de un roble que echaba sus ramas por encima de la trampa. Y miraba al suelo, evitaba ojear el fondo del hoyo.

Sopesó la pregunta como si no supiera ya la respuesta. Sus labios serpentearon en una mueca extraña, y su rostro de rapaz se afiló, sacudiendo el hierbajo que tascaba como si fuera el rabillo de un ratón que acabase de engullir.

—No.

La escueta rotundidad estuvo lejos de desconcertar al veterano centurión.

Se conocían desde tiempos en los que emboscaban galos al sur de los Carnutes. Y el centurión no dudaba del trampero. La lealtad de los suyos era la de aquella guardia hispana de Sertorio que tan hondo había calado en los generales de la Loba; la que convencía a los oficiales romanos para buscar con ahínco promesas con las que atar a hombres como Cainos, dispuestos a embarcarse con Caronte si llegaba la derrota. Lucio sabía que podía fiarse del trampero. Así que se limitó a esperar, dándole tiempo al taimado hispano.

—Deberían haber caído en el coso a un tiempo. No entiendo qué estaba haciendo el macho fuera de la lobera. —Lucio sabía que no le estaba contestando, pero también era consciente de que, como tantas otras veces en el pasado, su compañero necesitaba explicarse en voz alta para ordenar las ideas—. Quizá se ha acostumbrado…

El veterano ni siquiera parpadeó.

—Aprendió. Quizá se habituó a que anduviésemos tras él cada noche —aventuró Cainos—. Acaso eso le hizo cambiar. Puede que, sin pretenderlo, le hayamos enseñado cómo evitarnos —añadió espantando incredulidad.

Lucio aguardó sin repetir la pregunta. Le pareció escuchar algo en la penumbra, a sus espaldas.

—Ese bicho es condenadamente listo. Y por eso mismo no funcionará —dijo el trampero volviéndose ahora hacia el centurión—. Creo que, si tenemos suerte, esperará. Simplemente. Aguardará, al acecho. Hasta que nos vayamos, rondando el bosque. Labrando tiempo. Buscando nuestro descuido para acercarse a la loba sin peligro.

Estaba ya pensando Lucio en marchar y crear la ocasión de la que hablaba el trampero. Si el hispano tenía razón, bastaba con darle oportunidad a la bestia; regresar y atraparla de una vez por todas. Pero cayó entonces en la cuenta. Algo que había dicho su compañero no cuadraba.

—¿Cómo que si tenemos suerte? ¿Qué quieres decir? ¿Qué otra cosa puede hacer si no? —Las arrugas le bailaban en aquel entrecejo rotundo que le achataba el rostro —. No es más que un animal…

Un poco más allá se oyó un murmullo acuoso que sonó como los gargajos de Segios, y se siguió de la risa bronca de Tito.

El trampero los ignoró y miró fijamente a su centurión.

—¿Qué? —insistió el romano para quebrar el silencio.

—Nos cazará. Uno a uno. Acabará con nosotros aunque nos escondamos bajo estas malditas piedras —aseguró pateando la cerca que habían levantado alrededor del coso.

Aquella profecía inverosímil se debatió en algún rincón agazapado en los sesos del centurión.

—¡Vamos! Es solo una alimaña…

Ambos sabían que ninguno de los dos creía esas palabras.

Había eludido todas las trampas. Los había burlado, una y otra vez. Mientras abatían a todos y cada uno de los restantes lobos de aquellas laderas, aquella bestia se las había arreglado para mantenerse a salvo.

El rictus severo que la penumbra dibujaba en el rostro del trampero fue la única confirmación que Lucio necesitó.

—De acuerdo. Entonces, ¿qué sugieres que hagamos?

Como si ya hubiera pensado en ello, Cainos dejó escapar la respuesta de corrido.

—Primero llama a esos dos —dijo girando la barbilla hacia la parte alta del foso, refiriéndose a Druso y al reciario—. Es mejor que estemos juntos. Prendamos un buen fuego y usemos antorchas, Píramo ya había empezado a prepararlas.

»Luego, tendremos que esperar. Con algo de suerte se impacientará —aventuró sin demasiada convicción—. Si comete algún error… Si se despista —añadió falto de vehemencia—, puede que tengamos una oportunidad de acabar con él antes de que se nos eche encima.

—Está bien… Entonces será mejor que nos pongamos a ello.

Lucio sabía que el trampero estaba ahora preocupado únicamente por el lobo; sin embargo, él no olvidaba las palabras del gran general. Terminar de una vez con aquella cacería era solo un medio, un paso en el camino a fin de conseguir algo muy distinto. Aún tenían que averiguar lo que les habían pedido.

Iba a gritarle a Segios que fuese a buscar a los dos que faltaban cuando lo oyó.

Enseguida llevó la mano al pomo de su espada. Por increíble que pareciese, el trampero tenía razón; aquella bestia del averno venía a por ellos. El murmullo crecía en el bosque. Acercándose. Incluso relampagueó en el fondo de sus ojos la espantosa imagen de un Cerbero envuelto en llamas saliendo de los mismos infiernos, sacudiendo rabioso la enorme víbora que tendría por cola, agitando gigantescas cabezas greñudas. Aquel animal debía de tener el tamaño de los titanes. Hades mismo parecía venir siguiéndolo.

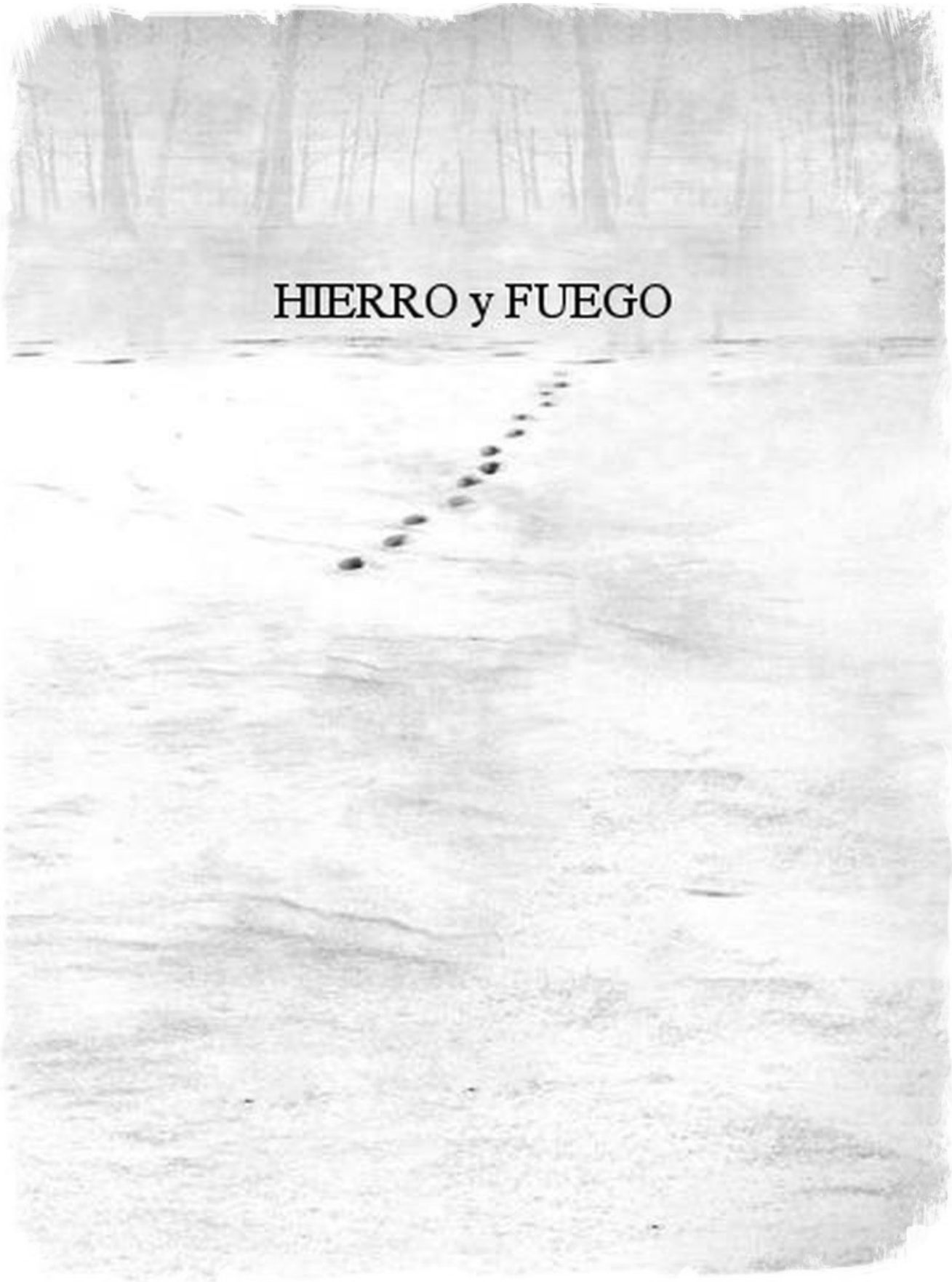
El veterano centurión sintió por primera vez en años el pegajoso peso del miedo. Y en ese instante, cuando el sudor frío había empezado a bailarle sobre las hirsutas cejas, distinguió las antorchas.

La estupefacción duró solo un respiro. Era un legionario entrenado y reaccionó de inmediato.

—¡Nos atacan!

Eso fue lo único que tuvo tiempo de gritar antes de que se oyeran los primeros alaridos.

Una turbamulta de guerreros enfebrecidos se les echaba encima.


HIERRO y FUEGO

El jefe de la aldea sabía que debían aprovechar la sorpresa. Tenían mucho en contra. No lo olvidaba. Aun así, lo harían. Se enfrentarían a luchadores que durante la mayor parte de sus vidas no habían tenido otro cometido que expandir la grandeza de Roma, de un extremo a otro del mundo conocido.

Sus pesadas botas de piel retumbaban. Corría. Con su espada, su escudo, su valor. Sus miedos le perseguían, sus hombres le acompañaban.

Eran hijos de las rocas. Criados en inviernos cuyos hielos astillaban la carne de las montañas. No se rendirían.

Ya faltaba poco. Estaban cerca.

Vio solo a dos. Juntos, al lado del foso. Y enseguida los reconoció. El que había nacido en el este, el que hablaba su lengua; se incorporaba despegando la espalda de un roble. El otro, el que parecía un leño recién cortado, ya había desenvainado.

Pero no vio al tercero que se le echaba encima.

Tito Treblano Mus era la muestra de cuanto la gran Loba hacía a sus cachorros. Su escroto era mayor que el saco de trigo que el malnacido de su padre hubiera necesitado para la siembra de las mermadas tierras de la familia. Remontándose unas cuantas generaciones atrás, podía encontrarse en su linaje algo más que apuestas en las carreras de cuadrigas y deudas a los más usureros prestamistas del Esquilino. Pero en los últimos años la única virtud que los suyos habían demostrado era la de no morirse de hambre. Venidos a menos, vetada cualquier carrera política por escándalos que incluso las furcias más baratas habían visto pintarrajeados en los callejones de la Suburra, al joven Tito no le había quedado otra opción honrosa que la de enrolarse.

Veinte años antes había sentido por primera vez el peso de la espada y ahora, ganada por méritos propios la fama de carnicero, no dudó en usarla en cuanto se dio cuenta de que los estaban atacando. Tito salió a la carrera, dejando atrás a un atónito Segios que, con la mano al pecho, se había quedado con el gesto a medias. En la yema del índice le brillaba el último moco sacado de sus narices chatas.

El hierro afilado entró por el costado del jefe. Él mismo se empaló con el ímpetu de su carrera. Tuvo tiempo de ver la mueca hambrienta del legionario que sostenía el arma.

Y, en un abrir y cerrar de ojos, más guerreros de largas guedejas pasaron como una exhalación junto a él. Tito se dio prisa.

Asió con fuerza la empuñadura de hueso y retorció la hoja de su espada.

Al jefe se le escaparon dos tercios de la vida en un gorjeo sanguinolento que dejó chorretones cayéndole por las comisuras de los labios. Lo último que vio fue la barba que punteaba el grueso mentón de su asesino. Tuvo miedo. Ahora entendía los temores que embargaban a su druida. Ahora sabía que, incluso si ganaban, vendrían más. Y se sintió culpable porque él los había puesto en la pista. Pero también porque ya nadie engrasaría las ruedas del caballo de juguete.

La antorcha que llevaba cayó al suelo.

Y la llama embreada se desperdigó, haciendo chisporrotear las hojas verdes que colgaban de las enclenques ramas de un sauce enano.

El *optio* Tito Treblano no se molestó en recogerla. Apenas había logrado derramar las entrañas de su primera víctima, cuando otro de aquellos comedores de bellotas se le echó encima entre alaridos.

* * *

Supo que venían y se preparó para luchar. Trepó de nuevo por la ladera, alejándose del foso. Intuyó en ellos el odio y temió no poder hacer nada por ella.

Y, de no ser por ella, hubiera dejado que la rabia lo consumiese, se habría lanzado a su encuentro para matar o morir. Pero ella lo había llamado, le necesitaba. Y el lobo lo sabía. Por eso se alejó.

Sin embargo, enseguida percibió que no iban tras él.

Estaban de caza, pero no lo buscaban a él. Los hombres cazaban a otros hombres.

Y, refugiándose en la noche, el lobo se dispuso a aprovechar la oportunidad de acercarse a su compañera.

* * *

Segios servía a Roma, pero no moriría por Roma.

Entre las cenizas de la masacre de Munda, cuando el general había dado entre susurros la orden de formar una partida discreta que saliera hacia el norte, Lucio Trebellio lo había mandado llamar. Y no por el valor demostrado en la recién sellada victoria; sino por haber nacido en la sierra que separaba aquellos montes del noroeste de las llanuras donde se abrían las provincias romanas. Además, como se podía chismorrear en los baños de cualquiera de los campamentos en los que se hubieran asentado las legiones del gran general, todos sabían que Segios ya había traicionado a su pueblo en el pasado para ganarse el favor de la Loba; por lo que ahora podía servirles de guía para volver a herir el corazón de aquellas tierras mágicas donde se temían las leyendas.

En cuanto aquellos salvajes aparecieron, Tito desenvainó y se lanzó a la carga, el reciario y Druso se echaron ladera abajo; pero Segios se escurrió sin pudor hacia la oscuridad.

Caminaba agazapado, esquivando el rugir del hierro y el clamor de la lucha. Pensaba en una excusa que paliase la huida.

Sorteó a un par de guerreros que se lanzaban hacia donde Cainos y el centurión se habían parapetado. Sin darle tiempo a que se volviera, apuñaló el cogote de uno al que cogió despistado y, con el mismo ímpetu de la estocada, le robó la antorcha.

La noche se sacudía. El barullo de la batalla viajaba entre robles y castaños. Y Segios se alejaba del conflicto. Pendiente arriba.

Pronto se quedó solo.

* * *

Los matojos que habían ido arrancando al abrir el foso se habían secado al calor de aquellos días; Lucio vio como las chispas de la antorcha prendían en ellos. Pero tuvo que girarse para evitar un mandoble. Estaba rodeado y se temía perdido.

—¡Por las tres Furias! —gritó Píramo echándose al bulto y trabando el hierro que hubiera acertado en el costillar de Lucio—. Pensé que hacía falta algo más que unos cuantos desgreñados para poner en apuros a un centurión de la Décima —dijo devolviendo el filo.

Druso, como siempre, no abrió los labios. Pero mostró sus mañas acumulando a sus pies enemigos muertos. Tito no le andaba a la zaga. Y Cainos, con su agilidad rapaz, se movía de un lado a otro sembrando muerte. No se distinguía a Segios.

El veterano centurión, consciente de que podía estar ya muerto, cruzó con Píramo un gesto en el que iban los ánimos y su agradecimiento.

En el suelo, seco por el estío temprano, el fuego que había empezado en los rastrojos se extendía. Impregnando el aire con el tufo a quemado.

* * *

La loba olió el fuego y se fue echando atrás, arrastrándose como pudo hasta la pared de tierra del hoyo, luchando contra el dolor que le descoyuntaba el hombro.

Se echó allí, envuelta en una noche que se ennegrecía, y, entre gemidos, empezó a mordisquear aquel rejón de hierro. Aguantando los tirones que le producía en la carne abierta.

Cuando el dolor se hacía insoportable descansaba un instante, se lamía la tripa hinchada con desesperación, cuidando de sus pequeños.

Todavía sentía el miedo que la había perseguido durante el día.

Las voces aún resonaban. Aquellos gritos de los hombres la habían obligado a abandonar la lobera.

Había corrido alejándose de ellos, pero la acosaron ladera abajo. Había querido detenerse al notar la tierra recién excavada, al ver las piedras amontonadas. Pero venían tras ella, azuzándola. Y había seguido hacia delante, sin comprender.

Se había ido estrechando y ellos no cejaron. Vio el final y desconfió de aquellas ramas que olían a savia recién cortada, pero ellos venían, se acercaban. Se detuvo. Pero ellos venían. Gimió.

No le quedó otra que avanzar y, entonces, cayó.

Había intentado escapar. No pudo. Se hundió en la trampa.

No se rindió, y no se rendiría ahora. Quizás atesorando la esperanza que había sentido al escuchar cómo él le respondía desde el bosque.

* * *

Segios se percató de que tenía un refugio seguro en el que esconderse.

Se echó a la parte alta del foso, saltando el parapeto de piedras que habían levantado. Cayó y se agazapó sobre la rampa de tierra.

Apenas tuvo tiempo de sentirse a salvo. En cuanto lo oyó, el miedo galopó en su pecho.

Y no le hizo falta darse la vuelta para comprender lo que estaba sucediendo.

El gruñido fue cobrando volumen, reverberando.

Alzándose como una tempestad a punto de engullir la barquichuela de un pescador.

* * *

Pateó unas barbas con toda la fuerza que pudo y, al echarse atrás, esquivó una guadaña que le buscaba el pescuezo. Se agachó y giró sobre sí mismo extendiendo el brazo armado.

La pierna del hombre se derramó entre borbotones de sangre que, en la poca luz, le pareció al centurión aquel aceite de roca con el que había visto cargar las lucernas en Mesopotamia. Desoyendo los gritos del tullido, le atravesó la gorja con la espada y, conseguido el silencio, cayó en la cuenta de que apenas quedaban enemigos contra los que luchar.

Habían vencido. Una vez más, el talón de la Loba dejaba su huella.

Recobrando el fuelle, mientras se pasaba el dorso de la mano por la frente empapada, Lucio recordó que el primero en ser herido había sido el jefe de la aldea, y ahora que la batalla decrecía fue corriendo a buscarlo.

Junto al cuerpo, un fuego lánguido ramoneaba los rastrojos. Lucio temió que el galaico ya estuviera muerto.

Se acuclilló a su lado.

—¿Dónde?

Los ojos se abrieron con lentitud. Exangüe, pálido. Quedaba patente que el jefe podía sentir cómo el momento se acercaba.

—No…

El balbuceo apenas se oyó, pero el gesto fue suficiente.

Lucio consideró sus opciones. El calor trémulo de las llamas pegó perlas sobre sus cejas. Por el rabillo del ojo vio a Cainos aparecer de pronto: corría ladera arriba, como si buscase algo, sin que nadie le persiguiese. Le pareció extraño, aunque los asuntos que le urgían le hicieron desdeñar la curiosidad.

—¿Dónde? —volvió a preguntar procurando imprimir a su voz el tono más severo del que fue capaz.

El jefe de la aldea tosió y un espumarajo sanguinolento quedó colgando de sus labios.

Negando entre suspiros resignados, Lucio tomó el cabo de la antorcha. Sopló en el extremo embreado y avivó las brasas. No le gustaba lo que estaba a punto de hacer. Nunca le había gustado.

Los ojos del guerrero galaico siguieron aquel resplandor anaranjado sin que la decisión abandonase su rostro.

—No te lo diré…

Lucio Trebellio vio en la expresión del hombre la incorruptible determinación del moribundo que cree no tener nada más valioso que perder. Y el veterano no pudo evitar volver a negar.

Tuvo la irremisible certeza de que nada lograría con la tortura. Aquel pobre infeliz no comprendía hasta dónde llegaban las garras de la gran Loba.

Lamentó lo que estaba a punto de hacer desde el mismo momento en que supo que era su única salida.

Pero las mañas del deber llevaban dentro de él demasiado tiempo.

Abandonó a un lado los despojos de la antorcha. Se agachó junto al oído del jefe de la aldea.

—Sé que no me lo dirás aunque te obligue a comer tus propios testículos…

En los ojos del galaico se cruzaron la desconfianza y el alivio.

—… Lo sé —reconoció el centurión con el lamento apretándole los labios—. Pero tú también sabes quién soy. O al menos lo imaginas…

Le concedió tiempo al jefe de la aldea para responder, aun sabiendo que no lo haría.

No sería la primera vez que las legiones de Roma hacían algo así. Y casi con toda seguridad no sería la última. Y a Lucio le disgustaba tener que recurrir a métodos semejantes.

—Sabemos dónde está vuestra aldea…

Hubo un relámpago de miedo en aquel rostro desencajado que le susurró al veterano la confirmación que esperaba.

—Verteré plomo fundido por las gargantas de las mujeres. —Lamentó hacerse esclavo de aquellas palabras a medida que las pronunciaba—. Despellejaré a cada niño capaz de caminar…

Las historias de las atrocidades que barrieran el este habían llegado hasta aquel rincón del fin del mundo muchos años antes. Y el jefe del poblado supo en ese instante que eran ciertas. No por haber escuchado aquellos relatos de terror, sino porque presintió el amargor con el que su enemigo le hablaba.

—¿Dónde? —preguntó por última vez el centurión.

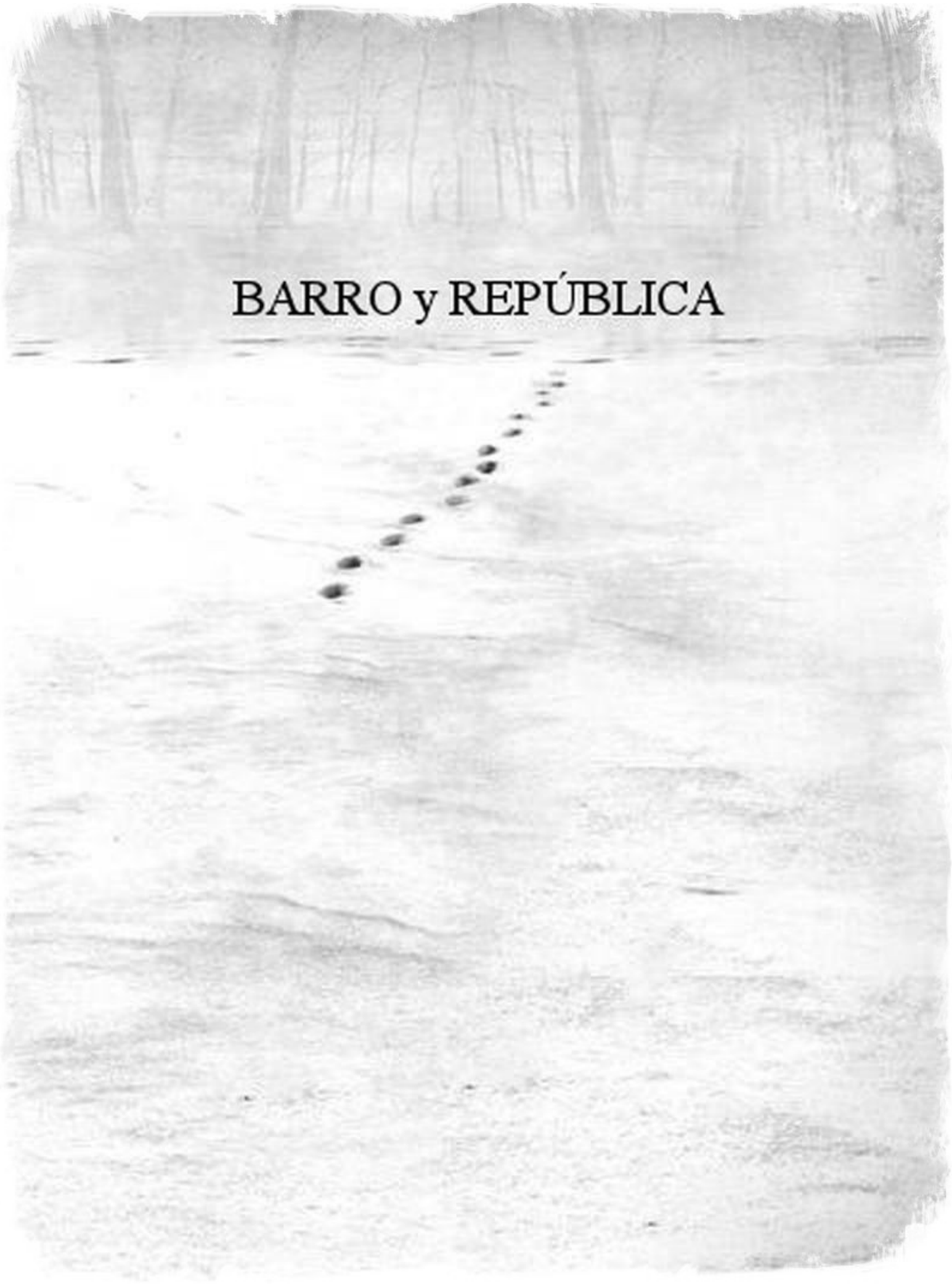
Y el jefe le dijo cuanto necesitaba saber.

Para morir, al menos, con la esperanza de que el todopoderoso Lug concediera a los suyos el tiempo de huir hacia la costa.

Y la luna, avergonzada, desapareció de pronto.

Sobre el cielo se corrió un telón de nubes oscuras que cargaron el aire con el olor del musgo y el agua limpia. Las lluvias tanto tiempo esperadas se anunciaron.

Y cayeron sobre un festín servido para los cuervos.


BARRO y REPÚBLICA

Con las primeras gotas de lluvia las llamas titubearon. Pero, hasta entonces, habían ido labrando el tronco. Y la madera del roble, herida, se lamentaba entre crujidos.

Y el aguacero llamó al viento. Y el viento llegó de nuevo. Y las ramas del carvallo, recién cargadas de hojas, protestaron como velas en la galerna.

Las rachas mecieron la copa. Cimbrearon el tronco.

Y aunque había soportado las grandes nevadas de aquel invierno, ya no pudo más. Cayó. Vencido por las ráfagas. Talado por el fuego de los hombres.

Se derrumbó con el estrépito de esquirlas y el gruñido de un leviatán.

Y la loba apenas tuvo tiempo de apartarse cuando el tronco se precipitó hasta lo profundo de aquel hoyo en el que estaba atrapada.

Sin embargo, tras el estruendo, gracias al viento, la loba tenía una salida.

Y de no ser por su herida, hubiera podido aprovecharse del esqueleto del roble para escapar. Lo estaba intentando, acallando el dolor entre belfos fruncidos mientras hacía infructuosos esfuerzos por trepar.

Resbalaba en el barro que empezaba a formarse en el fondo del pozo. Las hojas húmedas se aferraban a su pelaje. El rejón de la jabalina se trababa en las ramas.

Estaba a punto de darse por vencida cuando él apareció, encaramado en el cesto de astillas que había quedado en el cepo del árbol.

Venía a por ella.

* * *

El fuego barriendo el bosque había quedado atrás. Como la aldea, el engaño, las falsas apariencias, las pieles de lobo. Como las trampas. Aquel condenado foso había quedado atrás. Y ellos tenían prisa, porque debían llegar a Roma antes de que noticias de lo sucedido alcanzasen a los enemigos del general en las orillas del Tíber.

Habían recogido sus pertrechos y habían caminado todo el día bajo la lluvia.

El viento volvió a soplar, zarandeando un diluvio espeso y pegajoso que el cielo había atesorado durante semanas. Rachas que hacían temblar los árboles silbaban bajo el lúgubre aguacero. Y el horizonte, de tan encapotado, parecía pegarse a las montañas que tenían ante sí.

Les quedaba por delante un largo trecho. Pero llevaban encima un ansia que espoleaba sus ánimos.

No se detuvieron hasta que la noche amenazó. Agotados por el viaje y el golpear del agua, hicieron alto en una alquería abandonada. Apenas unas migajas de piedra bajo una techumbre desplomada que empezaba a cubrirse de zarzas enmarañadas. Probablemente algún desgraciado había huido de aquel invierno de hambre y desdicha después de que sus animales famélicos rumiasen las últimas virutas de forraje. Y la nieve había hecho el resto derrumbando aquel hogar mísero.

A la luz de la hoguera que habían prendido en un rincón, donde aún reposaba un

caldero con un fondo de gachas, Tito y el callado Druso apostaban sobre dados que rodaban por el suelo, entre las páteras en las que se había servido el rancho.

Parecían cómodos. A gusto. El tufillo del guisado aderezado con tocino rancio era siempre el mismo, de Saguntum a Tyrus. Y aquel pesado husmo grasiento era todo el hogar al que podía aspirar un legionario. Sin otro ganado que una mula de carga, sin otro techo que la basta tela de la tienda, sin más muebles que una muela para el trigo de las raciones diarias. Sin más hermanos que los otros miembros de su unidad, a los que conocía tanto por su habilidad con el dolobre para cavar como por sus ansias con la espada para matar. Se llegaba a veterano acostumbrándose al hedor de los pies, al temblor de los ronquidos y a los siseos de los cuescos mal disimulados en las noches calmas.

Además, volvían a Roma después de haber cumplido.

Píramo, que aún no había terminado su ración, se cambiaba metódicamente el vendaje improvisado con el que cubría el tajo que se había llevado en la pierna. En sus largos dedos se adivinaba la pericia de quien conoce la tarea.

Lucio, con un pellizco en el ceño, afilaba su espada. Se apoyaba en una viga de castaño vencida.

El único apartado era Cainos. En cuclillas, bajo el dintel de lo que había sido una puerta, el trampero miraba hacia la noche carbonera que cubría el camino dejado atrás.

Afuera, las nubes se arrejuntaban prietas para tapar los despojos de luna llena. Apenas se veían destellos de las gruesas gotas que seguían cayendo. Y Lucio, echando un vistazo sobre los hombros del trampero, se preguntó adónde miraba el hispano.

El centurión, presintiendo algo, se levantó pesadamente dejando la espada a un lado. Echó un resto de la viga al fuego y caminó hasta la entrada.

Pasó junto a Tito, que discutía la última tirada ante un Druso que negaba con su barbilla de gigante. Píramo, acostumbrado a los silencios del grandullón, con quien siempre había hecho buenas migas, habló en su lugar mientras terminaba de fijar sobre su pierna el lino basto que había desgarrado de una túnica vieja. Todos rieron cuando el reciario intentó aplacar los ánimos mencionando que Segios hubiera hecho más trampas.

—Parece que le ha costado empezar —dijo el centurión—, pero creo que no va a parar de llover… Puede que Neptuno se haya empeñado en traer el mar hasta estos montes…

La única respuesta fue un lento asentimiento.

El veterano conocía bien al trampero, y el aire taciturno de su camarada le dijo que algo andaba mal. Que algo más de lo que ya sabía andaba mal.

—¿Qué sucede?

Cainos alzó el rostro, girándolo hacia el veterano.

—Segios.

—Teniendo en cuenta que eran muchos más, tuvimos suerte de perder tan solo a uno de los nuestros…

Cainos sacudió su rostro de rapaz y negó.

—No lo mataron ellos…

Aquello cogió por sorpresa a Lucio. La noche anterior, mientras recogían sus avíos, al preguntar por el que faltaba, el trampero se había limitado a farfullar una negación. Y el veterano había entendido a su manera.

—¿Cómo que no lo mataron en la batalla?

—No había tiempo para explicaciones, tenías prisa por salir de allí. Podían llegar más…

El trampero espantó las excusas y el sencillo ademán de sus manos le dio a entender al centurión que eso tampoco importaba.

—Pero hay algo que debes saber… —añadió tras carraspear—. Algo importante.

En la oscuridad que había ante él, al trampero le pareció volver a ver el secreto que había descubierto a la luz de la antorcha.

Cuando aún caminaba por el campo de batalla, recelando de los malos finales en los que tantos legionarios habían terminado, un resplandor lívido en la rampa del foso había llamado su atención. Y las sombras de aquel cuerpo escuálido le habían resultado familiares enseguida.

Con la garganta hecha trizas, el cadáver desmadejado de Segios había aparecido ante él. Y ni siquiera le había hecho falta bajar hasta los restos para adivinar a quién pertenecían las huellas que rodeaban al muerto.

Pero la desdicha de aquel mequetrefe no era lo que le preocupaba. Al fin y al cabo, aquel tramposo nunca había sido de su agrado.

No.

Lo que inquietaba al alimañero era el fantasma que podía seguirlos en su camino.

* * *

—Treinta mil, ¡treinta mil legionarios murieron en Munda! Y muchos más cayeron durante las trifulcas entre Mario y Sila. ¡Y la revuelta de Sertorio! ¿Cuántos han muerto ya?

El joven supo que su tío no esperaba respuesta.

—La República es un sueño maravilloso —dijo el señor de Roma—, pero los sueños de los hombres suelen arruinarse con los hechos de los hombres…

Tenían ante sí la luminosa vista del mar interior. La costa se extendía de norte a sur, llena de matices pajizos que se fundían en el azul verdoso de las aguas. La bahía abrazaba las olas y un enorme peñón servía de apostadero a cientos de gaviotas que se revolvían entre chillidos. La brisa removía los olores acres e inconfundibles que salían desde los depósitos de maceración. Allí se encurtían los restos de pescado con los que se fabricaba el *garum* que viajaría a los puertos de Ostia y Neápolis; el mismo que acabaría en las mesas de los patricios a precios que se acercaban a fortunas. De

allí salían también centenares de ánforas repletas de aceite de oliva. Y no muy lejos, aún seguían explotándose las minas que pertenecieran al malogrado Craso.

—¿Y acaso no sucede lo mismo con cualquier forma de gobierno? ¿Acaso no todas se derrumban si están en manos de hombres pobres de espíritu?

El dueño de Roma abandonó las magníficas vistas y se giró hacia su joven sobrino. Eran los razonamientos como aquel los que le devolvían a la realidad.

Aquel muchacho no era ya el pequeño Cayo.

Y no porque vistiese la toga viril, sino porque se había convertido en un hombre con ideas propias. Capaz de razonar por sí mismo sobre la política más intrincada. El general estaba realmente encantado de tenerlo esos días a su lado.

—El tirano, el dictador… ¿Qué importa? ¿Son peores que un senado corrupto y débil? Hay hombres que están llamados a sobrepasar las debilidades de cuantos los rodean…

El joven hablaba con aire apocado, pero había en sus palabras un mensaje escondido que afloraba.

Y el gran general sonrió por el atrevimiento de la insinuación.

La buena Fortuna le había arrebatado el legado que hubieran recibido sus hijos. Su único heredero era el bastardo concebido con una extranjera, una reina de tres al cuarto que fingía gobernar una provincia conquistada. Y había empezado a pensar que solo había un merecedor de continuar con su estirpe: aquel muchacho de vivos ojos azules que parecía comprender sus más íntimos deseos.

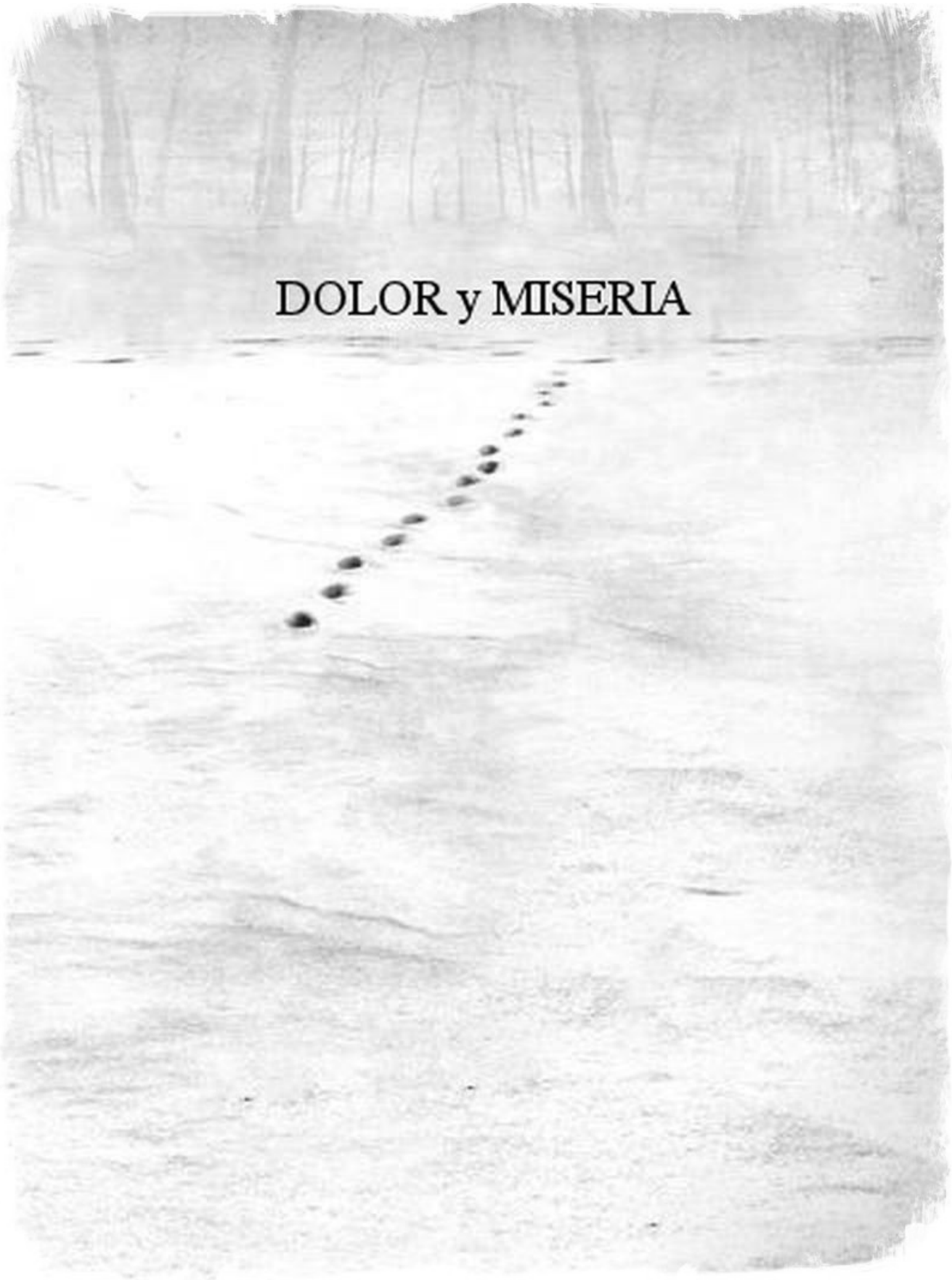
El joven miraba a su tío y esperaba.

Y el tío pensó que valía la pena confiar en el pequeño Cayo. Ahora que debían regresar a Roma, tendrían tiempo para largas charlas.

Quizá había llegado el momento de compartir alguna de las claves que sustentaban el tambaleante futuro de la República. Podría incluso hablarle de su viaje de incógnito a los rudos montes galaicos.

Pero el general se equivocaba. Su sobrino ya conocía muchos de aquellos secretos.

Incluso se había aprovechado de ellos.


DOLOR y MISERIA

Legañosa, calenturienta, derrotada por la corrupción que se extendía a través de su cuerpo desde la herida abierta, la loba lamió cariñosamente el hocico de su compañero.

Y él la alimentó como hubiera hecho con un cachorro desvalido.

Orvallaba con la pereza de la primavera. Y el viento silbaba sobre la lobera.

Escondido, en lo más abrupto del bosque, corría un riachuelo que se remansaba en un rompecabezas de granito. Sobre las peñas, un pellizco de tierra dejaba crecer algo de brezo y unos pocos retales de musgo. En derredor se alzaba una escolta de pinos, alfombrada por un barrujo herrumbroso en el que brotaban, prietos, codesos y aulagas. Era espesura ciega, infranqueable. Bajo las rocas, el ímpetu del arroyo había abierto una cárcava.

Y en el interior del cubil. Acostada sobre su flanco sano, la loba consiguió tragar lo que él le ofrecía de su propia boca, pero semejante esfuerzo la agotó. Gimió, intentó lamerse allí donde su propia piel parecía arder y, al fracasar, se derrumbó.

El lobo cabeceó, empujándola con suavidad, queriendo animarla. Pero ella apenas pudo hacer algo más que abrir los ojos por un instante. Él resopló, entornó la cabeza, la miró largamente, asegurándose de que el fuelle del vientre no se detenía. Y, vencido por el cansancio, se echó apoyando el hocico en las manos.

El dolor también carcomía su cuerpo exhausto.

Bajo la lluvia, envueltos en el tufo del incendio que humeaba al apagarse, no había encontrado otro modo que morder la carne de su compañera. Habían intentado trepar por el tronco del roble, pero el rejón de hierro anzolaba las ramas.

Desesperado, el lobo había mordisqueado la misma piel en la que tantas veces había lamido. Y probó la sangre de ella hasta que el condenado venablo salió dejando un gañido que se perdió en la lluvia.

Luego la había arrastrado. Tirando de ella por los pliegues del cuello. Como si llevase a un lobezno inquieto de una madriguera a otra.

Amanecía cuando al fin se apartaron de la trampa y, a lo lejos, escucharon voces que gritaban lamentos en el hedor de la muerte. Otros hombres lloraban por lo que sus congéneres habían hecho.

Ahora estaban a salvo.

Él mantuvo los ojos abiertos tanto tiempo como pudo.

* * *

Había llegado la miseria.

La trajeron los hijos de Roma. Las legiones de la Loba.

Tendrían que abandonar sus tierras. Ya no habría tiempo para arrancar melodías de luto a los cuernos, ya no habría fuego que recibiese a los caídos, ya no descansarían sus cenizas frente al hogar de las chozas. Debían partir.

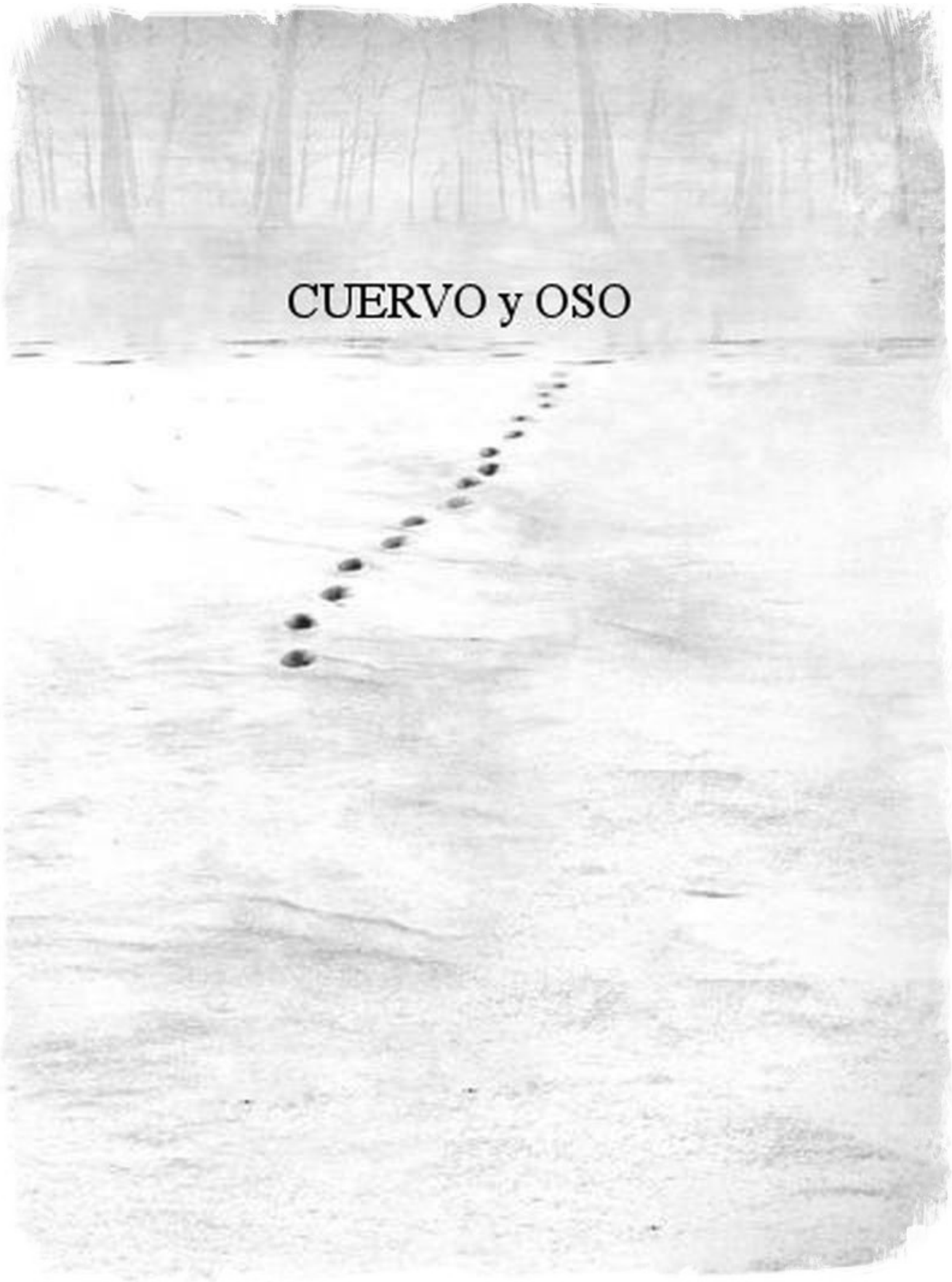
Habían recogido los cadáveres a toda prisa. Habían empacado sus recuerdos. Habían ahuyentado su pena. Se preparaban para marchar a la costa.

Y el druida, ensimismado, miraba el coso adivinando la crueldad de Roma.

Las huellas, el roble caído, la sangre en el hoyo. La jabalina. Le contaban una historia de barbarie que era reflejo de las penurias de su gente. Pensó en el lobo.

Y le rogó a Lug. Y le rezó a Taranis.

Para que la muerte persiguiese a aquellos bastardos por generaciones.


CUERVO y OSO

El olor de la muerte ya lo habían encontrado los cuervos, que se arracimaban en las copas afiladas de los pinos esperando que los padecimientos de la loba terminasen su trabajo.

Pero la esperanza de carroña fresca atrajo a alguien más. A la más oportunista de las bestias. A la más implacable.

Las ramas se partían al paso del enorme oso. El enredo del sotobosque no era obstáculo para aquella fiera enorme y hambrienta. Tras él quedaba una trocha cubierta de restos aplastados.

Presos de las fiebres, los ojos de la loba apenas se abrieron ante la escandalera. Llevaba días sufriendo. La maldición arrojada por los hombres consumía su cuerpo. Quiso incorporarse, pero sus patas no respondieron. La enfermedad le había devorado el ímpetu.

Afuera, el oso hizo retemblar su enorme hocico con un resoplido de satisfacción. En la madriguera yacía su próxima comida y era una presa fácil.

Cruzó el riachuelo y echó el primer zarpazo dentro de la lobera, pero su víctima, acurrucada al fondo del cubil, todavía estaba lejos de su alcance.

Lleno de furia, gruñó y empezó a cabecear. Usó sus garras para abrir la tierra y hacerse un hueco a través del que pasar su corpachón.

Desde el interior, la hembra percibió el juego de luces y sombras que el oso provocaba en la boca de su guarida. Sin embargo, no tenía fuerzas para hacer otra cosa que tumbarse a esperar la muerte.

Confiado como estaba, concentrado en su trabajo de zapador, el gigante no se dio cuenta de que ya no estaba solo.

Era un rival impensable. Jamás se hubiera enfrentado a él de no ser porque ella corría peligro.

El lobo se lanzó desde la peña que sobresalía como un alero sobre la cárcava. Y cayó encima del oso para echarle los dientes al pescuezo. Enterró los colmillos en aquella pelambre hirsuta y mordió con toda su fuerza. Con toda su voluntad. Calcando las quijadas en aquella carne agria.

El oso reculó berreando. En la caverna de su enorme boca brillaban los dientes y la gran lengua se agitaba salpicando babas. Se alzó echándose las zarpas a los hombros para deshacerse de la furia que se le había echado encima.

Erguido, con el rabioso lobo colgado en el cogote, el oso dio unos pasos atrás. Acabó en el arroyo, trastabillando en las piedras untadas de légamo y espantando a unas cuantas truchas que nadaron a toda prisa aguas arriba. Se agitaba de un lado a otro intentando arrancarse aquel vendaval de las espaldas.

Notó el sabor de la sangre y, aun pese al vapuleo, incluso aunque no tenía donde apoyarse, el lobo hincó las muelas abriendo la herida. Las enormes zarpas del oso silbaban junto a su cabeza, pero no se amedrentó. Siguió haciendo fuerza.

Uno de los dos moriría.

* * *

—¿Cuánto crees que tardaremos? —preguntó el antiguo reciario aprovechando el alto para probar bocado.

El centurión miró hacia levante considerando la pregunta. A él mismo le había estado rondando la duda desde que abandonaran el coso.

—Si pudiéramos ir al sur y tomar un barco, apenas un par de semanas —dijo con el runrún de un lamento.

Costaba desapegarse de la idea. Una travesía a bordo de algún carguero repleto de ánforas de vino con destino al puerto de Roma, ese sería un viaje cómodo; y rápido. Sin embargo, la consigna recibida era muy distinta.

—Por el momento, seguiremos a través de la cordillera, bordeando la costa norteña —reconoció Lucio con un deje de amargura ante aquellas interminables sierras que corrían a la vera del mar—. Luego… Luego deberemos evitar las poblaciones importantes. Alejarnos de cualquiera que pueda recordar nuestro paso…

Píramo percibió el leve titubeo. Y Lucio recompuso el gesto como pudo. Ambos sabían lo que esa ruta implicaba: montañas. Muchas. Primero para llegar a la Galia. Después, los Alpes infranqueables.

Era fácil desalentarse. Y los hábitos castrenses se impusieron; un mando debía ocuparse de mantener alta la moral de sus hombres.

—Llegaremos antes de la siega —afirmó el centurión con vehemencia.

Para el reciario aquello sonó a quimera. Sin embargo, a medida que hablaba, una idea había acudido en auxilio de Lucio.

—Si hemos de evitar ser vistos, si hemos de llegar hasta Roma como comadrejas… —Una sonrisa agrietó el rostro al veterano—. Entonces, encontraremos los pasos que usó Aníbal. Seguiremos las huellas mismas de sus elefantes —añadió esperando que la sombra de la leyenda animase al heleno—. Si él pudo hacerlo con miles de hombres, más fácil será para nosotros.

Y Píramo pareció revivir glorias en la arena. También sonrió. Y, al fin, asintió con picardía. Se alzó sujetándose el vendaje para volver hacia donde estaban Tito y el callado Druso, que compartían unas cortezas de queso. Cojeaba mientras hablaba con excitación sobre la increíble hazaña del general cartaginés.

Lucio Trebellio guardó para sí los pasos angostos entre las montañas, las cumbres siempre heladas, los despeñaderos por los que incluso las cabras montesas patinaban. No iba a ser fácil.

La verdad era que sus órdenes se parecían demasiado a un castigo.

Aun así, cargaba con el deber cumplido y sus hombres parecían dispuestos a no desfallecer. Por un momento todo fue como debía. Entonces vio a Cainos.

Separado del grupo, el trampero miraba al camino recorrido en las últimas jornadas; una senda enrevesada que se perdía entre las lomas. Como si lo que dejaban

tras ellos fuese más importante que cuanto les aguardaba al frente.

* * *

Unos pocos rayos de luz se atrevían a sortear las nubes. Quedaban tendidos entre los árboles y convertían las gotas de lluvia en quincallas doradas. Soplaba una brisa suave que barajaba las hojas, que acunaba el rumor del bosque.

Una mosca de la piedra escapó del ávido pico de un verderón con un requiebro y fue a caer en el arroyo. Pateaba frenética en el agua limpia. Allí, una trucha no desaprovechó la oportunidad; subió desde su refugio entre las ovas y la atrapó con un chapoteo, y las ondas de la cebada se fueron esparciendo por el regato. Rebotando en las rocas, escondiéndose en las ramas que colgaban desde la ribera.

A contracorriente, fueron muriendo mansamente. Y se detuvieron al golpear con el oscuro pelaje empapado.

El cuerpo yacía en medio del regato. La sangre se diluía en el agua cristalina. Las pulgas escapaban de las greñas foscas. El enorme cráneo, sumergido, era ya un trofeo.

Muerto, el oso sobresalía de la corriente como una roca gigantesca.

Y un poco más lejos, a unos pasos de la orilla, tirado en la pinocha, estaba el lobo. Yacía inánime sobre las agujas oxidadas.

En una rama tronchada, un cuervo miraba alternativamente a uno y a otro intentando decidirse.

Después de cabecear un par de veces, el carroñero pareció resolverse, batió sus alas de carbón para volar hasta el pinar. Se posó junto al cuerpo y caminó entre titubeos, como acalambrado.

El ojo del lobo se le antojó un bocado apetecible y graznó satisfecho antes de echarle el pico.

Una dentellada cortó el aire. Y las mandíbulas se cerraron con el seco impacto de un ariete. A punto estuvo la bocanada de acabar llena de plumas, pero el cuervo se echó al vuelo para alejarse a toda prisa entre graznidos indignados.

El lobo se alzó y resopló; en tanto, el pajarraco regresaba a su apostadero y se volvía para mirar con codicia el cadáver del oso.

Magullado, protestando cada uno de los golpes, tambaleándose, consiguió llegar a la madriguera y adentrarse en ella.

Enseguida percibió el cambio.

Se acercó, pero ella ni tan siquiera alzó las orejas.

El lobo gañó preso del temor. La llamó con un gimoteo. Y no sirvió de nada. La loba, tendida, inmóvil. No respondió.

Se acercó un poco más, con el miedo arrugándole el rostro. Y volvió a llamarla. Sin querer aceptar lo que era ya evidente.

Acercó el hocico y empujó con dulzura. Enterró el morro en aquel pelaje, como tantas veces, y la sacudió suavemente. Ella tampoco respondió. Le puso la mano en el

pecho, la zarandeó. Gimió. No sirvió de nada.

La loba no se movió. Ya no podía hacerlo.

Pero su amor tenía raíces más profundas que la verdad. Y, ciego ante la tristeza que lo acosaba, comenzó a lamer su cuerpo, como si ella no fuera más que un cachorro desvalido. La limpió. Acicaló cada rincón de su pelo, mordisqueando los mechones con sumo cuidado, deshaciéndose de las liendres.

Se acostó junto a ella. Apoyó la cabeza en su cuello. De tanto en tanto gemía, llamándola.

Estuvo a su lado, hasta que el calor se apagó. Hasta que el frío de la tierra pareció contagiarse. Hasta que la amargura le susurró que ya no había esperanza.

Era ya de noche y la luna tuvo un compañero inesperado.

Aupado al alero que cubría la lobera, el gran macho aulló su pena hasta el amanecer. Cubrió el bosque de lamentos lastimeros.

Lloró hasta que el calor del nuevo día despertó su odio.

Entró una última vez en la lobera, caminó de nuevo hasta ella, gañó, sacudió su cuerpo con el hocico, una última vez. Pero ella no reaccionó.

Se volvió de golpe y salió corriendo. Espoleado por la rabia.

Iba de caza.

* * *

Muchos habían pasado por allí. Los rastros se enredaban con sobras de menos enjundia. Y la peste dulzona que siempre acarreaba la muerte se empecinaba en esconderlo todo.

Tuvo que patrullar sin descanso a lo largo de la ladera para encontrar lo que buscaba.

Encontró un cadáver corrompido que ya conocía. Nadie se había molestado en recoger aquellos restos y solo las moscardas parecían tenerle cariño. Se entretuvo con él lo justo para esparcirle un resoplido malhumorado.

Siguió buscando, rastrillando con la cabeza gacha el suelo de la arboleda.

Fuera de la rampa del coso halló el dejo metálico de la sangre de una herida. También el pizco terroso que había rondado tan a menudo junto a las trampas, inconfundible por las veces en que lo había evitado. Y un tufo pesado de sudor rancio que le recordó al oso que había atacado la lobera. Y otro que tenía algo de fermento hecho con cebada. Y uno que sobresalía, pesado y rotundo, cubierto por hierro y cuero.

Se esparcían y reagrupaban. Volvían a separarse y, mucho más allá, emprendían camino todos juntos hacia el levante, siguiendo el curso de las montañas.

Era un rastro evidente, pero faltaba algo. Aún no había encontrado al líder.

Trotó hasta la rampa del coso, pasando sobre las huellas de los cascos que habían dejado los caballos. Y rebuscó hasta encontrarlo.

Era el tufo que se había pegado al venablo. El mismo que se trabó en la herida de

la loba. Tenía matices que no reconoció; lejanos, que sabían a desconocido. Amargos y penetrantes. Era el líder, no le cupo duda. Percibía la ambición y la fuerza, anzoladas con encono.

Y era inconfundible, porque llevaba pegado el olor quemado de las tormentas.

Lo había encontrado. Sin embargo, no le sirvió de mucho. Marchaba en otra dirección, al sur.

El lobo se quedó entre los árboles. Intentando apaciguar la ansiedad.

Con lentitud movía la cabeza de un lado al otro, venteando los rastros que ya conocía. Y vacilaba.

Sus presas se dividían.

Dudó cuál seguir.

Finalmente puso rumbo al este. Tras el grupo más numeroso.

* * *

Todavía recordaba la primera vez que había oído hablar de las tierras del oeste. Había sido el joven Marco, contándole cómo su abuelo había batallado en aquellas montañas hasta granjearse el sobrenombre de Galaico y el respeto del Senado.

Ahora, mientras roía los rincones de su memoria, caminaba sobre las coloridas teselas del mosaico que se abría al patio.

Los pies descalzos del general dejaban huellas húmedas sobre fríos leones y panteras que se perseguían por el lujoso suelo. La casa estaba a oscuras y casi le parecía escuchar de nuevo la voz de aquel chiquillo que se haría hombre para traicionarle.

Le hablaba del viejo cónsul. Cansado de las supercherías de sus tropas en aquellos montes de druidas y magia, había cruzado el Lethes. Luego, con los pies mojados y el ánimo encendido, había llamado a sus legionarios. Uno a uno, por su nombre, para demostrarles que no era aquel el mítico río que condenaba al olvido.

Años más tarde, él mismo vadearía también entre aquellas orillas.

El eco del caminar de algún esclavo precedió al brillo tembloroso de una lucerna, y el vencedor de la última de las guerras civiles se apresuró. Regresar a Roma había sido un alivio tras la larga campaña. Aunque sabía bien que ni siquiera en su propio hogar estaba a salvo de ojos indiscretos. Marco no había sido el único tentado por la traición. Y tampoco sería el último. El general se pegó a las arcadas del soportal y echó una carrera para entrar en sus despachos.

Veinte años había esperado.

Había vadeado aquel río. Y muchos otros en aquel laberinto de sierras y bosques. Incluso alcanzó las costas que miraban al océano bravío del oeste. Había llegado como un bisoño recaudador de impuestos, y su antojo había sido coartado. Sin embargo, había regresado tras retorcer la escalera de la política y ascender en los peldaños del poder.

Y lo había visto.

Las hoces de sus druidas, las ofrendas de paz de las rebeldías que sofocara, las joyas de los jefes. Podía ser. Quizás existía una posibilidad. Y surgió una idea. Una espina que se clavó en su memoria para recordarle que, llegado el momento, allí le aguardaba su oportunidad.

Y ese momento se ponía al fin al alcance de su mano.

Trasteó entre rollos que abarrotaban una de las estanterías. Apartó un manuscrito de sus memorias en el que trabajaba y sacó un pequeño cofre.

Se sintió nervioso, como un adolescente al ver por vez primera cómo una mujer se desnudaba.

Destrabó el complejo cierre. Levantó la tapa. Alzó el falso fondo. Y lo que vio le arrancó una sonrisa infantil al curtido general. En sus ojos pardos, oscuros como un pozo, brillaron un par de reflejos dorados.

Había dos piezas. Una torques que trajera consigo años antes y, a su lado, la pepita que le había entregado Lucio Trebellio. Oro.

Relucían a la escasa luz tendida por los pebeteros que flanqueaban la estantería. Tejían fulgores anaranjados. Eran de la mejor calidad.

Eran semillas de codicia.

Reflexionó un momento. Considerando si era aquello una buena idea, cuestionándose a sí mismo. Pero el testamento ya había sido depositado en el templo de las vestales.

En ese instante la puerta se abrió a sus espaldas.

TRAICIÓN y MENTIRA

—Es solo un animal.

Cainos mordisqueó el tallo de hierba que sostenía entre los labios.

Anochecía. Y, poco antes, se habían echado a un lado del sendero. Píramo atendía el fuego del improvisado campamento, Druso revolvía en los zurrones buscando restos que arrimar a la hoguera. Y el centurión se había acercado para sentarse también en el tronco abatido que servía al trampero de banco.

La única respuesta fue un encogimiento de hombros.

—¿No seguirás creyendo que viene tras nosotros? —insistió Lucio Trebellio.

Cainos, como cada día, miraba hacia el trecho recorrido. El hierbajo se revolvió entre sus dientes.

Sabía el trampero que sus temores eran tan solo suyos. Y que de nada le serviría aventarlos. Por eso no dijo nada.

Era cierto que habían caminado durante semanas. Ya estaban cerca de las cañadas que habrían de llevarlos a la Galia. Pronto pisarían tierras que sus legiones habían batido asediando a las huestes de Pompeyo. A cientos de millas de aquellos montes del oeste. Pero Cainos seguía desconfiando.

—¡Alguien viene!

Era Tito quien gritaba a voz en cuello. Regresaba después de haberse adelantado para echar un vistazo a lo que les aguardaba la mañana siguiente. Y, preocupado ahora por la advertencia, el veterano centurión se alzó.

Aunque no lo dijo, Lucio Trebellio daba así por zanjado el asunto. En los últimos días sus miedos se habían ido convirtiendo en fastidio.

—¿Quién es? —preguntó sacudiéndose de encima las elucubraciones de Cainos.

—Un par de muchachos en caballos roñosos —contestó el *optio*.

Y antes de que Tito terminase su respuesta, Druso ya se levantaba preparando el hierro en la mano.

—Ya habrá tiempo para eso —lo detuvo Lucio con la sequedad del mando—. Veamos primero quiénes son —añadió conciliador—, puede que resulten útiles. Quizá sepan darnos indicaciones de cómo llegar a los pasos del Pirineo.

A la vuelta del camino, aparecieron entonces dos jovenzuelos pertrechados para la guerra, aunque faltos de barba y cicatrices. Cabalgaban risueños, arrastrando bisbiseos alegres. Llenos de la confianza bravucona que retiran los años. No tensaron las riendas hasta que estuvieron casi encima de los hombres del centurión.

El más alto de la pareja, un hombre en ciernes, con el aspecto y las ropas de quien proviene de una familia con enjundia, vio la espada a medio desenfundar del gigantón. Y pareció alegrarse en lugar de arredrarse.

—¿Vais también a Salduvia para enrolaros? —preguntó animoso.

Hablaba la lengua de Roma con el dejo típico de aquellas tierras.

El centurión apaciguó el aire con un gesto que sirvió de señal a Druso. Y, en tanto

su legionario enfundaba, contestó usando la mentira que ya habían acordado.

—No, no. Nuestros pasos nos llevan a Narbona, somos marinos.

Era tan evidente la farsa que incluso los dos muchachos entendieron que aquello no les competía.

—Podemos compartir el fuego —habló entonces el otro joven—. Tenemos armas propias y víveres —aclaró con orgullo—. Mañana nosotros continuaremos hacia el sur y vosotros podéis seguir camino —concluyó con la pizca de desprecio que merecían a su juicio quienes no acudían a la llamada de las legiones de Roma.

Tito rio con ganas ante la impertinencia mal disimulada de aquellos dos ansiosos. Y el centurión, refrenando una sonrisa displicente, abrió la boca para corregirlos: la guerra había terminado en Munda meses atrás. Sin embargo, Cainos no le dio oportunidad de enmendar a los muchachos. Se levantó con prisa y habló antes.

—Claro —intervino el trampero con un gesto cómplice hacia Lucio—, adelante. Sois bienvenidos. Aún nos queda algo de pescado en salazón. Acomodaos.

Así lo hicieron. Incluso hubo risotadas, viejas historias sobre mujeres jóvenes y buenas palabras.

Sin embargo, a media noche, Cainos abrió los ojos.

Era el turno de guardia de Píramo. Un cielo despejado en el que ya se pintaba el estío cubría el vivaque. Un pellizco de luna señoreaba una puntilla hecha de estrellas, y en el aire tibio del verano flotaban los restos ahumados de la hoguera.

El trampero prestó atención a los ruidos del campamento. Escuchó la manaza de Druso rascar con la fuerza de un rastrillo. Los ronquidos ya familiares de Tito. El pesado fuelle del centurión. Los chisporroteos del fuego. Se incorporó sobre un codo y en la penumbra distinguió las pieles con las que se abrigaban los dos muchachos. Parecían dormir plácidamente, quizá soñaban con gestas propias de héroes.

Aguardó con paciencia un buen rato. Y solo cuando estuvo seguro se encaminó junto a Píramo, sentado en aquel tronco caído.

—Cámbiate el vendaje —le susurró Cainos al reciario sin darle tiempo a preguntar—. ¡Y dame el viejo!

El ademán urgía. Y el antiguo gladiador comprendió que no era el momento de pedir explicaciones.

Una vez Píramo le tendió el sobado trozo de lino, el trampero lo hizo jirones.

Las dos sillas de montar habían quedado en el mismo tronco donde el reciario se sentaba. Cainos se lo había sugerido a los muchachos cuando las habían dejado en el suelo. Y no les había mentido al decirles que el cuero y el rocío del amanecer no se llevaban bien.

Sacó su daga y empezó a trabajar entre la piel y la madera de uno de los arzones.

A la mañana siguiente, mientras los suyos freían en manteca unas pastas de harina y queso viejo, Cainos se ausentó durante un buen rato.

Cuando regresó, los dos muchachos ya se habían marchado. Con certeza, ansiosos por encontrar la gloria de la guerra y ganarse la ciudadanía.

Y, al ver las huellas de los cascos en la tierra del camino, el trampero sonrió satisfecho.

Traía consigo una gavilla de menta fresca recién cortada. Apenas farfulló un saludo y se la ofreció a Píramo, causando que las risotadas de Tito se escucharan a millas de distancia.

—Le van a salir muchos pretendientes —espetó Tito—. Espero que comparta la dote…

—Úsalas al cambiar las vendas, pon unas cuantas hojas sobre la herida —le dijo Cainos al reciario obviando la pulla—. Ayudarán a que cicatrice —concluyó obligándole a coger el ramillete de hierbas.

El griego miró las hierbas aromáticas con escepticismo. Pero era cierto que el trampero se las apañaba bastante bien como galeno.

—Y estará tan guapo como una vestal —añadió Tito entre mugidos de risa contenida.

Las carcajadas tardaron en apagarse, incluso al callado Druso se le escapó un sonoro resoplido. Sin embargo, Lucio Trebellio intervino bruscamente para dar la orden de ponerse en marcha.

Y se echó al camino tras sus hombres.

Durante los primeros pasos rumió aquella extravagancia del trampero. Pero no quiso cuestionar a Cainos hasta que llevaban ya un buen trecho a las espaldas.

—Esa pierna está casi curada…

Cainos se había apartado hasta el borde del camino para arrancar un hierbajo.

—¿Has visto a una manada de lobos cazar en un rebaño de ovejas? —preguntó sin volverse.

El centurión negó sacudiendo la barbilla.

—Son muy astutos —reconoció con los ojos entornados—. Las hacen correr; si pueden, las obligan a separarse. Luego escogen a las más débiles. Los corderos, las que están enfermas, las que cojean…

Lucio asintió, como si comprendiese. Aunque, en realidad, no lo hacía. Toda su atención se centraba en llegar a Roma, cuanto antes y con el secreto que portaba a salvo. Tal y como ordenara el general.

Lo que el centurión no sabía era que el trampero hispano cumplía con su propia encomienda. Cainos tenía también sus propias órdenes.

Unas muy distintas.

* * *

Era noche de luna nueva. Negra como un abismo.

Rolaba un viento cansado que aupaba a las polillas. Que levantaba una marejada en las espinas del tojal. Que rizaba el agua oscura de un charco.

Un cárabo ululaba sus lamentos desde la rama tronchada de un fresno.

El resto del bosque se refugiaba en el silencio.

Era una noche para que las ánimas penasen por los senderos lamentando su muerte.

Sin embargo, por el monte pelado que dejaban unas peñas entre las aulagas, no apareció una procesión de espectros.

Solo un lobo enorme que trotaba hacia el este.

* * *

—¡Oro! —dijo el general satisfecho, enseñando el falso fondo del cofre—. ¡Oro! Y habrá mucho más…

Eso aún no lo sabía con certeza. Hasta entonces, tan solo tenía pruebas de que algunos ríos en aquellas tierras del oeste arrastraban fortunas en sus aguas. Pero si Lucio Trebellio regresaba con su encomienda cumplida, si lo conseguía, entonces conocerían la montaña que amamantaba aquellos torrentes. La que acunaba en sus entrañas una fortuna a la espera de que llegasen los zapadores de las legiones.

—Alzaré nuevos acueductos, templos grandiosos… —añadió entusiasmado, encubriendo su avaricia—. ¡Pan! Cloacas… Tapizaré la ciudad con mármol albo. —Callaba la verdad; no ansiaba la riqueza del oro galaico, sino luchar contra la flaqueza de la memoria—. ¡Y juegos!, con gladiadores traídos de todos los confines del mundo, ¡con las fieras más salvajes despedazándose en la arena! —Lo que ansiaba era ser recordado por siempre, convertirse en leyenda—. Terminaré con la miseria y el hambre. ¡Roma está enferma! Pero yo tengo la cura…

Bajó el dedo que había levantado para remarcar sus palabras. Intentó recuperar el aire tras su exaltado discurso.

Mientras, el joven que acababa de entrar en sus despachos, en aquella vigilia de secretos, meditaba. Consideraba con tino lo dicho por su tío.

El gran general se pasó la mano por la coronilla y reagrupó como pudo los ralos mechones. Volvió a mirar las dos piezas; y en los reflejos dorados anticipó el futuro que anhelaba.

—Dominaremos el Senado —continuó más calmado—. Aumentaremos el número de escaños. Los que ya son senadores se dejarán comprar. Y los recién nombrados me deberán un favor, serán fieles a mi causa —aseveró—. Pero eso no es todo. También nos ganaremos el favor del pueblo. Pondremos la ciudadanía al alcance de las gentes de provincias…

Su sobrino sabía bien que aquello engendraría aún más enemigos de los que ya tenían. Las hiedras del odio medrarían hasta cubrir las piedras de la gran Loba.

—Pero los rumores corren de un lado a otro. Acabamos de poner el pie en Roma y el Senado…

—Atiborraremos sus buches como si fueran ocas —se rebeló el baqueteado militar ante la objeción, terco en sus ideas—. ¡Callarán porque tendrán sus bocas llenas! ¡Y sus tripas a rebosar!

Y su sobrino guardó silencio, obediente.

Pero el general lo había llamado porque confiaba en su criterio. Y, una vez más, le había sorprendido por sus maneras y modos. Tanto como para considerarlo secretamente su heredero. Así que apartó de mala gana su deseo de llevar la razón y enarcó una ceja para animar al joven a seguir.

Tenía azul desvaído en los ojos, llenos de ingenio. Las narices bien delineadas. El cabello, de un rubio ceniciento, se ondulaba sobre las sienes y la frente, punteada con el flequillo. Cargaba un sesgo apuesto que solo estropeaban dientes pequeños y separados. Y, como reflejo de sus ambiciones por colmar, vestía una túnica del mejor lino teñida con carísimo añil. Pero lo que más destacaba de él, lo que satisfacía a su tío, era el aplomo que derrochaba aun pese a su edad.

Primero solo se atrevió a carraspear. Aunque un revuelo de dedos callosos lo incitó a expresarse con libertad.

—La guardia de veteranos te acompaña de un rincón a otro de la ciudad —habló entonces el muchacho—. Tus legiones están a las puertas de Roma. Y esperas obtener del Senado su permiso oficial para que miles de hombres fieles al vencedor de la guerra traigan una montaña de oro… Una fortuna que te permitirá hacer cuanto se te antoje.

—Les daremos su parte —refutó sin sentirse agraviado por la franqueza—. Pagarán tantas orgías que no podrán mover sus gordos culos… No habrá carbón con el que tapar sus vómitos…

Su sobrino asintió, pero aún tenía algo más que objetar.

—Tú mismo lo dijiste una vez: la política se teje con apariencias. Ellos quieren creer que Roma los verá como a líderes. Debes darles una excusa pública para que puedan aceptar tus planes. Les aterroriza…

—¡El recuerdo de Sila! ¡Lo sé! Temen que las cloacas se llenen otra vez de su sangre grasienta, ¡lo sé! ¡Bona Dea! Acaso no he repartido ya clemencia suficiente…

El gran general resopló. Harto de la escasa visión de los senadores de Roma. Cansado de las ataduras impuestas por las formas.

—Debes ofrecerles algo más suculento que un poco de oro.

—¿El qué?

—La apariencia de dignidad. La creencia de que son suyas las decisiones que toman —afirmó lleno de convencimiento su sobrino—. Has de procurar que no te vean como una amenaza —el joven parecía a gusto buceando en los sumideros de la política—, sino como alguien que les ofrece una oportunidad.

Y el general, cansado, supo que era verdad. Ya había saboreado felonías. Ya había conocido injurias. Ya había tenido que sofocar una guerra civil. Y todavía quedaban rescoldos de aquellos odios que quizá prendiesen de nuevo.

Los fuegos de la traición podían volver a quemar Roma.

* * *

Faltaba aquel que llevaba a rastras el husmo de las tormentas. El líder. Pero el resto

estaba cada vez más cerca.

Apenas se detenía. Subía y bajaba con los montes, corriendo incluso a plena luz del día. De tanto en tanto bebía un par de tragos si se topaba con un arroyo. Aparte de unos cuantos escarabajos, solo había comido los restos despeñados de un bucardo que se encontró al pie de una quebrada retorcida. Y cuando el cansancio aguijoneaba un dolor que ya se había convertido en inseparable, entonces se detenía. Buscaba un hueco en la maleza cerrada de tojos y brezos, se enroscaba como un cachorrillo y dormitaba inquieto.

El verano apretaba las flores en los escaramujos, levantaba mañanas llenas de color, espantaba las nubes, se bebía los cauces de los ríos, agostaba las praderías. En los nidos piaban pajarillos recién nacidos, los oseznos aprendían a buscar colmenas en los robles ahuecados, los zorros enseñaban a cazar a sus pequeños. Los hijos de las legiones de Roma seguían su camino al este.

Y el lobo iba tras ellos.

A veces, un paso de ganado difuminaba el rastro. Otras, se hacía más fuerte al entremezclarse con tufaradas engendradas por los hombres: grasas recalentadas, tallos arrancados, animalillos muertos. En ocasiones, la pista era evidente como una trocha recién abierta. En otras, el lobo la perdía. Aunque jamás se detenía. Incansable, continuaba hasta encontrar de nuevo el husmo de los cazadores.

Estaba cada vez más cerca.

Y esa mañana, temprano, antes de que pudiera secarse la alfombra del rocío, se topó con un recodo en el camino junto al claro que dejara un árbol caído.

Allí se habían encamado. Se lo decía la hierba aplastada. Se lo confirmaban los restos del fuego, con ese tufo que parecía anudado a los hombres. Y hasta allí habían llegado todos. No lo dudaba.

Algo había sucedido, sin embargo. Los rastros se dividían.

Miró el lobo a uno y otro lado, se pasó la lengua por las narices y empezó de nuevo a rastrillar la grama con el hocico para cerciorarse.

Encontró el aire pesado de los jamelgos, inconfundible por el matiz seco del heno. Y también dos rastros nuevos. Habían desaguado junto a un matorral de mimbres y dejaron allí el mismo porte que el de los lobatos. Con solo olisquear sus miserias el gran macho supo que estaban llenos de bravatas pero que aún no tenían colmillos con los que defender una manada.

Sin levantar las narices ventiló una vez más el abrigo de musgo que se había echado encima aquel tronco derribado por algún vendaval de invierno. Y volvió a encontrarse con las mismas dudas.

Varios seguían hacia las montañas, continuaban hacia los pasos de la sierra, desde donde le llegaban al lobo las esencias del enebro y el dejo punzante de los abetos. Y se habían llevado con ellos un aroma nuevo y fresco, el mismo que a veces cataba en las cabeceras de los regatos. El de las matas de menta que crecían entre los ortigales.

Pero uno de ellos, el que portaba el tañer de la sangre, el que estaba herido, ese

había marchado hacia los llanos que se adivinaban al sur; desde donde llegaban con la brisa cálida olores secos de cereal y esparto.

Se habían dividido.

Se le escapó al lobo un ronquido de enfado y sacudió la enorme cabezota haciendo sonar las orejas con el golpeteo. Se pasó una mano por la frente, tal que lavándose la cara, y repitió el gesto para restregarse los cachetes. Volvió a agitarse inquieto. Resopló.

Aquel nuevo rastro de yerba aromática lo desconcertaba. El lobo recelaba.

No se fiaba de los hombres. Había aprendido a temerlos. Y también que eran los únicos en el bosque que se servían del engaño.

El lobo, chantado en el camino, miró al oeste, se volvió al sur. Venteó el aire que la mañana empezaba a calentar. Y tomó una decisión.

Se puso en marcha.

* * *

En muchas de aquellas cimas aún permanecía agarrada la nieve. Pero los esbirros de la gran Loba se las prometían felices, porque ante ellos se abrían las llanuras de la Galia.

Dejando tras de sí las rocallas del Pirineo, tenían el camino expedito hasta las faldas empinadas de los Alpes. Y, aunque Druso seguía tan charlatán como un busto de arcilla, incluso Cainos se atrevía a seguirle las chanzas a Tito. Junto a ellos viajaba el buen ánimo del deber a punto de ser cumplido. Y a Píramo se le caían de los labios historias de un lupanar del Esquilino, un antro en el que prometía olvidarse de tan larga marcha por interminables montañas.

Y entre aquellas agujas de piedra que rasgueaban jirones de nube, el centurión Lucio Trebellio empezó a sentirse confiado. Sabía que ya habían cubierto la mitad de su larga travesía y, hasta su llegada a Roma, ya solo temía un desafortunado encuentro. Alimentándose de desertores y malnacidos, el fin de la guerra había espantado hatos de bandoleros que campaban por los límites de las provincias. Y el camino que seguían, alejado de las ciudades, acercaba esa posibilidad.

Aun así, por el momento, todo parecía ir bien.

—A ver si puedes hacerte con unas truchas para la cena —le dijo a Cainos señalando uno de los muchos ibones a rebosar de agua helada que salpicaban aquellas montañas—. Estaría bien comer algo que no fuera harina rancia o tasajo reseco.

—Yo preferiría un buen rodaballo —intervino Tito con una sonrisa.

El reciario se rio con ganas, Druso resopló. Y la paciencia del baqueteado centurión se colmó.

—Con tu salario y tu afición a los dados dudo mucho que hayas probado jamás semejante exquisitez. Pero, tranquilo, ponte ahí mismo a horcajadas —dijo Lucio animando al *optio* a colocarse a unos pasos frente a él—, y te daré tal patada en los huevos que tú, mi sandalia y tu puñetero ingenio llegaréis hasta el mar. Allí podrás

bebértelo…

Cainos ya no escuchó el final de la bronca, caminaba hacia el pequeño lago en tanto Druso, también cansado de las impertinencias de Tito, empezaba a cargar leña de los alrededores para la noche.

Al llegar a la orilla de la laguna todavía podía oír el murmullo de sus camaradas. Y al trampero se le atravesó una sonrisa intempestiva en aquel hocico suyo.

Usando su puñal aprovechó unas matas de sauce que nacían en la ribera para hacerse con unas varas flexibles. Y ya se agachaba en el barro, buscando señales de las lombrices que podría improvisar como cebo, cuando le pareció ver algo.

La incredulidad hizo presa en su ánimo. Enseguida quiso pensar que se equivocaba.

Soltó el hatillo de ramas y se agachó.

Era solo una huella.

Podía ser del perro de algún pastor. Demasiado grande y rotunda para ser de zorro. Quizás en aquellas montañas del Pirineo también hubiese lobos.

Sin embargo, Cainos sabía que se estaba engañando. El témpano que reptó por su espalda se lo dijo.

Conocía bien aquella marca, la había seguido durante meses en unos montes no tan distintos, pero a cientos de millas de distancia.

En uno de los dedos había una vieja cicatriz inconfundible que arañaba el lodo con una grieta.

Tenía el tamaño suficiente para achicarle el puño.

Y allí, en los montes galaicos, o en el mismo infierno, no había lobos de esa talla. En toda su vida solo una vez se había cruzado con un ejemplar tan grande.

Además, esa sola huella era una advertencia, para él. La bestia estaba jugando con ellos, con su miedo. Y Cainos lo sabía bien. Aquella fiera excepcional se había adelantado a sus presas, ningún otro lobo hubiera hecho algo así.

Y volvieron a cernirse sobre el trampero aquellos relatos escuchados junto al hogar. Regresó el horror de sus pesadillas infantiles.

No podía ser verdad.

Incrédulo, sus ojos cayeron de nuevo sobre el lodo pisoteado.

Era la leyenda del mal hecha carne. Urco. El can negro. Tenebroso como la noche, cargado con cadenas herrumbrosas que arrastraban lamentos y aterrorizaban a los hombres. Era el monstruo que surgía de las tempestades del océano para esparcir la muerte.

Era la bestia en la que habían sembrado la sed de la venganza.

* * *

Las altas montañas se escurrían pendiente abajo, hacia ondulantes praderías en las que un ciervo vigilaba su harén. El venado pateaba el suelo echando furiosos vistazos a un par de jovenzuelos todavía astados con pequeños mogotes.

Pandas de mariposas amarillas revoloteaban entre los tallos altos. Las abejas, zumbando de un lado a otro, vacilaban entre la asombrosa variedad de flores que se abrían al verano en aquellas laderas. Un pájaro carpintero tallaba su despensa en un abedul sobre el que crecían hongos yesqueros. Una garduña se recogía a su madriguera después de una noche de caza.

Y en lo alto, contra un cielo azul e impecable, la grotesca figura de un enorme quebrantahuesos surcaba el aire plácido de las cimas. Torneaba vueltas y más vueltas en su atalaya de las alturas. Aguardaba su ocasión.

Los reflejos tornasolados de los cuervos, siempre los primeros en llegar junto a la muerte, le habían advertido de que al caer la noche tendría despojos que echarse al buche.

Para entonces, más de un mendrugo de carne habría sido arrancado por las alimañas del bosque. Para entonces, las moscardas ya habrían hecho sus puestas y los gusanos habrían saciado su hambre. Para entonces, las cornejas habrían dado cuenta de los ojos. Y los buitres habrían despellejado aquellos dos cadáveres.

Después, cuando quedasen poco más que sobras descarnadas, las piezas de aquellas osamentas acabarían entre las garras del quebrantahuesos. Las dejaría caer sobre peñascos para reducirlas a pedazos que poder engullir.

Y las únicas memorias de las hazañas de aquellos que fueran conocidos en las legiones de la Loba como Píramo y Tito serían las que dejaría caer el quebrantahuesos cuando se le revolvieran las tripas.

A algo más de cien pasos el uno del otro; con la garganta desgarrada y la incredulidad aún pintada en el rostro. Ambos muertos. Allí, en la pendiente, yacían los dos hombres que habían servido a las órdenes de Lucio Trebellio.

Junto a los cuerpos se derramaba un batiburrillo de sangre, hierbajos aplastados, huellas trasteadas y miedo. Pero más allá, rumbo a los valles que se extendían hacia el este, se distinguían dos trazas paralelas que un buen trampero hubiera identificado con facilidad.

Eran las que hubiera dejado un lobo al trote. Uno grande.

* * *

—¿Servirá de algo?

El agua fría les llegaba al pecho. Les cortaba la respiración. La corriente amenazaba con tumbarlos. El légamo del fondo los hacía patinar. Los tres vadeaban con esfuerzo y todos miraban con anhelo hacia la orilla del rabioso río.

—¿Servirá? —insistió Lucio Trebellio.

El trampero, que no había vuelto a hablar desde que les gritó a sus compañeros que se echasen al agua, negó agitando su cabeza.

—No —contestó jadeando—. Como mucho nos hará ganar unos días. Pero volverá a encontrar el rastro.

El veterano centurión había pasado antes por apuros. Muchas veces. Llevaba años

sirviendo a las legiones de Roma. Le habían perseguido, le habían apuñalado. Durante el asedio de Dirraquio no hubo otra cosa que echarse al gaznate que amasijos de hierba y lodo. Y en Gergovia había caminado con la sangre de sus camaradas muertos bañándole los tobillos.

Sin embargo, le costaba creer que estuviese huyendo de un condenado animal. Aun así, le bastaron un par de resoplidos para enfrentarse al problema como lo habría hecho en el campo de batalla.

—¿Cuánto tiempo ganaremos? —preguntó a unos pasos de la orilla.

Druso ya estaba alzándose fuera del río y le tendía la mano a su centurión. Aunque no prestaba atención a sus compañeros; el gigantón miraba hacia la otra orilla. Había visto con sus propios ojos cómo aquel amasijo de colmillos y odio despedazaba la garganta del reciario. Y aún no podía explicárselo. Los había cogido desprevenidos. Les había tendido una emboscada.

—Puede que uno o dos días, no mucho más. Luego volverá a encontrarnos —reconoció Cainos tomando ahora la mano que le quedaba libre a Druso.

Esta vez el centurión no albergó dudas. Si hasta entonces había desconsiderado los temores del trampero, el revoltijo de espumarajos sanguinolentos y dentelladas en el que se había convertido Tito le impidió hacerlo de nuevo. Había sucedido en un abrir y cerrar de ojos. Apenas había logrado desenvainar cuando aquel maldito engendro del averno ya se había marchado, llevándose entre los colmillos pedazos de su hombre.

—Está bien, de acuerdo —concedió notando cómo el agua fría le erizaba el vello —. ¿Y qué vamos a hacer?

Cainos estrangulaba su túnica para escurrirla. Y, antes de contestar, miró hacia el horizonte.

No tenían ni la menor idea de cómo se llamaba aquel río. Habían dejado atrás Narbona y en algún lugar al frente podrían encontrar un desvío que los llevase hasta el mar, a lugares que habían conocido durante la guerra civil. Más allá, el suelo empezaba a alzarse para replegarse en los Alpes. Aquel paredón de roca aparecía imponente en la lejanía.

—Deberíamos hacer que se sintiese incómodo —dijo el trampero tras un titubeo en el que anticipaba la reacción de Lucio—. Vayamos a la costa. Podríamos ir a Massilia —aventuró recordando las callejuelas de la ciudad—. Dudo que sea capaz de…

—Ni hablar —negó el centurión con vehemencia, con las órdenes del general apretándole el cogote.

Esa era la contestación que Cainos esperaba; y comprendía la renuencia de Lucio. Si con su añagaza salían con bien de aquella y, de algún modo, su desobediencia se conocía en Roma, entonces les aguardaría un destino peor que terminar entre las fauces del lobo.

—Está bien, está bien —concedió el trampero hispano muy a su pesar.

Callaron. Sin más que decirse aparte del murmullo fruncido de sus intentos por secarse. Cada cual esperando del otro una idea. Algo que les permitiera alejar de sus recuerdos la escabechina en que se habían convertido sus dos camaradas.

Y por primera vez en mucho tiempo. Tanto como para que al centurión y a Cainos se les demudara el rostro, Druso habló.

—Tendámosle una trampa —bramó el gigante, ronco, al tiempo que señalaba con una de sus manazas las estribaciones de los Alpes.

A Lucio Trebellio le costó asimilar que Druso hubiese encontrado algo más importante que decir que su propio silencio. Estaba intentando recordar la última vez que había escuchado aquella voz.

Cainos, sin embargo, volvía a mirar hacia la nueva sucesión de picos que tendrían que atravesar. Y, sin ser consciente de ello, empezó a cabecear para asentir. Allí los esperaban estrechas quebradas. Nieves que enfriarían su rastro. Si había algún lugar en el que podían atrapar a aquel lobo, era aquella maldición de hielo y piedra que había diezmado al ejército de Aníbal.

Además, podían ayudarse de ese mismo río para ganar algo de tiempo.

Una idea empezó a cobrar forma.

Le bullían los ingenios y ya buscaba un abedul al que arrancarle un buen trozo de corteza aceitosa. Podría improvisar algún artilugio que flotase.

—Él tiene razón —reconoció Cainos volviéndose a mirar fijamente al centurión —. Lo mataremos.

Y a Lucio Trebellio le pasearon por la memoria los lares del hogar para echarles un ruego antes de hablar.

—Lo mataremos.

HIELO y SEÑUELOS

Perdió el rastro.

Lo había estado siguiendo río abajo.

A veces se había vuelto tan débil que no le quedó más remedio que echarse atrás por un buen tramo; y deambular por la orilla intentando amarrarlo de nuevo pese al olor punzante de los berros.

Incluso había tenido que rodear a otros hombres. Manadas de ellos, apelotonadas en madrigueras pestilentes. Y se había obligado a despegarse de aquellas tufaradas a grasas rancias, desperdicios, basuras. De aquellos vicios que había aprendido a asociar a su enemigo. Aunque siempre se las había arreglado para recuperar la pista aguas abajo.

Sin embargo, ahora lo había perdido.

El rastro se había ido difuminando, guarneciéndose en un nuevo olor que era solo familiar. Un recuerdo de aquellos días en que los fríos vientos del norte soplaban con fuerza, llevando hasta su montaña aromas desconocidos.

Una presencia que había ido creciendo hasta envolverlo todo.

El iodo. La pujanza del salitre. El anís resguardado en las pequeñas salicornias. Los enredos que se escapaban de las madejas de algas. El calor espatarrado en la arena, huyendo a medida que la noche avanzaba. Eso había llegado primero. Y el lobo se debatió entre el recelo y el miedo.

Crecido en los montes cerrados del oeste, hacía demasiado tiempo, una vida entera, que había abandonado cuanto conocía.

Y fuera lo que fuese aquello que se escondía tras aquel nuevo olor, le hizo desconfiar.

Entonces un murmullo empezó a crecer. A cada paso del lobo un rumor extraño fue engordando, hasta convertirse en un rugido. En el gruñido de una bestia que empequeñecía a cualquiera de las fieras con las que se hubiera cruzado antes.

El bramido se acunaba. Crecía y se encogía. Y a cada tranco que el lobo daba, aquel monstruo estaba más cerca.

Se le fue erizando el cabello, se le acortaron los pasos y se preparó para luchar.

Salió entonces de los arbustos y pisó la blanda arena, cerúlea bajo el firmamento de la noche. Y levantó la mano sorprendido antes de volver a apoyarla.

Frente a él, aquella brutalidad se sacudía dispuesta a engullirlo. Podía verla echándose atrás para tomar impulso y volviéndose para embestir lanzando bocados imposibles.

La franja de la playa se le hizo eterna al lobo.

Se olvidó de los cazadores. La indeleble marca del rastro en su memoria pareció difuminarse. Se le encorvó el espinazo. Se le despuntó el pellejo y le contestó a la bestia inmensa gruñéndole, retándola a atacar. No se arredró.

Y cayó una ola. Un estruendo como nunca había oído que deshizo la noche en

añicos. Y el lobo se echó a la carrera. Ajeno al miedo. Listo para matar o morir.

Pero la arena húmeda lo detuvo. En cuanto la pisó, el pasmo lo sujetó. Quieto. Incrédulo. Con los ojos abiertos. No comprendía qué era aquel tremedal, diferente a todo.

Se le quedó a medias la dentellada salvaje que tenía preparada.

Y estaba mirándose las manos, que se enterraban en la huella de la marea, cuando se le echó encima la siguiente ola. Una bocaza salada que lo engulló con un revoltijo.

La mar lo masticó. Y lo escupió justo donde la marea se remetía bajo la arena de la playa. Con la pelambre chorreando desde mechones garrapiñados. Calado. Despeluzado. Asomando los huesos bajo el pellejo empapado. Hecho un gurruño.

Se levantó trastabillando. Preparado para contraatacar, rebañándose los belfos sobre los enormes colmillos. Y, apenas recompuesto, otra ola se le deshizo sobre las manos salpicándole copos de espuma.

Se le escapó un estornudo.

Tardó en reaccionar, preso del asombro.

Se le fueron relajando los hocicos. Se cortaron los alambres que le tensaban los cueros.

Y, de pronto, agachó los hombros, sacudió el rabo con inquietud, tendió las manos al frente. Preparado para jugar.

Se echó a correr persiguiendo las olas. Mordiendo los espumillones. Tascando las crestas que se pintaban de plata con los reflejos de la luna.

Recorrió la playa de un extremo al otro. Saltó sobre las rocallas que despuntaban en la arena. Le echó los dientes a los enredos de las algas que apilaba la marea.

Fue de nuevo un cachorro. Le cambió el rostro, se le abrieron los ojos. Tenía el semblante meloso de un lobezno que sale por vez primera de la madriguera.

Acunado por el mar. Recuperó por un momento el calor que había descarriado por culpa de los cazadores. Se olvidó del rastro que seguía. Perdió el cansancio. Dejó atrás el olor de aquel hombre que llevaba prendida la furia de la tormenta.

Jugaba a cazar el mar. Y el mar le seguía el juego.

Y no se dio cuenta. No se acordó. En su alocado correr echó la cabeza por encima del hombro. Como tantas veces había hecho. Allí, tras él, como siempre. Pero no estaba.

Se detuvo bruscamente, con la mano empapada goteando sobre el suspiro de una ola.

No estaba allí. Corriendo junto a él. Jugando con él.

No estaba.

Entonces regresó el cansancio.

Y volvió a hervir el odio. Y volvió el recuerdo del rastro que había perdido. Y volvió el dolor.

Se sacudió aquella agua salada de encima. Le gruñó al mar.

Y se echó a andar hacia el bosque.

Tras ellos.

* * *

La niebla parecía sostener las cumbres. Era una colcha cenicienta, apelmazada, cosida por agujas de piedra plomiza.

Si el sendero ascendía, y por un tramo despuntaba sobre la bruma espesa, entonces podían admirar un horizonte infinito claveteado por aquellas cimas, peinadas de nieve cuando aún no había llegado el otoño. Pero, en cuanto un trecho se escurría pendiente abajo, entonces se sumergían en aquel puré gris en el que apenas veían más allá de unos palmos.

Y volvía un día tras otro. Cada amanecer la niebla aparecía para empaparlo todo. Y pocas veces el calor de la mañana lograba disiparla.

Les faltaba el aire, como si estuvieran escapando de una marabunta de greñudos germanos pintarrajeados. Echaban de menos los clavos de las sandalias que habían calzado por tantos años, el suelo parecía escaparse bajo sus pies. Tenían frío. Y, aunque habían elegido los pasos naturales que se estrujaban en el corazón de aquel laberinto, la travesía les estaba resultando una penitencia.

Lucio Trebellio recordó las miserias de las luchas con los helvéticos, con quienes se había enfrentado al poco de engancharse en las legiones. Caminaba con la cabeza gacha, agradeciendo que el viento no soplase, sintiéndose Hércules ante sus doce trabajos.

Druso iba a la zaga, para proteger la retaguardia. No fuera a ser que un bandolero descerebrado tuviera las pocas luces de buscar incautos en semejante lugar. No fuera a ser que una bestia sedienta de sangre les pisase el calcañal. Aguantaba estoicamente. Sin una sola queja. Limitándose a cumplir con su deber, tal y como había hecho siempre.

Cainos, que iba al frente para elegir la ruta a seguir, prestaba atención a cualquier detalle. Cada esquirla de piedra que resaltaba en el camino era sopesada. Cualquier hierbajo tronchado lo recibía acuclillado para dejarse examinar. Una leve marca podía retrasar la marcha hasta que el trampero respiraba tranquilo.

Sin embargo, a pesar de su experiencia, el terror había comenzado a carcomerle el coraje. Después del fatídico final del reciario y de Tito, Cainos había empezado a pensar que ni siquiera él mismo llegaría a Roma.

Y ya no tenía tiempo para remordimientos.

Por eso buscaba el lugar idóneo.

Había tenido una idea, y necesitaba encontrar dónde tender su trampa.

Y se daba tanta prisa como podía. No solo porque en Roma le aguardaba su recompensa; sino también porque no quería que el invierno los agarrase en aquellos montes pelados.

* * *

—Es un veterano de la Décima —contestó el general—. El centurión de la primera cohorte —aclaró recalcando con el tono seco la importancia de un cargo semejante—. Tiene el aire de un cepo, y solo algo más de seso —apuntó como si aquello fuera más una virtud que un defecto—. Siempre ha cumplido, siempre. Le dejé escoger a sus hombres. Pero le ordené hacerse con un par de hispanos de las tropas auxiliares, a poder ser norteños. —Aquello su sobrino ya lo sabía, justamente había sido aquella decisión la que había servido para darle una oportunidad—. Y nunca me ha fallado. Se está retrasando, es cierto. Pero estoy seguro de que aparecerá en Roma uno de estos días. Confío en él.

—Claro, no pueden tardar ya —dijo conciliador el joven.

El sobrino empezaba a sentirse cómodo con lo que sabía. Las piezas del rompecabezas parecían ir encajando en su lugar; los mensajes que había recibido de sus informadores cobraban sentido. El trabajo rendido en su visita a Hispania tras la batalla de Munda ofrecía sus primeros réditos.

Se había mantenido muy atento a las evoluciones del poder en cada arremetida de la guerra civil. Y, cauteloso, también se había preparado para arrimarse a la sombra más conveniente según de qué bando fueran cayendo los muertos.

Ahora que las mieles de la victoria se aguaban, él buscaba el modo de no quedarse a descubierto. Y, aunque no había vuelto a recibir noticias del hombre que había contratado, no se inquietaba. Gracias a las indiscreciones del general sabía que un retraso era factible. Su tío había abandonado las montañas del oeste cuando los hombres de aquel centurión aún no habían cumplido con su encargo.

—En cualquier caso, hay algo que deberíamos comentar…

El magistrado enarcó una ceja y repasó los ojos del muchacho.

—El triunfo que se celebró el otro día levantó ciertas ampollas…

En esa ocasión el general había contenido la fanfarria del desfile. No hubo centenares de galos, egipcios, asiáticos, africanos. Tampoco carros de guerra britanos y batallas en lagos artificiales. Faltaron las jirafas y las bestias de las selvas del sur. Pero, aun pese a su mesura, el gesto había arrancado malestares en muchas esquinas de la ciudad. Al fin y al cabo, la celebración conmemoraba la victoria de una guerra civil. Los muertos no habían sido bárbaros de los límites de las provincias, habían sido hijos de Roma los que perecieran.

El joven exponía sus argumentos con tino. Agrandaba las querellas que afectaban a sus posibles detractores. Ponía el acento allá donde le serviría para favorecerse en el futuro. Relajaba aquellas habladurías que en nada le beneficiaban. Tergiversaba la verdad según su conveniencia, bien abrigado en la confianza que había cultivado en los ánimos de su tío.

No se lo dijo, pero el general ya había escrito en su villa de Lavico el testamento en el que nombraba a aquel joven su heredero.

Y aquella sonrisa de dientes esparcidos parecía tan sincera que el tío, ciego por el cariño que había tomado al muchacho, cometió un error.

Por primera vez en mucho tiempo tuvo la osadía de bajar la guardia.

Y lo pagaría muy caro.

* * *

La manada inspeccionaba el rastro que un jabalí había dejado en la trocha. Tras el verraco había quedado el olor de la corrupción que le roía el pellejo, y las huellas irregulares daban fe de que tenía las junturas podridas por algún padecimiento. Era una buena presa.

Sin embargo, la loba, aún demasiado joven para mantener toda su atención en la caza, deambulaba un poco más allá.

Era una vereda que corría junto a un afluente escurridizo. Una torrentera que destilaba el agua acumulada en la senda entre las enormes montañas, donde aún había nieves que aguantarían con facilidad hasta la llegada del próximo invierno. Porque los primeros signos del otoño ya moteaban la sierra, y el corto verano de las alturas se terminaba.

En un esquinero de caliza, en donde el viento había ido ahorrando tierra con el paso de los años, brotaban algunas hierbas. Y también unos pocos pies de león, los últimos de la temporada, que se agitaban en la brisa moviendo sus hojillas cubiertas de pelusa blanquecina. Era un hito en el camino. El lugar evidente para dejar una marca.

Y la loba se acercó para olisquear las flores.

Supo que era un macho. Grande. Fuerte. Adivinó el cansancio que cargaba. Advirtió que era forastero, nunca antes había olido su rastro. Y tuvo la certeza de que sería un buen padre para sus cachorros si seguía allí para la siguiente primavera. Pero también algo más. Algo oscuro.

No pudo evitarlo, se le escondió el rabo en los cuartos traseros. Se le llenó la boca con el sabor nervioso de sus babas. Gañó lastimera.

Miró hacia donde estaban el resto de los miembros de su clan.

Aquel lobo estaba de caza. Y no le infundía temor alguno violar el territorio de una manada que no era la suya.

* * *

Tras coronar la cumbre del paso habían albergado la esperanza de que el camino que aún tenían por delante se amansaría. Pero la cordillera no les ofreció tregua. Seguían presos en un implacable caos de roca.

La quebrada era tan estrecha que resultaba inconcebible suponer que la leyenda fuese cierta.

Sin darse cuenta de ello, Druso encogía los hombros. Los otros dos, amilanados, daban cortos pasos tentativos. Y nadie podría creer que a través de aquel pasadizo hubieran cruzado las tres docenas de elefantes que comandara el general cartaginés.

La luz del día era incapaz de abrirse camino entre los altos paredones de roca.

Colosales murallas de piedra gris pulida por centurias de vientos encajonados. No había otra cosa que parches de líquenes y las hojas raquíticas de algunas plantas que se las habían arreglado para prender en las grietas. La humedad que se deslizaba desde los neveros jamás se secaba. El suelo irregular se cubría con un velo de limo grisáceo desde el que se alzaba un hedor penetrante. Resbalaba como hielo fino y los guijarros escapaban de ellos rodando pendiente abajo.

Era un lugar miserable.

Solo uno de los tres evitó admirar la inconcebible gesta con la que Aníbal había puesto en un brete a la todopoderosa Roma. Mientras el centurión y Druso consideraban seriamente que todo era mentira, una exageración de los más viejos, Cainos, absorto, recapacitaba. Intentaba pergeñar el modo de sacar provecho a la oportunidad que los Alpes le estaban ofreciendo.

Y la respuesta que buscaba apareció ante él nada más salir de aquel corredor.

* * *

—Uno de nosotros tendrá que servir de cebo —anunció el trampero antes de llevarse una cucharada de gachas a la boca.

La tarde caía. Se habían arrimado a un recoveco entre las piedras para hacer noche. Esperando que las rocas resguardasen el pobre calor, porque en aquel duro entorno solo habían sido capaces de prender una hoguera lastimera.

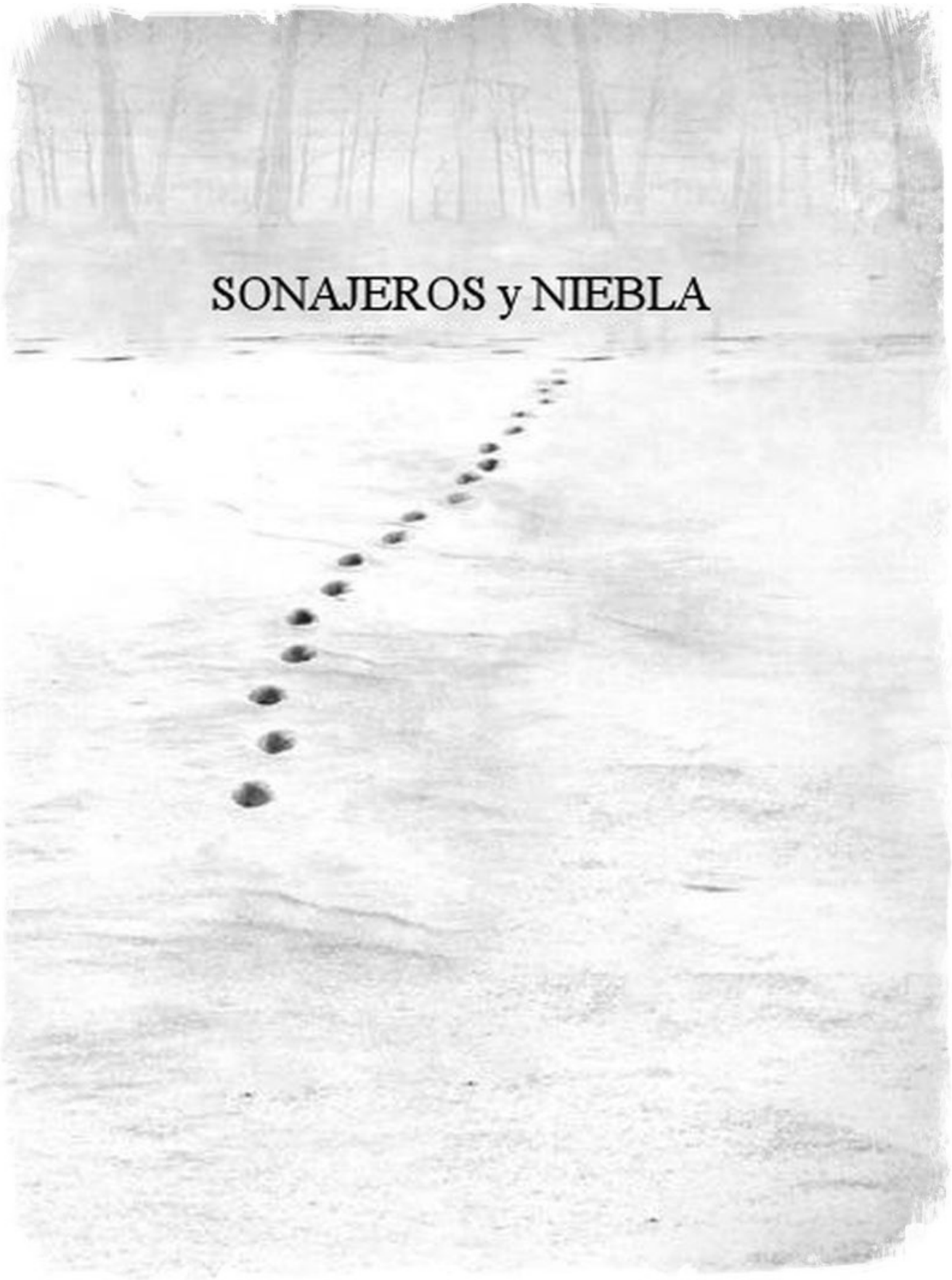
—Ese condenado las huele todas. No ha caído en ninguna de nuestras emboscadas —continuó después de tragar—. No queda otra. Estoy convencido. Solo lo engañaremos si le ofrecemos una carnada que no pueda rechazar —chistó arrastrando de entre sus dientes un trozo de salvado—. Así que uno de nosotros tendrá que jugarse los huevos. Necesitamos un señuelo.

No olvidaban lo perdido hasta llegar allí. Ni los dos fárragos en que habían terminado convertidos sus camaradas.

Pero el centurión Lucio Trebellio tuvo una pizca de suerte. No le hizo falta imponer su graduación para designar un voluntario que se jugase el pellejo con aquella encarnación del mismo Cerbero. El cachazudo Druso dejó escapar un gruñido. Un regüeldo que bastó para hacer comprender a los otros dos que estaría encantado de ofrecerse.

Quizá lo hizo por un mero sentido del deber, o quizá porque, como el centurión sabía, había estado muy unido al reciario.

—Así sea —dejó caer entonces el propio Lucio.


SONAJEROS y NIEBLA

Tras la batalla de Munda todo cambió. La paz parecía asegurada para la política, pero no tanto para muchos de los hombres. Una avalancha de incertidumbres se precipitó sobre las legiones, sus soldados y los habitantes de las provincias. Hubo clemencia y hubo justos que corrieron con culpas que no eran suyas.

Y Cainos había tenido una revelación: había comprendido, de pronto, cuánto se había equivocado al elegir a su señor.

Por eso, cuando llegó el sicario del joven patricio, Cainos hizo lo que hizo.

Y lo hizo bien.

Al recibir su encomienda, se había librado rápidamente del único que podía, si acaso, delatarle. Le había bastado susurrarle a aquel númida que, en aquella mesa del más mugriento de los lupanares de Corduba, eran las trampas y no el azar las que gobernaban los dados. Mintió. Y, solo unos pocos días después de haber escuchado sus órdenes, ya habían perdido a uno de sus hombres.

Había traicionado a sus compañeros, a su centurión, y también a su señor. Había abandonado el legado de su padre. Y, quizás, el implacable Lug le castigaba por ello.

Quizás por eso había tenido pesadillas.

Abrió los ojos de pronto. Con el resquemor del mal sueño galopando en una furiosa huida.

Todo era bruma cuando Cainos despertó sobresaltado, con la visión de un enorme lobo aferrada a los sesos somnolientos. Tardó en comprender que estaba a salvo. Que no había ninguna bestia terrible persiguiéndole.

Una claridad difusa se esparcía con dificultad entre los barrotes de piedra de la cordillera. El amanecer llegaba con pereza.

Estaba anquilosado, pero se obligó a hacer lo que debía.

Espantó sus miedos con un gruñido y se acuclilló junto a los restos de la hoguera. Notó aquel helarse de las alturas colándose entre sus huesos y se frotó las manos vigorosamente. Saludó con una inclinación de cabeza al centurión que, aterido de frío, aguantaba estoicamente la guardia. Robó un poco del calor de los rescoldos. Se acomodó el capote, dando bruscos tirones a la lana, como si con aquello fuera a engordarse. Recogió sus pertrechos en un petate que lio con los restos de una túnica vieja. Se alzó. Y le dedicó otra sacudida del mentón a Lucio para despedirse.

Se puso en marcha.

Le costó una retahíla de maldiciones, más de un buen golpe y una ristra de verdugones. Aquellas condenadas piedras se escapaban una y otra vez, haciéndole perder pie y caer a cada tramo del ascenso. Tan duro fue que hubo momentos en los que pensó abandonar.

Sudoroso, jadeante, cuando por fin terminó, se sentó en una rocalla y observó la mañana brumosa mientras recuperaba el resuello. Le había llevado sus buenas horas. Pero estaba convencido de que había merecido la pena.

Castigo de los dioses o no, aquel condenado lobo moriría en aquella quebrada.

* * *

El rastro había vuelto a convertirse en todo su mundo.

Lo había encontrado de nuevo. Liado en el ruedo de aquellas montañas que empequeñecían su hogar.

Y lo había seguido. Como llevaba haciendo una eternidad. Como esa mañana.

La niebla lo cubría todo. Espesaba los olores. Le impedía ver. El amanecer era solo un halo de claridad que se adivinaba más allá del velo cenizoso de la bruma. Aun así, el rastro seguía allí. Tiraba del lobo. Lo conducía a través de los roquedales húmedos. Obligándole a moverse sin pausa por aquella urdimbre de peñascos.

La mañana anunciaba el cambio de estación. Un frío calado se metía en cada grieta. Se helaban las gotas que la niebla olvidaba en las gencianas y las salicarias. De las flores solo quedaban restos marchitos, y la inmensa paleta de colores se había fundido en un único gris plomizo que todo lo envolvía.

Caminaba con la frente gacha, detrás de sus hocicos, que lo llevaban en la pista de los cazadores. Y podía sentirlos, casi a su alcance.

Una vez más, estaban cerca.

Pero, una vez más, algo en los entresijos de su instinto prendió y el lobo se obligó a detenerse. Presentía una amenaza. Estiró las orejas y retiró los belfos. Tascó. Y movió las manos inclinando la cabeza de un lado a otro.

Tenía ante sí un pasadizo de piedra. Y podía distinguirlos a todos. A los que aún vivían. Sus tufos se apretaban en aquel corredor estrecho. Solo faltaba el de aquel que llevaba prendida la huella de las tormentas.

Eran una promesa que tenía ante sí.

El suelo legamoso se perdía entre las paredes y la niebla fluía al través, corriendo hacia el lobo y llevándole la presencia de los hombres. Pero no se veía el final de aquel túnel.

Y no le gustó. Un cosquilleo inquieto le paseó por el lomo erizando la pelambre.

Percibió entonces aquel sonido extraño.

* * *

Cubierto por la niebla, con la corteza astillada por las heladas, aferrándose a un puñado de tierra en aquella ladera pelada, un enebro esquelético aguantaba el paso de los años retorciéndose para proteger sus pequeñas agujas afiladas.

Tenía apenas un par de ramas por las que aún corría la savia, el resto eran una telaraña gris de brotes malogrados que los inviernos y los vientos habían podado.

Entre las maderas engarfiadas del arbusto había anudadas unas tiras de cuero, como las que usaban los legionarios para asegurar las sandalias. Y en los extremos alguien había atado un remache, una hebilla rota, un viejo trozo del fondo de una pátera.

Cuando el viento soplaba empujando la niebla, la rama se sacudía como un sonajero. Los cordeles que Cainos había ligado tiritaban, y aquellos cachivaches se entrechocaban.

Y el viento se llevaba con él un repique nuevo.

* * *

Druso había aguantado en Tapso. Había robado uno de los estandartes en Farsalia. En Alesia, mientras las legiones saqueaban los cadáveres galos, él mismo se había cosido el tajo abierto en su brazo por el puñal de un malnacido que se había hecho el muerto.

Había visto al valor huir espantado y a los cobardes criar entrañas para empuñar un hierro afilado. Había confiado en muchos hombres para sostener el escudo a su derecha; y casi todos ellos habían muerto, antes o después, en alguna de las batallas a las que él había sobrevivido.

En las legiones de la Loba había marchado, cavado, talado, molido, tendido puentes, derruido presas. Y, sobre todo, había matado. Belgas, nervios, vénetos, helvecios; tantos que incluso había olvidado los nombres de las tribus que habían quedado reducidas a cenizas.

Y ahora, con una espada corta en cada mano, esperaba para matar de nuevo.

Chantado al final de aquel corredor de piedra maldita. Sin más compañía que la niebla y el viento. En una lápida enorme que se abría tras las paredes de roca. Allí el sendero del paso se enredaba para volverse y seguir pendiente abajo, bordeando un desfiladero que anunciaba una caída eterna.

Y si aquel bicho era capaz de llegar hasta él, Druso estaba decidido a ensartarlo en sus hierros. Como fuese. Y su determinación era tal que, si no quedara otra opción, si perdía sus armas, lo remataría con sus propias manos. Lo estrangularía, le rompería el pescuezo.

Y, si no le quedaba alternativa, agarraría aquel pellejo inmundo, lo retorcería, y lo enviaría al abismo que se abría a sus espaldas.

* * *

Al final de aquel desfiladero parecía aguardarle su recompensa, pero el lobo desconfiaba.

Se echó a un lado y empezó a trepar por la aguda pendiente de una de las lomas que flanqueaban el corredor de roca. Iba despacio, cauteloso. Preparado para reaccionar.

Entonces oyó otra vez aquel cascabeleo. Era uno de los sonidos de los hombres. No había ningún otro animal que hiciera repicar el metal.

Volvió a detenerse. Escuchó ladeando la enorme cabeza. Una gota fría caía desde el extremo del largo colmillo, desnudo por la expresión fiera de los belfos.

Le estaban esperando allí arriba. Venteó la brisa y con un nuevo tintineo le llegó un olor que reconoció. Curtido y oscuro, recio, con un dejo de tierra y musgo, prieto.

Era uno de ellos.

Y no podía arriesgarse.

Reculó sin dejar de mirar pendiente arriba, pero la niebla no le permitía ver lo que sus hocicos le decían.

Cuando llegó al llano dejó pasar el tiempo.

Esperó, precavido.

Volvió a oír aquel soniquete, en algún lugar de la loma. Y se decidió.

Tal y como había previsto Cainos, el lobo abandonó la intención de trepar aquella pendiente. Echó a andar por el tajo en la piedra, con la angustia revoloteando alrededor.

Al poco le llegó una vaharada que también le resultó conocida. Pesada, limpia, fuerte, sin el regüeldo a miedo que había sentido antes. Era otro de ellos.

Pero aún no podía verlo. Aquel río de niebla encajonado seguía vertiéndose en el pasaje de roca.

Caminaba despacio. Tardaba en alzar cada mano después de pisar. No se fiaba.

—¡Vamos! ¡Estoy aquí!

El lobo se quedó quieto.

—¡Desecho de los infiernos! ¡Ven! ¡Vamos! ¡Ven a por mí!

Los belfos se arrugaron y en un vuelco de la bruma distinguió vagamente la silueta. Contundente, alta, gruesa. Con el recuerdo de un oso.

—Te estoy esperando, malnacido. ¡Ven a por mí! ¡Atrévete!

Sonó ahora el entrechocar del metal. El sonido que ya había oído cuando los hombres se mataban entre ellos. Y el lobo supo que debía obrar con cuidado.

Dio un paso. Gruñó.

—¡Hijo de mala madre! ¡Atrévete! ¡Ven a por mí!

El lobo podía percibir la furia de aquellos aullidos.

La niebla se revolvió y dejó de ver al hombre. Pero sabía que estaba allí, retándolo. Esperándolo.

Dio un paso más. Y otro. Acercándose.

—¡Vamos!

* * *

Druso gritaba con todas sus fuerzas. Tal y como le había dicho el trampero que hiciera.

Estaba dispuesto a matar o morir, una vez más. Y en esta ocasión por un motivo que entendía mucho mejor que la política de Roma o las ansias de grandeza de un tribuno. Iba a acabar con aquella bestia porque había descuartizado a su amigo.

—¡Vamos! —La voz ya le ronqueaba.

Notaba el sudor en las palmas de sus manos. Sentía el frío que le gateaba por las tripas.

—¡Ven a por mí!

Cainos lo oía. Pero la niebla era tan espesa que no estaba seguro de distinguir las sombras difusas que se movían en el fondo del corredor.

Aupado en la loma, tendido sobre la piedra fría, a unos pasos del enebro que él había convertido en sonajero, con las ropas caladas, echaba la cabeza fuera, sobre el borde del paredón de roca. Pero no veía al lobo, solo jirones de bruma entreverados de grises.

—Te estoy esperando, ¡ven a por mí!

Entonces le pareció distinguir algo. Ya estaba cerca, unos pasos más y podría hacerlo.

El trampero se dispuso a empujar con toda su alma.

* * *

No le gustaba. Había aprendido que los hombres siempre mentían.

Sus pasos, medidos por la cautela, eran lentos.

La niebla se alzó en volandas, empujada por el viento. Y el lobo volvió a verlo, al final de aquel corredor de piedra.

El hombre gritaba con todas sus fuerzas. Una y otra vez. Y el barullo estuvo a punto de hacer que no escuchara aquel otro sonido. Un rumor bajo y sordo. El deslizarse de la piedra contra la piedra.

Alzó la cabeza. Tuvo tiempo de entrever una sombra en las alturas. De oír el gemido de un esfuerzo. De apartarse de un salto.

Una llovizna de grava se precipitó por la quebrada. La roca caía, rebotando por aquella pared de piedra. Soltando añicos, retumbando en el espacio cerrado del corredor. Era un sonido estremecedor.

Salió corriendo.

—Ahí va, ¡prepárate!

El lobo no lo entendió. Para él fue solo un relincho más.

Otra roca se despeñaba. Y la primera se estrelló contra aquel suelo resbaladizo. Todo se redujo a un estruendo que despidió chispas en todas direcciones. Centellas que atravesaron la niebla seguidas de esquirlas.

Druso las vio salir disparadas como los proyectiles de los honderos baleares. Supo que estaba de nuevo en una guerra. Asentó los pies.

El lobo, con las orejas gachas sobre el cogote, con el galope suelto y los dientes al aire, corría. En cada zancada cobraba impulso, anticipándose para el gran salto. Apenas le faltaba un último esfuerzo.

Lucio Trebellio había oído el aviso. Estaba preparado, con la jabalina a punto, bien sujeta.

Y la bestia salió como una exhalación entre aquella niebla espesa.

El centurión reaccionó tan rápido como pudo. Soltó el brazo como un resorte. Apuntando unos pasos por delante de aquellas terribles mandíbulas abiertas. Y el pilo salió volando.

El lobo saltó. Directo al pescuezo de Druso, con la bocaza abierta y los colmillos listos.

Falló. La jabalina pasó apenas un palmo por encima de la pelambrera oscura y erizada de la fiera. Lo tomó por sorpresa y no tuvo tiempo de alzar sus espadas. Intentó reaccionar; pero no habían esperado que tanto las piedras como el rejón fallasen.

Aquel condenado animal tenía unos reflejos extraordinarios.

Le llegó el tufo salvaje de la bestia, a pelo mojado, a carroña seca, a caza.

Escuchó el profundo gruñido.

Y Druso vio la muerte acercarse.

Las garras golpearon el pecho del hombre. Las fauces del lobo se enterraron allá donde el cuello se escurría hasta el hombro. La bestia apretó las quijadas.

El trampero bajó resbalando por la loma para ayudar. Apurándose.

El centurión trotó hacia su compañero para intervenir, ya había desenfundado antes de dar el tercer paso.

Venderían cara su vida, como siempre habían hecho. En cada formación, en cada envite, en todas las batallas. Eran las legiones de Roma.

El lobo hincó los dientes. Apretando con todo su odio. Enhebrando la carne con cuanta voluntad tenía.

El primer golpe le quitó el aire. El siguiente fue un tajo que le abrió el costado; mucho peor que las garras de un oso. Tensó aún más la quijada, empujó con las zarpas, y el lobo oyó el desgarrarse de la carne.

—¡Aguanta! —chilló el centurión a todo pulmón—. ¡Aguanta!

El dolor fue un relámpago que le atravesó el cogote. Pero Druso no se rindió, cerró con ansia el puño y volvió a golpear con el pomo de la espada. Otra vez. Y otra. Se tambaleó. Sintió el frío del abismo a su espalda.

El centurión tuvo miedo de no acertarle a la fiera, quiso acercarse más antes de la primera estocada. Cainos cayó rodando por la loma, despellejándose los codos, las rodillas, las manos.

El lobo siguió empujando. La carne se hizo jirones. El hombre gritó.

Sin pensarlo, Druso soltó la espada y agarró la gorguera de la bestia. Hundió sus dedos como mazas en aquella pelambrera hirsuta. Apretó. El lobo no iba a parar. Lo supo. Y, vencido por la fiera, dio un paso atrás. Uno que había intentado evitar.

Trastabilló.

—¡Aguanta!

El lobo se sacudió. La carne se desgarró.

A Druso se le escapó un paso más y fue el último. No encontró suelo bajo su pie. Y el lobo siguió empujando, sacudiendo sus muelas, triturándolo. Y ambos cayeron por el precipicio.

Lo último que oyó el legionario fue el viento silbar en su caída. Lo último que sintió fue el peso de la bestia, que ni siquiera cejó en sus empeños.

Cainos llegó a tiempo para oír el sordo impacto en el fondo del risco.

* * *

—¡Druso!

El eco retumbó por laderas que la niebla no les dejaba ver.

—¡Druso!

—Ha de estar ahí abajo, pero es imposible que haya sobrevivido, es una caída…

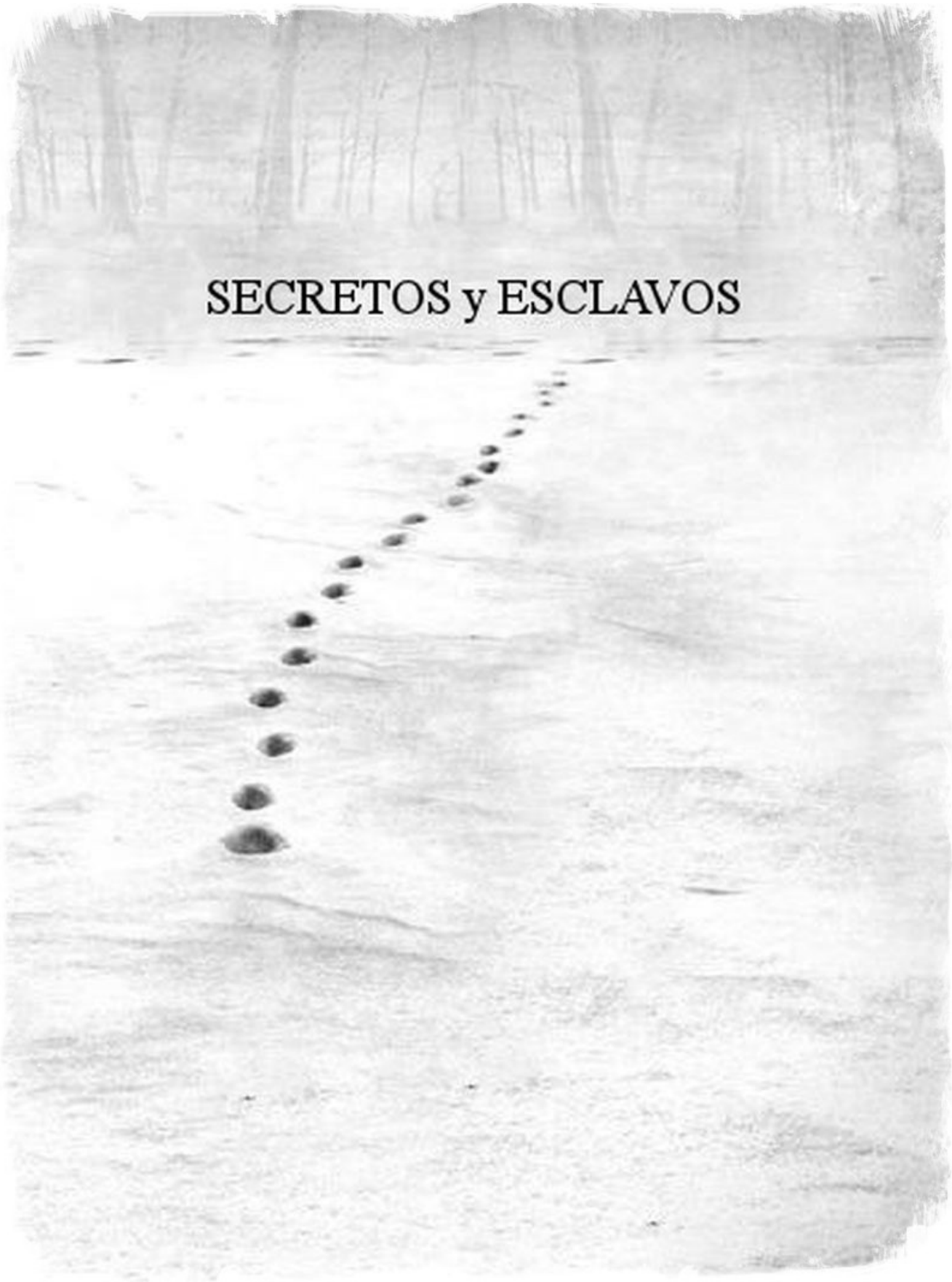
—¡Druso! ¡Eh! ¡Druso!

El centurión no quería creerlo. Llamaba sin perder la esperanza de que escucharía una respuesta, aunque no fuera otra cosa que un lamento.

La niebla seguía moviéndose, el viento la elevaba sobre el acantilado y la llevaba hasta el desfiladero. Y no les dejaba ver lo que había caído hasta el fondo del abismo que se abría a sus pies.

—¡Druso!

El trampero negó sin abrir los labios.


SECRETOS y ESCLAVOS

El invierno se despabilaba.

La nieve sometía ya las cumbres, amenazaba con descender sobre las vegas. Las mañanas amanecían cubiertas por encajes brillantes que la helada tejía durante las noches. Las ramas desnudas habían olvidado sus hojas. De los brotes listos para la siguiente primavera pendían carámbanos.

Y para el centurión y el trampero fue un regalo comenzar el descenso desde las rudas alturas de la cordillera. Parecía que fuesen arrancándose del pellejo pedazos de frío a medida que ganaban los verdes valles de las tribus taurinas. Y no sin tiempo, porque su travesía se estaba volviendo interminable.

Viajaban hacia el sur por tierras que mostraban las cicatrices de la última vendimia. Abandonaban una leyenda para seguir otra. Dejaron atrás las huellas de los elefantes que comandara el cartaginés y ahora caminaban al amparo de los rebeldes pasos que habían llevado al esclavo Espartaco hasta las puertas mismas de la gloria.

Sin embargo, ellos seguían las órdenes de su general. Se mantenían alejados de las postas, las tabernas, los pueblos. Se movían rumbo a la gran ciudad eterna, y lo hacían como fantasmas. Para que nadie pudiera recordar jamás el paso de un legionario baqueteado y un alimañero hispano. Porque transportaban el secreto del oro que aguardaba a los zapadores de su comandante en los montes galaicos, y no se les escapaba que ese era un secreto envuelto en peligro.

Tanto que uno de los dos iba a traicionar al hombre por el que había luchado durante media vida.

—Nunca había sentido tales ansias por regresar a casa…

El centurión Lucio Trebellio no era dado a mostrar lo que rondaba por sus tripas, pero el fin de trayecto desbocó la discreción. Probablemente no por el tiempo que había permanecido lejos del hogar —al fin y al cabo, la disciplina de las legiones ahogaba a fuerza de costumbre—, sino quizás porque aquella encomienda que terminaba, y él ya lo sabía, sería la que más pesadillas llevaría a su vejez.

Sin dejar de caminar, se giró hacia su silencioso compañero e insistió en el intento de iniciar una conversación que aligerase el camino.

—Va a hacer ya quince años que pisé Roma por última vez —reveló con evidente nostalgia.

Por el contrario, tan cerca de su destino, Cainos se sentía más bien turbado. Había empezado a pensar en cómo cumpliría con su parte del trato, y gracias a las palabras del centurión vio una oportunidad de ponerse en antecedentes.

—Yo nunca he estado allí, ¿cómo es? —preguntó el trampero con la callada esperanza de obtener algo de información útil—. ¿Es tan grande como dicen?

Y el centurión, complacido, no tuvo remilgos para contestar. Era hijo de la Loba, y la amaba profundamente. Así que tragó el anzuelo sin pensar.

—Lo es. Y también magnífica. Preciosa de un extremo al otro. Desde el Campo

Marzio hasta los hórreos del grano junto al río —dijo contento, alzando la voz con morriña emocionada—. Y gigantesca, tanto que es casi impensable. Créeme, verás prodigios que no creerás. Yo soy del Aventino y…

El alimañero escuchó con atención y paseó de la mano de los recuerdos del centurión por las inagotables calles de Roma.

Había visto a las legiones del general construir puentes inmensos en apenas unos días, sin otro fin que darles una lección a los rebeldes germanos de las fronteras. Así que solo le costó un poco creer las enormidades de las que Lucio le hablaba.

No obstante, se dio cuenta enseguida de que podía llevarle días encontrar al hombre que debía buscar.

* * *

La niebla apestaba. En su humedad cargaba con un hedor que pesaba quintales. Un tufo espeso a calamidad.

Al pie del desfiladero, bajo una caída de más de treinta pies, entre los jirones de bruma, no lejos de unas matas de pie de león, se adivinaban bultos informes. Un hatillo de ropas atiesadas por la sangre reseca. Un costal de huesos. Unos mechones apelmazados.

Las alimañas ya se habían aprovechado.

Solo quedaban los restos que la muerte no se había molestado en cargar.

Apestaba. A putrefacción.

* * *

Roma era una ciénaga.

La Loba había surgido de un lodazal, pero ya en los tiempos de los reyes la avaricia de los hombres había secado aquel marjal infecto para domar la tierra a su conveniencia. Y los barros se habían modelado con piedra para formar templos, palacios, circos.

Todo crecido alrededor de un fangal. Allí estaban el Foro, el templo de Cibeles, el de Victoria y la casa de las vestales, donde el corazón de la ciudad palpitaba transformado en fuego sagrado; en llamas que traían la fortuna a sus gentes y que, de extinguirse, aparejarían una catástrofe impensable.

Y junto al hogar de las sagradas vírgenes, donde se mantenía viva la leyenda de Eneas, estaba la morada de aquel que mantenía viva la ciudad: la residencia del máximo pontífice. El hombre que era la voz de los dioses, el que regía los sacrificios. Quien aseguraba la paz de los espíritus. Pero también el elegido que había apresado el poder de la República en su mano, el que había vencido en la guerra civil. Aquel sobre cuyos hombros recaía el peso del futuro. El gran general que se medía en la leyenda del mismo Alejandro.

Había audiencias que recibir, documentos por firmar, intrigas que desvelar y obras por iniciar.

Sin embargo, a solas en sus despachos, empezaba a preocuparse, habían pasado semanas desde su regreso y aún no había recibido noticias. Y él miraba embelesado el interior de un pequeño cofre.

Sentía que un puñado de arena se escapaba entre sus dedos.

Aun así, el deber urgía y tuvo que abandonar sus ensoñaciones.

En el templo del Capitolio, un sacrificio a favor de Júpiter aguardaba por él. Así que se alzó con pesadez, puso a buen recaudo sus sueños entre los rollos de la biblioteca, se ajustó la toga y salió de sus despachos.

En cuanto abrió la puerta, uno de sus asistentes se le echó encima. La urgencia le comprimía el rostro.

—Ha llegado una invitación formal de Cicerón. Os convida a una cena en su villa de Puteoli —le espetó de carrerilla—. ¿Qué debo contestar? ¿Cuántos hombres queréis para la escolta? —Y continuaba hablando, lleno de apremio y sin esperar respuesta—. Tenemos un problema con las canteras que suministran la piedra para las obras en el Foro. Y también hay actas que firmar para la aprobación del Senado…

El gran general no se detuvo. Estaba cansado de esas nimiedades. Pero algo entre tanta trapacería le hizo ralentizar el ritmo de sus pasos.

Aquella invitación había traído a su memoria algo mencionado por su sobrino unos días antes.

Quizá sería buena idea plantearse el asunto de su escolta. Aparecer en público con una guardia de pretorianos escogidos podía arrojar ideas equívocas. Como la de que el vencedor de la guerra civil temía caminar entre sus gentes.

Tendría que recapacitarlo.

Incluso aunque las habladurías doblasen las esquinas de cada callejón susurrando conjuras de asesinato.

El general sabía que muchos en Roma deseaban su muerte. Sin embargo, no le gustaba pensar que su pueblo lo considerase un cobarde.

Y la leyenda crecería si renunciaba a su seguridad.

* * *

—¿Cleopatra? ¿De verdad?

De las callejuelas de la Suburra hasta las gradas del circo. Incluso los muertos de los camposantos del Esquilino lo sabían. Y el testimonio lo tenían ante ellos, en la obscena pintada con la que el centurión y Cainos se habían topado.

Lucio había elegido una de las puertas al norte de la ciudad, una que conocía bien porque no estaba lejos del Campo Marzio. Con catadura de pordioseros, eludiendo preguntas con miradas gachas, habían cruzado las murallas de Roma al ocaso.

Y Roma los recibió desaliñada. Sucia. Esparcidas por el adoquinado desportillado quedaban flores marchitas; restos de las guirnaldas que se habrían usado semanas antes, durante las fiestas de las fuentes.

Pero, además de emporcada, la ciudad los acogió pintarrajeada como una furcia.

Sus cientos de miles de almas se alimentaban más de habladurías que de trigo. Y esas gentes no solo susurraban a los oídos de sus amigos al abrigo de una taza de vino, también se contaban los últimos chismes dejándolos inscritos con trazos burdos en cualquier pared descuidada.

Como el obsceno garabato que miraban ahora mismo.

Las posaderas de la reina alejandrina se ofrecían al exagerado miembro que le habían pintado a un tosco retrato del general. Y la esposa de su comandante corría espantada sobre una leyenda que la acusaba a ella de cornuda y a él de gallina redomado que se escondía tras su guardia personal.

—¡Cobarde! ¡Le llaman cobarde! ¡Están locos! —bramó Lucio enfurecido por el insulto.

Negaba furibundo, sacudiendo el mentón con fuerza. Él tenía fe ciega en el vencedor de la guerra civil.

—Parece que se las han apañado muy bien para criar insensatos mientras yo me jugaba el pellejo —añadió el centurión mirando los goterones de pintura fresca—. Con todo lo que hemos hecho para que estos desagradecidos continuasen teniendo un pedazo de pan que llevarse a la boca. ¿Quiénes se creen que son para burlarse así del hombre que les ha traído la gloria?

Con Lucio Trebellio refunfuñando siguieron camino. Y se adentraron en la noche de Roma, viciosa y ebria.

Poco a poco, a medida que las lucernas se encendían, dibujando las colinas de la ciudad, el mal humor fue abandonando al centurión. Parecía encantado de pisar de nuevo aquellas calles que descendían hacia el Palatino. Sin embargo, al trampero hispano le desagradó la gigantesca colmena desde el mismo momento en que franquearon las murallas.

Era enorme. Amedrentaba. Incluso a aquellas horas bullía con gentes de todo color y condición. Había esclavos de cabeza afeitada corriendo de un lado a otro. Literas de patricios que apestaban a orgía trasnochada. Carros llenos de mercaderías llegaban tras los gritos de los conductores. Había mármol para empedrar miles de estadios, templos que empequeñecían el corazón, estatuas que desafiaban los cánones.

Y más, mucho más.

También había callejuelas por las que rodaban los excrementos. Pordioseros cubiertos de roña que pedían limosna. Gatos tiñosos que maullaban lastimeramente en las esquinas. Fuentes que escupían aguas verdosas. Perros callejeros que enseñaban los costillares. Tullidos de las legiones roncando en cualquier esquina, miserables y desahuciados; sin más abrigo que sus recuerdos de honor y gloria. Ratas gordas y felices. El aire estaba repleto de miasmas que se agarraban al gaznate. Esquineros que hedían a orines viejos. Mierda allá donde mirasen.

Cainos no vio la grandeza de la que le había hablado el centurión. Vio la decadencia, la voluntad de unos pocos convertida en la obligación de todos. Vio el

reflejo de un futuro lleno de las mismas miserias. Y sabía que, allá donde fuera, Roma llevaría con ella aquel calamitoso equipaje. La Loba era una plaga que se extendía, de un rincón al otro del mundo, consumiendo hasta el último grano, bebiendo hasta la última gota. Acabando con todo.

Con su llegada a Roma, Cainos descubrió una verdad incómoda. Escondida en el tosco dibujo, agazapada en las cloacas rebosantes, acechante en los suburbios donde se arrojaban los cuerpos de los bebés no deseados.

Y sintió que había tomado la decisión correcta.

* * *

—Es fantástico, ¡maravilloso! Lo sabía, lo he sabido todos estos años.

La expresión del general era casi infantil. Tenía el escaso pelo revuelto por el sueño; y los mechones ralos enseñaban con descaro su calvicie. Pero el rostro contento no dejaba adivinar que había sido despertado a horas intempestivas. Sus ojos zainos brillaban con una ilusión que el centurión no había visto jamás. Ni siquiera en Alesia.

—¿Lo sabe alguien más? —preguntó volviéndose hacia su veterano.

—Solo Cainos, el trampero, y es de fiar —dijo convencido, lejos de saber que estaba en un error—. Espera afuera, en las viejas curias. Puedo ir a buscarlo —se ofreció el centurión.

—No, no… No es necesario —había algo ominoso en la intriga que se dibujó en el rostro del comandante—. ¿Y el resto?

El semblante del centurión se ensombreció. Reconocer que había perdido a hombres a su cargo siempre había sido difícil. Mucho más en esa ocasión. La verdad sonaba como los dislates de un adivino ebrio. Y decidió resguardarse bajo el alero de la brevedad:

—Muertos —declaró finalmente.

El mentón de Lucio negaba lentamente. Aquel gesto decía más que su parco discurso.

La ceja del general se arqueó.

—Muertos —repitió el centurión sin saber qué otra cosa decir.

Según el trampero, la culpa era del general, de su crueldad. Si Lucio daba crédito a las palabras del alimañero, el error había sido maltratar a aquella loba. Y un oficial con tantas órdenes a la espalda había aprendido bien sus lecciones: no se acusaba a un superior de haberse equivocado.

Pero no hubo más preguntas, solo aquella sonrisa maliciosa que entornaba los labios de su comandante. En aquel semblante había tallada una determinación oscura que resultaba inconfundible. Y eso hizo que, en un recóndito lugar de su conciencia, Lucio temiese por su vida.

Enseguida comprendió el centurión. La muerte callaba mejor que la voluntad de cualquier hombre.

Se produjo un silencio tenso.

Y se fue alargando.

Aunque el señor de Roma había curtido años suficientes mandando hombres. Y supo romperlo tajante.

—Acércate —le dijo al centurión, animándolo con un gesto a aproximarse a la mesa cubierta de rollos y tablillas—. Será mejor que hagamos un mapa —concluyó tomando un estilete con el que hincar la cera.

Hablaron durante un rato. Mezclando los recuerdos del general de aquellos lejanos montes del oeste y las confesiones que Lucio le arrancara al jefe galaico. Hasta que reunieron señales suficientes, tantas como para que los zapadores pudieran elegir la montaña que destriparían; la que amamantaba con oro aquellos arroyos.

Y cuando estuvo satisfecho con las indicaciones que Lucio le ofrecía, el general se retrepó en su asiento. Casi era posible oírle cavilar mientras masticaba sus ideas. Absorto, fue limpiando con la uña del pulgar la cera pegada a la bola de ámbar que remataba el estilete.

El centurión se pasó una mano callosa por aquellas cerdas de verraco que tenía por greñas. Cambió el peso de un pie al otro. Y aguardó impaciente.

El riesgo que corría su vida se fue haciendo más presente. Allá, en el confín del mundo, un recóndito lugar preñado de oro había sido su salvaguarda. Y ahora la había perdido.

Entonces el general carraspeó, asintió brevemente, como para sí mismo, y cambió de tema radicalmente.

—¿Habías vuelto a Roma desde tu alistamiento? —le preguntó.

—No, mi comandante. No hubo oportunidad —le respondió Lucio desconcertado.

—¿Cuánto? ¿Diez? ¿Veinte años?

El centurión se limitó a hacer un gesto de aquiescencia, no creía que a su comandante le importasen los detalles. Había sido mucho tiempo, tanto como para olvidar demasiadas cosas.

—¿Tienes familia aquí?

—No, no queda nadie —contestó, preguntándose si le habría convenido mentir—. A mi padre lo aplastó un carro en los muelles, perdí a… —Vio el ademán impaciente y abrevió—: No, no tengo familia.

El general retorció los labios sin que fuera posible adivinar si asimilaba la noticia o intentaba contener otra sonrisa.

—¿Hay en la ciudad quien te conozca? ¿Amigos?

—No —respondió pensando que no ponía mucho a su favor para evitar desaparecer en algún colector de la cloaca—. A no ser que intente localizar a algún licenciado que haya regresado. Aquellos a quienes tenía aprecio están en las colonias.

Eso era algo que su comandante ya sabía. Al término de las campañas tenía por costumbre ceder parte del territorio conquistado a sus veteranos recién jubilados. Así se aseguraba de que soldados con experiencia se establecieran en las fronteras de

Roma.

—Ajá, comprendo.

Pareció que fuese a añadir algo más. Pero el general permaneció en silencio. Quizás rumiando una idea.

En la robusta frente del centurión se descolgaron goterones de sudor que brillaron a la luz de los pebeteros.

—Mañana tengo que atender a los arquitectos del templo de Venus…

Aquello desconcertó a Lucio Trebellio. Y la expresión de asombro que le cruzó el rostro divirtió al general.

—Y, claro está, hay muchos acontecimientos a los que debo asistir —siguió el patricio con cierto suspense—. Las fiestas latinas, las lupercales…

—Estoy seguro de que el deber te mantiene muy ocupado, mi comandante, pero…

Lucio había estado a punto de atreverse a preguntar. Aunque el general no le dejó terminar.

—Voy a confiar en ti una vez más, Lucio Trebellio.

Y, al pronunciar el nombre, la voz del general pareció un glaciar triturando rocas a su paso.

El centurión se enderezó sin darse cuenta siquiera. Sintió la punzada del orgullo en el espinazo. Se preparó para recibir órdenes.

—No me gustan las habladurías que rondan por ahí. —El centurión pensó en el escándalo de cascos ligeros que había llegado desde Alejandría—. Y necesito un hombre forjado en mis legiones. —Lucio se dio cuenta de que se había equivocado al pensar en Cleopatra—. Un valiente dispuesto a dar su vida por mí —inquirió el general alzando una ceja—. Aunque también ha de ser alguien capaz de pasar desapercibido.

Entonces Lucio Trebellio comprendió. Su comandante quería un escolta que nadie de su entorno conociese. Alguien dispuesto a guardarle las espaldas, pero que no llamase la atención.

—Será un honor —declaró solemne—. Si llega el momento… No te defraudaré.

Y enseguida recibió su primera orden. Matar a Cainos.

* * *

Salió de la residencia del pontífice de Roma y pisó la Vía Sacra. La ciudad amanecía, envuelta en la humedad del río. El sol hacía esfuerzos por sobreponerse a la neblina que envolvía el Esquilino. Y el frío le calaba los huesos a medida que dejaba atrás los imponentes edificios que eran testimonio de la grandeza de la República.

Iba cabizbajo.

Los remordimientos se debatían con su conciencia.

Cainos le había salvado la vida en más de una ocasión. Habían compartido mucho juntos. Habían derramado sangre en los mismos lugares.

Pero el centurión de la primera cohorte de la Décima, Lucio Trebellio Máximo, estaba dispuesto, como siempre. Le gustasen o no las órdenes que había recibido.

Tomó la Vía Triumphalis, y en pocos pasos se desvió por un callejón que rodeaba las viejas curias.

Aquel era un sitio tranquilo en aquella hora temprana. Pero pronto se llenaría con el bullicio de miles de romanos ensimismados con sus asuntos. Era el corazón de la ciudad. Y el veterano pensó en alguna excusa con la que llevar a Cainos a alguna otra parte. Un desaguadero de las cloacas, alguno de los vertederos, la trasera de algún almacén de la zona portuaria. Cualquier sitio donde el cadáver tardase en ser descubierto.

Al girar la última esquina ensayó un saludo.

Pero se quedó con el ademán a medias.

Miró de un lado a otro. Dio dos pasos atrás, y se cercioró de que aquel era el lugar convenido echando un vistazo en derredor. Se le frunció el entrecejo bajo sus guedejas de cepillo.

Volvió a avanzar, atónito.

El trampero hispano no estaba.

* * *

Una vez solo, Cainos había puesto su memoria a trabajar. Y las indicaciones del centurión le sirvieron para encaminarse.

Fue descendiendo hacia el Tíber. Pisando piedras que llevaban siglos en el mismo lugar.

Como cualquier otro, echó un inevitable vistazo a la enormidad del circo. Y, al poco, sus pasos lo llevaron a la zona portuaria donde se abrían los mercados desde los días antiguos, mucho antes de la República, en los tiempos de los reyes.

Allí, aun siendo tan temprano, ya había cientos de personas. Tantas que daba la impresión de estar atestado. Y el griterío, los codazos y las prisas de aquellas gentes agobiaron enseguida al alimañero. Poco acostumbrado a turbamultas como aquella, a no ser que se tratara de infantería en formación dispuesta a matar.

La legión, esa había sido su vida. Y esa era la que deseaba dejar atrás.

Y aquel pretoriano le había brindado la ocasión de hacerlo. Los susurros que se perdieron en aquel atardecer, en el otro confín del mundo, habían traído una oportunidad nueva para Cainos.

Al terminar de escuchar aquellos versos de conjura, el trampero había dudado. Luego se había dado cuenta de que la idea lo había rondado desde años atrás. Cainos había hecho lo que se esperaba de él. Había seguido la estela de su padre. Había derramado su sangre por Roma.

Y se había cansado.

Aun así, cabeceó disgustado, todavía incómodo con el sabor de la traición en el paladar.

Sin embargo, ahora ya no importaba ese amargo regusto, tenía la certeza de que Lucio estaría muerto. Porque estaba seguro de que la clemencia del gran general era solo apariencia política. Y él ya no deseaba otra cosa que volver al hogar de su niñez. Envejecer junto al río.

Por eso seguía caminando, hacia la tentación.

Había carretones de sal, cestas de coles. Borricos con capazos. Bueyes que mugían lastimeramente anticipando su mal destino. Cajones con ostras sembradas entre helechos que las protegían. Cestos con ortigas de mar que olían a iodo y salitre. Había un tipo con pinta de comerciante griego que empezaba a gritar las bondades de sus pollos. Y también una mujerona encorvada, con el aspecto de haber sido desahuciada de la casa de un lanista con los gladiadores más feroces de toda Roma, que ofrecía pescados.

Pero Cainos pasó de largo, llevando consigo el tufo a mar corrompido de aquellos pobres peces. Intentaba disimular su indecisión, seguía su andadura hacia el sur.

Cruzó bajo un par de acueductos. Y supo que había llegado a destino al ver la vieja muralla de la ciudad.

Allí estaba el puesto ambulante del que le habían hablado.

Miró a ambos lados y vio que nadie le prestaba atención. Era solo un desgraciado más entre los muchos que buscaban algo que echarse a la boca, un amor que colmara su soledad, un incauto al que robar, una esperanza que anhelar.

El abacero soplaba unas brasas cenicientas bajo un caldero renegrido. Según parecía, el hombre empezaba a preparar en aquel puchero un engrudo espeso en el que, tras alzarse, dejó caer unas hebras de carne con mal color.

Arrimado a las viejas piedras que cercaban la ciudad, el tendero parecía trabado allí por las telarañas y la suciedad que lo rodeaban.

—Vuelve dentro de un rato, por un sestercio probarás un bocado digno de los dioses —le espetó el tuerto que regentaba aquel pobre negocio—. ¡Pura ambrosía!

Cainos dudó que hubiera en aquellas palabras una pizca de verdad. Como mucho, aquel mugriento guisado podría servir para combatir el frío que parecía enraizado en aquella condenada ciudad. Pero dio la contraseña que le habían proporcionado a cientos de millas de allí.

—Tendrás que fiarme, aposté todo lo que llevaba en el circo y los negros perdieron.

El abacero escrutó a Cainos. Paseó su único ojo de los pies a la cabeza del trampero, sopesándolo. Ningún tiro de caballos blandía aquel color. Eso incluso el alimañero lo sabía. Así que, si no había acertado con el confidente, lo tomarían por tonto o por loco.

—¿Los negros dices?

Y el hispano asintió velando su inseguridad. Le habían susurrado aquellas palabras con prisa en una noche que parecía olvidada. Y ni siquiera tenía la certeza de estar hablando con quien debía.

—Al ocaso, en las letrinas —dijo al fin el tuerto, haciendo un gesto vago calle arriba para señalarle al hispano dónde encontrar los retretes.

Cainos volvió a asentir.

* * *

Era una vivienda modesta. Pero aun así resultaba evidente que pertenecía a algún caballero, senador, patricio, o lo que fuera de entre las muchas raleas que componían las clases pudientes de Roma. Las que hablaban de la bondad de la República hasta que se les caían los dientes, pero que no sangraban en los campos de batalla. Cainos solo podía sospechar quién era su dueño. Aunque no le importaba.

Tan solo deseaba creer que la promesa hecha se cumpliría.

Aquel abacero tuerto lo guio a la trasera de la casa, hasta lo que parecía una entrada para los esclavos del servicio. Y allí, tras llamar al postigo con sus nudillos roñosos, bisbiseó palabras ininteligibles con el que le abrió la puerta. Un gordo cubierto con un delantal, que rivalizaba en suciedad con la del vendedor ambulante.

No mucho después, el trampero estaba en la esquina oscura de un patio interior, esperando.

Se oía el rumor del agua corriendo en una fuente. Se podían oler las plantas que colgaban de tiestos sujetos al cielorraso de las arcadas. Se escuchaban murmullos que llegaban desde las habitaciones principales.

Cainos vio aparecer a un joven de rizos cenicientos, mirada azul y dientes mal esparcidos. Surgió ante él desde la penumbra de los soportales, con una pequeña lucerna que mantenía con mano firme. Lo miraba con la seriedad de un decurión malcarado que hubiera sido destinado a la frontera con los partos. Le costó otorgarle una edad.

—Me han dicho que conoces un secreto —le espetó sin otros preámbulos.

—Y a mí me han hecho una promesa —rebatió el trampero fingiendo una seguridad que no sentía.

El joven sonrió con malicia. Asintió con la agilidad de un busto de mármol, moviendo apenas las pestañas. Y le devolvió el envite.

—Y se cumplirá si es cierto que sabes lo que se supone.

Cainos comprendió que no le quedaba otra que jugársela. Ya no había tiempo para echarse atrás. Ahora tendría que apechugar con la decisión que había tomado. Fueran cuales fuesen las consecuencias. Le gustase o no, tenía que confiar en aquel joven. Así que se dejó ir pendiente abajo:

—Tenéis que ir al oeste, más allá del río Astura…

Y, tal y como había hecho Lucio Trebellio, el trampero le desveló al joven patricio el lugar de los montes galaicos donde se escondía una promesa de oro inagotable.

Aunque el alimañero tuvo la ineludible certeza de que no eran riquezas lo que aquel muchacho ansiaba.

Cainos lo olió, lo presintió como una emboscada.

Aquel joven no deseaba cubrirse de oro, lo que codiciaba era poder.

* * *

Su visitante acababa de marcharse.

Y se llevaba con él una bolsa repleta de áureos. Una pequeña fortuna que le compraría una nueva vida allá donde quisiese. Había monedas de sobra para torcer voluntades, adquirir amigos y olvidar la miseria de las legiones. Un pago menos generoso no hubiera incitado a los viscosos tentáculos de la traición. Pero, aun así, al joven Cayo le parecía un precio ridículo por cuanto había averiguado.

Las piezas empezaban a encajar, y el sobrino del gran general sabía que en aquellos montes del oeste le aguardaba la oportunidad que había estado esperando. Debía obrar con cuidado, y lo sabía. Tenía que ser cauteloso y, por encima de todo, no podía permitirse levantar sospechas. Pero su meta estaba ya cerca.

Cavilaba sobre ello cuando escuchó el inconfundible sonido de la sandalia tachonada de un legionario pisando las piedras del patio.

Del rincón oscuro que daba al corredor salió un pretoriano que Cainos hubiera reconocido. Era uno de los escoltas que habían acompañado al general hasta el coso donde la loba había sido atrapada.

—Sabía que funcionaría, te lo dije —soltó el recién llegado sin remilgos.

El sobrino del general disimuló su desagrado por las confianzas que aquel hombre se tomaba. Pero, como aún lo necesitaba, no protestó. Se limitó a exponer sus siguientes pasos.

—Ahora prepararé mi partida a Iliria —explicó—. Eso me librará de toda sospecha. Pase lo que pase.

El pretoriano asintió como si comprendiese. Pero sin imaginar otra cosa que su futuro bajo el auspicio de cuantas promesas le había hecho aquel joven patricio.

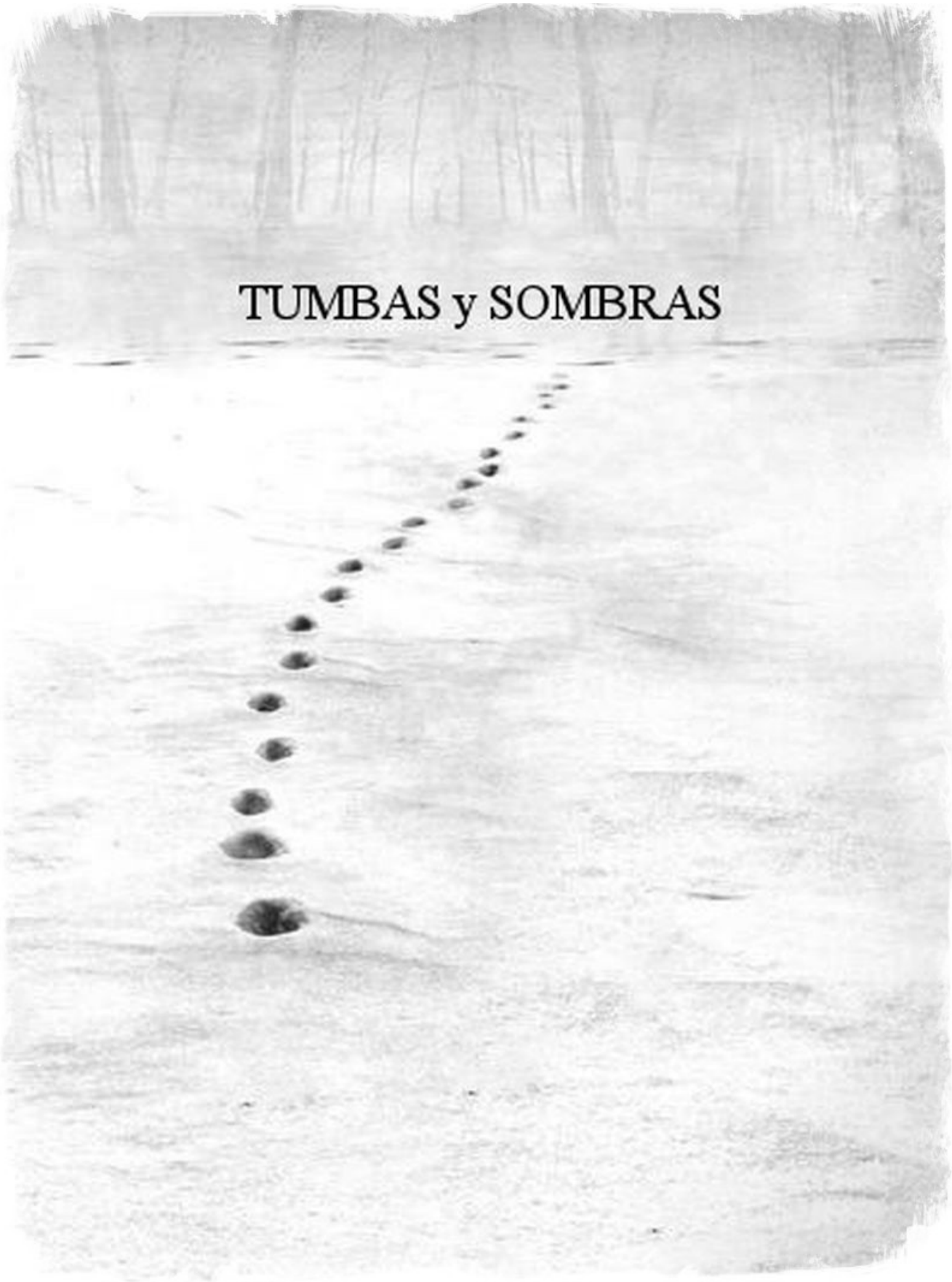
—¿Y vas a dejarlo marchar? —preguntó con un mohín, sorbiendo de entre sus muelas los restos de un muslo de codorniz frío que había hurtado en las cocinas, tras sobar a una de las esclavas que se deslomaban en los fogones—. Sabe demasiado.

El joven Cayo sacudió su cabeza. Y sus labios se partieron para enseñar aquellos dientes tan pobremente sembrados.

—No, por supuesto que no.

El pretoriano aguardó, seguro de que diría algo más.

—Mátalo —ordenó finalmente el sobrino del gran general.


TUMBAS y SOMBRAS

El hambre del último invierno le asomaba entre las costillas.

Estaba consumido.

Traía el pellejo roído por las fiebres. Y el cuero encallecido allá donde afloraban los huesos. Cargaba en las junturas con el frío de las montañas. Venía descoyuntado. Cojeaba.

Con suerte vería las nieves. Pero no aguantaría hasta el deshielo.

Aun así, en sus ojos todavía centelleaban tormentas.

Se alimentaba de su dolor. De su odio.

Trotaba a la vera de un río. Un arrendajo protestaba con escándalo desde la copa descotada de un aliso. El amanecer descorría los encajes de la helada. Las hierbas, escarchadas, crujían a su paso. De los acebos pendían bayas, del rojo intenso de la sangre derramada. El horizonte se había cubierto con un velo de nubes preñadas de lluvia.

Y él la olió mucho antes de que la pendiente por donde se empujaba el río le dejara intuirla en la lejanía.

Era su madriguera. El cubil de los hombres. Y hedía a miseria.

* * *

Al este de Roma, enredadas en un laberinto de muladares, quedaban las fosas de los olvidados. En un lugar maldito donde todo estaba roto, incluso la esperanza. Allí perduraban los escombros, infinitos trozos de vasijas, restos mordisqueados de huesos, harapos de túnicas roñosas; pedazos de almas.

Era el Esquilino.

Era el dominio de la desdicha. El hogar de la desesperación. Allí acababan los muertos de entre los pordioseros, y los vivos de entre los desahuciados.

Senderos de tierra, pisada y sucia, atravesaban callejas de adoquines maltrechos. Y formaban cruces de caminos que no veían la luz ni siquiera en las canículas más calurosas. En uno de ellos, sin más hitos que el cagajón que dejó tras él un borrico famélico que fue a morirse una milla más allá, apareció una silueta que salió de pronto desde la tablazón desvencijada de un carromato comido por la carcoma.

Era un perrillo. Un mestizo desgastado por la sarna. Otro desdichado más engullido por el Esquilino.

La noche no tenía estrellas, y apenas se distinguían los remaches de las sombras en las piedras. Pero allá donde su padecimiento no le había abierto las carnes se veían mechones retintos que colgaban apelmazados por la roña. Iba contento porque llevaba los restos de una rata, una de las gordas glotonas que tan bien apacentaba la basura de Roma. Pero tenía los ojos tristes, quizá porque, antes de que alguna peste se la llevara, había sido amado por una chiquilla que no supo lo que era ser pobre por no conocer otra verdad que la miseria. Y tenía la desconfianza pintada en su rostro

facado, quizá porque después de que la tos de la niña se consumiera no le había quedado otra cosa que las calles cochambrosas del Esquilino. Por eso no se sorprendió al oír el gruñido.

Porque, en aquella colina de Roma, la buena fortuna duraba siempre un suspiro. Y los desgraciados que no tenían otro lugar adonde ir se habían acostumbrado a que la miseria les robara todos y cada uno de sus escasos pellizcos de buena suerte.

Por eso el pequeño mestizo sarnoso no se sorprendió.

A unos pasos habían aparecido otros tres. Una camarilla de carroñeros que preferían aprovecharse del esfuerzo ajeno. Eran más grandes que él. Podía ser que igual de hambrientos, pero más fuertes.

Y el instinto les susurró a todos lo que iba a pasar a continuación.

El perrillo escondió el rabo entre las piernas, gañó lastimero y soltó su presa.

Los otros tres se acercaron. El líder enseñaba los dientes, los dos restantes, a la zaga, se lamían los belfos. Y la rata, que se agitaba débilmente, aún tenía fuerzas para gemir.

El mestizo se echó unos pasos atrás, mirando con pena la única comida decente de los últimos meses. Indeciso porque el hambre le infundía valor.

El coraje, sin embargo, no le supo a tanto como para atreverse a pelear y los otros tres se repartieron ladridos satisfechos antes de echarse sobre la presa indefensa.

El más grande se acercó el primero, dispuesto a comer y dejar las sobras a los otros dos. Pero algo sucedió que le hizo detenerse.

Un revuelco del viento le llevó un olor que le erizó el lomo y le obligó a retroceder.

El hambre era la dueña del Esquilino y era habitual que un pedazo de carroña fuese disputa. Sin embargo, había esa vez algo distinto. Y tanto el pequeño mestizo como la camarilla se arredraron. Había llegado alguien más.

Alguien que venía envuelto en los aires del que había mandado en una manada salvaje.

Y el nuevo invitado no tuvo más que caminar hacia la rata para hacerse con ella. Porque los tres bravucones se echaron enseguida a correr pendiente arriba, hacia la cima del monte donde se asentaban aquellos miasmas del Esquilino.

El último en discordia no pidió permiso ni concedió oportunidades. Se acercó, sin más derecho que aquel que le otorgaba su mera presencia. Destripó a la rata de una tarascada seca. Empezó a masticar, y a tragar grandes bocados.

Pero el hambre no le cabía dentro al mestizo y, ahora que los otros tres ya se habían ido, se atrevió a gimotear lastimero. Incluso tuvo el valor de insistir, como un lobezno pidiendo a los grandes de la manada una limosna.

De primeras se llevó un gruñido y la amenaza de una dentellada con colmillos que eran más grandes que su hocico entero. Pero el vacío en las tripas le bastó para quedarse con un solo paso atrás. Y volvió a hacerse oír con un nuevo gemido que fue aún más quejumbroso.

Entonces, unos ojos centelleantes lo fulminaron por encima de un mordisco de aquella rata.

Aun así, su hambre tuvo redaños para no arredrarse. Llevaba el rabo escondido, la cabeza gacha, la expresión suplicante y entonaba sus ruegos con el ansia obediente de un cachorrillo.

Y aquella bestia enorme tragó una última vez. Resopló con la severidad de una riña, miró al pequeño mestizo, soltó un gruñido bajo y se dio la vuelta dándole permiso.

Al principio, mostró desconfianza, como si le costara creerlo. Pero enseguida le venció el miedo a volver a perderse la comida. Así que el perrillo se abalanzó sobre las migajas que le habían dejado.

Mientras, el gran lobo se alejaba.

Estaba demacrado.

Pero había llegado hasta la madriguera de los hombres y buscaba el rastro de sus enemigos.

No se había rendido. Y no iba a hacerlo.

* * *

La ciudad era para el lobo un misterio.

Un cosmos plagado de tufos irreconocibles. En ella había incontables hedores que desconocía. Y también rumores, sonidos que le resultaban inconfesables. Podían escucharse mil voces y cien escandaleras a cualquier hora. Y le estaba costando acostumbrarse.

Aquel no era su lugar y, por primera vez en muchos años, sentía la sombra del temor tras él.

Aun así, ni el hambre, ni el dolor, ni el cansancio lograban detenerlo. Vagaba, como un perro callejero más. Buscaba, infatigable. Se refugiaba en las noches, se perdía por entre las innumerables calles. Aprendió a evitar ciertos lugares a determinadas horas, aprendió a aprovecharse de los desperdicios, no solo para comer, sino también para revolcarse en ellos y camuflar su propio olor. Porque desconfiaba de los cazadores. Eran sus enemigos y él no lo olvidaba. Seguía tras ellos, siempre, en pos de aquel rastro perdido en la marabunta inconcebible de pestilencias que abarrotaban la inmensa Loba.

Los días grises fueron pasando con sus aguaceros y sus fríos, pero el lobo no se rindió pese al continuo fracaso.

Y su perseverancia tuvo al fin recompensa cuando, difuminado, ya rancio, encontró aquel mismo olor que tantas veces había percibido no lejos del hogar. Casi olvidados estaban allí los matices de la savia, el husmo de la tierra húmeda, el mismo dejo a larga caminata que tantas veces había olido junto a las trampas de los hombres.

Había encontrado a uno de ellos, estaba seguro, y lo fue siguiendo al abrigo de la noche oscura. Se guardó en las sombras, evitó el retumbar de los carros, se apartó de

los gritos que oía.

Estaba en el corazón mismo de la madriguera de sus enemigos, podía sentirlo; y el rastro era débil, viejo, cubierto por el intenso olor de los excrementos que los hombres parecían encantados de apilar.

Fue cauteloso.

Doblando la esquina surgió un esclavo cargado de prisas. Se sujetaba el vientre y maldecía airado las generaciones pasadas de algún vendedor ambulante.

Y el lobo se agazapó a tiempo para no ser visto por el hombre que corría a las letrinas.

* * *

Esperó lo suficiente, mientras oía los resuellos del tipo intentando desembarazarse de sus ropas. Y el lobo se puso en marcha.

Temió perder la pista al llegar a uno de aquellos refugios de piedra y argamasa en los que sacaban adelante a sus camadas. Pero después de unas cuantas vueltas alrededor del lugar volvió a toparse con el rastro, inconfundible aun pese a los días transcurridos. Pero también olió la violencia. Y al lobo se le escapó un bufido al comprender que alguien más había seguido a su presa.

Tuvo que adentrarse en la oscuridad de las esquinas en más de una ocasión, para ocultarse. Y el camino se hizo eterno, pero él porfió.

Su olfato lo guio a través de Roma, descendiendo hacia el río, que se adivinaba al final del valle con su rumor a cloaca.

Sin embargo, todo se volvió en su contra.

Algo había pasado. Los olores se confundían y aquella violencia que había presentido se transformó en sangre. El lobo lo supo.

El olor del trampero se había cubierto de dolor. Se desvanecía junto a la orilla, donde parecía saltar para sumergirse en las aguas turbias.

Pero no tuvo tiempo para asegurarse, un tumulto irrumpió desde el norte.

Unos cuantos jóvenes de Roma pensaban abonar con vino hasta la última vigilia.

Eran más de una docena de muchachos acomodados en las viejas familias de caballeros, con recursos y tiempo para disfrutar de los dineros de sus rancios linajes. Con las greñas largas para disgusto de sus mayores. Con las barbas mal afeitadas, como los bárbaros. Y bajaban por la ribera del río prometiéndose diversiones sin fin. La edad les pedía a gritos trasegar hasta la última gota que encontrasen.

El lobo tuvo entonces que marcharse. Con solo la sospecha de que su presa ya estaba muerta.

* * *

Había encontrado otro más.

El de aquel que olía como un roble viejo. Aquel husmo pesado, rotundo. Cargado de órdenes y de obediencia, en el que se percibía la fuerza. Era el rastro del cazador

que faltaba.

El lobo había esperado todo el día, escondido entre los muladares del Esquilino, luchando contra su impaciencia.

Sin embargo, una vez en marcha, no fue hasta las letrinas para seguir la misma pista que había tirado de él un día antes. Ya conocía algunos de los recovecos de la ciudad y trotó directamente hacia el lugar donde el río parecía haberse tragado al alimañero.

Aunque algo nuevo lo detuvo en su camino.

Una sorpresa que le arrugó los belfos y le sacó un gruñido. La muerte se le había adelantado al llevarse a uno de los cazadores. Pero, a cambio, el lobo se había topado con otro rastro mucho más fresco. Reciente.

Y no iba a dejarlo escapar.

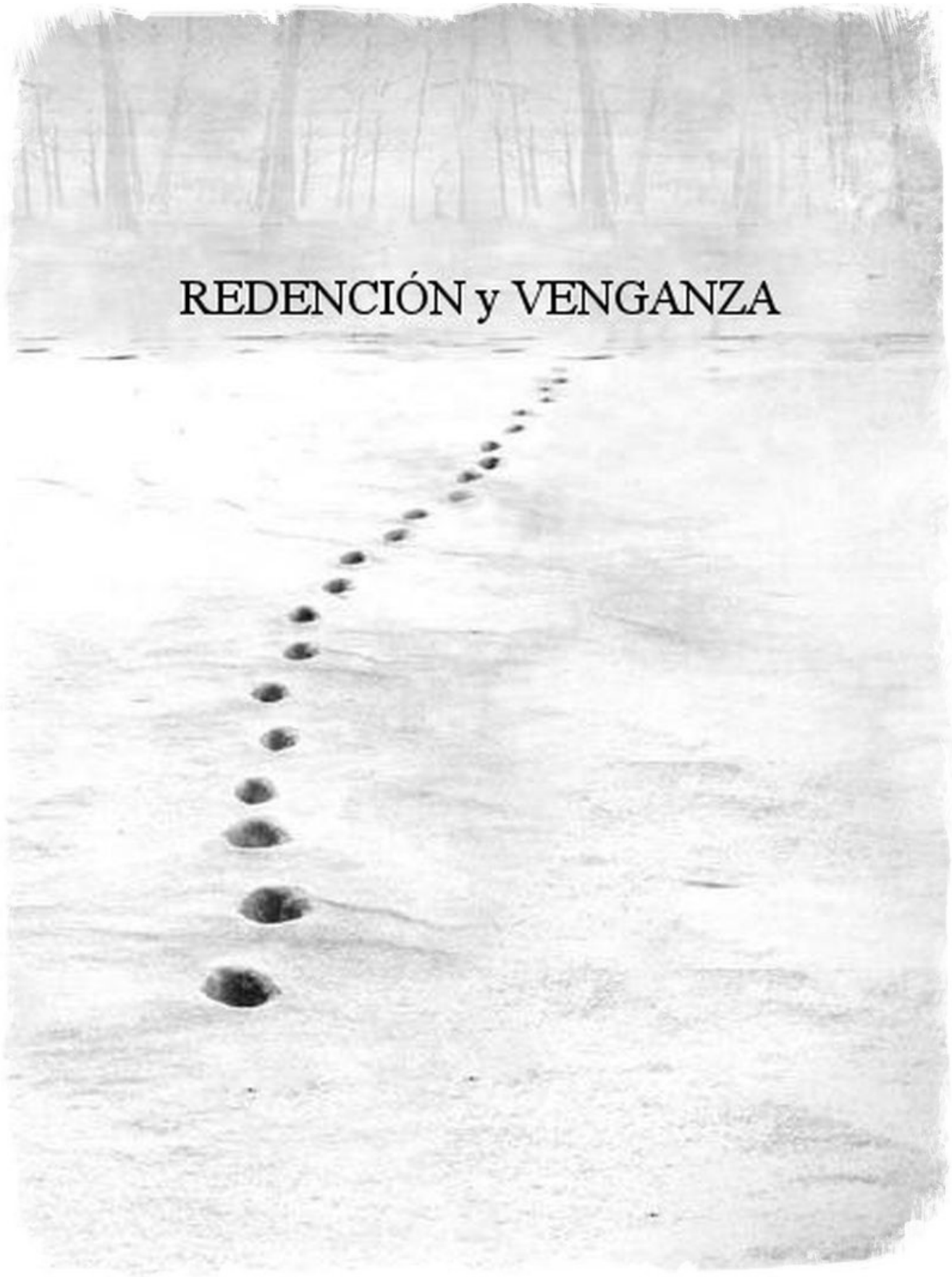
* * *

Lucio Trebellio estaba demasiado atareado haciendo lo que debía para darse cuenta de que, en ciertos lugares, en ciertos momentos, algo le acechaba.

El gran general lo mantenía ocupado y, aunque el viejo centurión no bajaba la guardia, su enemigo más sigiloso había vuelto.

Y eso era algo que él jamás hubiera imaginado.

REDENCIÓN y VENGANZA



—Cuando se tira una piedra en uno de esos charcos de orines y excrementos que rezuman de las cloacas…

Cayo Octavio Turino, el sobrino del glorioso general vencedor de la guerra que había desangrado Roma, se giró hacia su amigo antes de continuar:

—… no solo el que está al otro lado acaba salpicado, también tú te pones de mierda hasta las orejas…

La sonrisa se le atragantó. Y su rostro, bien proporcionado, se terció hasta convertirse en siniestro.

—Y, mi querido Agripa, allá en casa hay muchas manos, muchas piedras y un enorme… Un gigantesco charco rebosante de mierda…

Los dientes abiertos seguían asomando entre los finos labios sin color.

—Pero si tienes razón, si sucede mientras tú estás aquí, podrías perder tu oportunidad. —La preocupación enhebrada en el tono parecía sincera.

A través del porticado de la sala donde se encontraban podían verse las montañas cubiertas de abetos de Iliria. Los dos jóvenes estaban solos. Sin más compañía que la conjura. Y Cayo Octavio dejó que su vista vagase por aquellas sierras virulentas considerando la advertencia de quien había demostrado más de una vez ser su fiel aliado.

—Te equivocas —rebatió con vehemencia—. Si los rumores no son más que paja, o si esos mentecatos fallan en su intento, estando aquí, tan lejos de Roma, mi posición no se verá comprometida. Mi tío nunca sospechará de mí —declaró abriendo las manos, casi femeninas—. Y si, por el contrario —añadió alzando un dedo fino y blanquecino—, de verdad logran asesinarlo, entonces habrá de nuevo dos facciones que se pelearán entre sí —concluyó volviendo a ensayar una mueca que pretendía ser sonrisa.

»Se matarán entre ellos. Dispuestos a vender a sus madres con tal de hacerse con las carroñas del poder. Y ambos bandos parecerán débiles, ansiosos. Yo, sin embargo, me presentaré como el salvador —sentenció triunfal—. El mesías que apartará a los buitres de la memoria de mi tío. El pueblo me adorará.

—Y, suponiendo que todo salga tan bien como piensas, ¿qué harás después?

Eso era algo que el sobrino del gran general no pensaba compartir con nadie más. Pero tenía la respuesta muy clara.

Una fortuna incalculable aguardaba por él escondida en las entrañas de los montes del oeste.

Y eso era lo que haría después. Conquistar el oro galaico.

* * *

Un nuevo escándalo abatía la convulsa Roma. La ciudad apenas era capaz de levantarse y tomar aire antes de que otro altercado cobrase fuerza y descompusiese la

supuesta paz en la que debía vivir. Parecía que en su enrevesada política ardían fuegos que, mientras unos se esforzaban en apagarlos, otros avivaban.

—Mi comandante, si me lo permites, eso complica mucho mi trabajo —se atrevió a decir el centurión sin alzar los ojos, ahogados por el cansancio del largo día.

Los demonios de la guerra civil seguían presentes, y muchos estaban encantados de soliviantarlos. Y algún gesto de su patrón durante las celebraciones de aquella jornada festiva para la ciudad había vuelto a alborotar los ánimos de los senadores.

Hubo cuchicheos que hablaron de los antiguos tiempos de los reyes de Roma. Y rumores que señalaron la ambición sin límite del general. Incluso el veterano Lucio, ajeno a todo lo que no fuera la disciplina de las legiones, percibió la crispación del día.

—Algún desgraciado con ínfulas de héroe de la República…

—Por eso mismo he confiado en ti, Lucio —le interrumpió con un tono tajante que daba poco lugar a la réplica.

—Comprendo —contestó el centurión con un leve asentimiento—. Pero quizá sería buena idea que contratásemos a un par de hombres de confianza…

La mano con el enorme sello se sacudió con furia y los ojos zainos relampaguearon.

—Puedes irte, ya no son horas de intrigas —le espetó el general con voz de serrucho—. Mañana va a ser un día muy ocupado. ¿Tienes claro el itinerario?

Volviendo al tema que habían tratado antes de que Lucio se atreviera a hablar, el amo de Roma se sacudía sin miramientos los temores del centurión. Y su vehemencia le puso la puntilla al gesto hosco con el que se expresó.

El rostro del legionario dejó traslucir la decepción que sentía. Aunque jamás hubiera protestado.

—Sí, entendido —afirmó recomponiéndose—, estaré en el templo de Júpiter al mediodía.

Comprendió el vencedor de la guerra que no le convenía tratar con demasiada rudeza al hombre que le guardaba las espaldas y, abandonando su mesa, se acercó a él y le puso una mano en el ancho hombro. El tema al que había aludido el centurión le desagradaba sobremanera. No quería oír hablar sobre un posible atentado contra él, que tanto había hecho por Roma. Sin embargo, como había demostrado en muchas ocasiones, el general sabía cómo llevar a sus hombres por el camino deseado alternando el látigo y la zanahoria.

—Bien, bien… Pues asegúrate de que nadie más lo sepa —añadió palmeando el cuello de toro del centurión—. Recuérdalo —insistió con un dejo casi cariñoso hacia su veterano.

Y Lucio Trebellio no lo olvidaba: su general estaba empeñado en aparentar que no tenía escolta alguna, como si pese a los rumores él pudiera tener la certeza de que ninguna amenaza se cernía sobre su cabeza.

—Lo recordaré.

El general apretó una vez más el cogote de Lucio, inclinó el rostro en un asentimiento sonriente y agregó algo más esperando recobrar definitivamente la confianza de su soldado.

—Estoy seguro, centurión, estoy seguro —reafirmó viendo la satisfacción en los ojos del otro.

Los tientos parecían haber funcionado y el general estaba deseando repasar sus ideas para invadir las tierras de los partos. Así que dio por concluida aquella intempestiva reunión a la que había accedido.

El gesto vago del patricio sirvió como única despedida y, tras cuadrar los hombros, Lucio Trebellio abandonó la vivienda del máximo pontífice de Roma ahogando un suspiro de cansancio.

Pasó junto al templo de las vestales y, mientras se arrebujaba en su capote para pelear con el frío de la vigilia, pensaba en si tendría tiempo de acercarse a una taberna. Le vendría bien probar un sorbo de buen vino griego antes de caer derrengado. Y si se andaba hasta la Suburra, encontraría algún tugurio de mala muerte que aún estuviese abierto.

Caminaba por las piedras que la oscuridad teñía, sumergiéndose en la noche de Roma, olvidando que dejaba tras de sí su rastro.

Sin saber que se encaminaba hacia su muerte.

* * *

Había estado esperando su oportunidad.

Durante días.

Por muchas noches.

Pero aquella presa lo eludía. Cuando había luz, estaba siempre rodeada de multitudes que arredraban al lobo. Y cuando el sol descendía, el rastro desaparecía en algún lugar tumultuoso plagado de los infinitos hedores que infestaban la madriguera de los hombres.

Allí todo eran trabas. En el bosque hubiera sido distinto.

Aun así, aquella madrugada volvió a intentarlo.

Y a la anochecida había hallado su rastro una vez más. Donde siempre, no lejos de aquel cubil que olía al fresco aroma de la virtud entremezclado con el tosco tufillo ahumado de un fuego que no parecía apagarse jamás. Donde olía a sagrado.

Pero en esta ocasión la pista era mucho más reciente. El hombre acababa de pasar por allí.

Y le bastó seguir aquel rastro un trecho para encontrar a su dueño. A su alcance. Caminando al final de la calle en tinieblas.

Y se preparó para emboscarlo. Para acabar con él.

Presintió adónde iba su presa, ya otras veces había seguido su rastro hasta aquel otro lugar en el que había podido oler la corrupción del vicio de los hombres. Así que le echó un vistazo a las espaldas anchas y al andar pesado; y el lobo se dispuso a

atajar por los recovecos de la ciudad que había domado.

Resopló, enseñó los dientes, y salió al trote.

Había llegado el momento de cazar.

* * *

Lucio Trebellio estaba pensando que unas suaves manos femeninas podrían ayudarle con el vino que tanto le apetecía. Y se le ocurrió que también con algo más.

Estaba cansado, pero al menos una parte de su cuerpo respondió a la idea con efusión.

Unas caricias y algo de cariño podían ser una maravillosa recompensa a su duro trabajo. Una recompensa merecida.

Caminaba tan abstraído que no se dio cuenta. Una sombra cruzó la noche al otro extremo de la callejuela; mientras, él atravesaba la calzada con tino, evitando pisar la vomitera que algún borracho había dejado como prueba de su triunfal regreso desde las tabernas de la Suburra.

Faltaban dos bocacalles.

Luego giraría a la izquierda. Para perderse en la decadencia que reinaría a aquellas horas en el barrio de Roma donde el vicio pasaba por virtud y el silencio era fruto del vino en exceso.

* * *

El lobo sabía que su oportunidad estaba un poco más allá, solo a unas cuantas zancadas. Apretó los cuartos y apuró el paso. Tensó las orejas, afiló el hocico con la lengua. Se probó los colmillos.

El centurión seguía su camino. Imaginaba el tacto suave de una moza recorriendo sus viejas cicatrices. Él le hablaría de guerras vencidas y ella fingiría interés.

Lucio Trebellio, ajeno al peligro, trasteaba con los dedos en su bolsa para contar las monedas.

Estaba a punto de cruzar frente a la primera bocacalle.

Y, mientras el legionario caminaba, el lobo negociaba la esquina. Hacia su presa.

La caída, sus heridas, el hambre, el frío, todo había hecho mella en su cuerpo. Pero no en su odio. Galopaba tensando la quijada, preparando la dentellada.

Unos gritos llegaron de alguno de los pisos de una casa destartalada. En un tragaluz se vio el parpadeo de alguien prendiendo una lucerna, algún vecino le mentó los muertos al responsable del escándalo. Un padre corrió asustado a consolar a su hijo, que, insomne, había mirado por la ventana para ver una bestia de pesadilla correr enfebrecida. Nadie creería al pequeño cuando lo contase.

Un tarareo contento se le escapó al centurión y una ventolina que se levantó en ese mismo instante se llevó el rumor. La cuenta de sus dineros le había deparado una sorpresa y Lucio empezaba a pensar que cuatro manos podían ser mejor que dos.

El lobo oyó al hombre. No lo entendió, pero escuchó la tonada.

Y entonces, su viejo amigo le trajo noticias inesperadas.

Con el rumor del hombre le llegó también su olor. Uno que el lobo conocía bien. Pero el viento le contó también algo más: su presa no venía sola.

Traía con ella un husmo distinto. Algo diferente que al lobo le resultó familiar.

El tono de su tarareo se fue elevando. Aun a pesar de la regañina del general, el humor de Lucio Trebellio era animado. Dos pasos más y cruzaría la primera bocacalle, en la siguiente era donde le tocaba virar a la izquierda.

La ventolina se revolvió de nuevo. Agitó los olores, y remejió el llanto asustado de un chiquillo, allá arriba, en el piso al través de cuya ventana podía verse el oscilar de una llama de aceite.

El lobo se detuvo en seco, justo antes de llegar a la desembocadura de la callejuela transversal. Lo había reconocido. Era imposible olvidarlo.

El centurión Lucio Trebellio Máximo pasó de largo y siguió caminando. Iba tan abstraído que no se dio cuenta. A su izquierda, justo en la bocacalle que dejaba atrás, quedaba el gran macho, aquel que había perseguido en los montes de las tierras del oeste.

El lobo, con la zancada en el aire y el desconcierto arrugándole el ceño, vio cruzar a su presa ante él. De un salto le hubiera abierto el gaznate.

Siguió hasta torcer en la calle que siempre tomaba para ir a la Suburra y, tras el veterano, quedó su tonadilla en el aire, pero también su rastro. Y, pegado a él, aquel husmo distinto que había detenido al lobo.

Apoyó las manos, dio un paso más y aventó la pista del hombre que se alejaba.

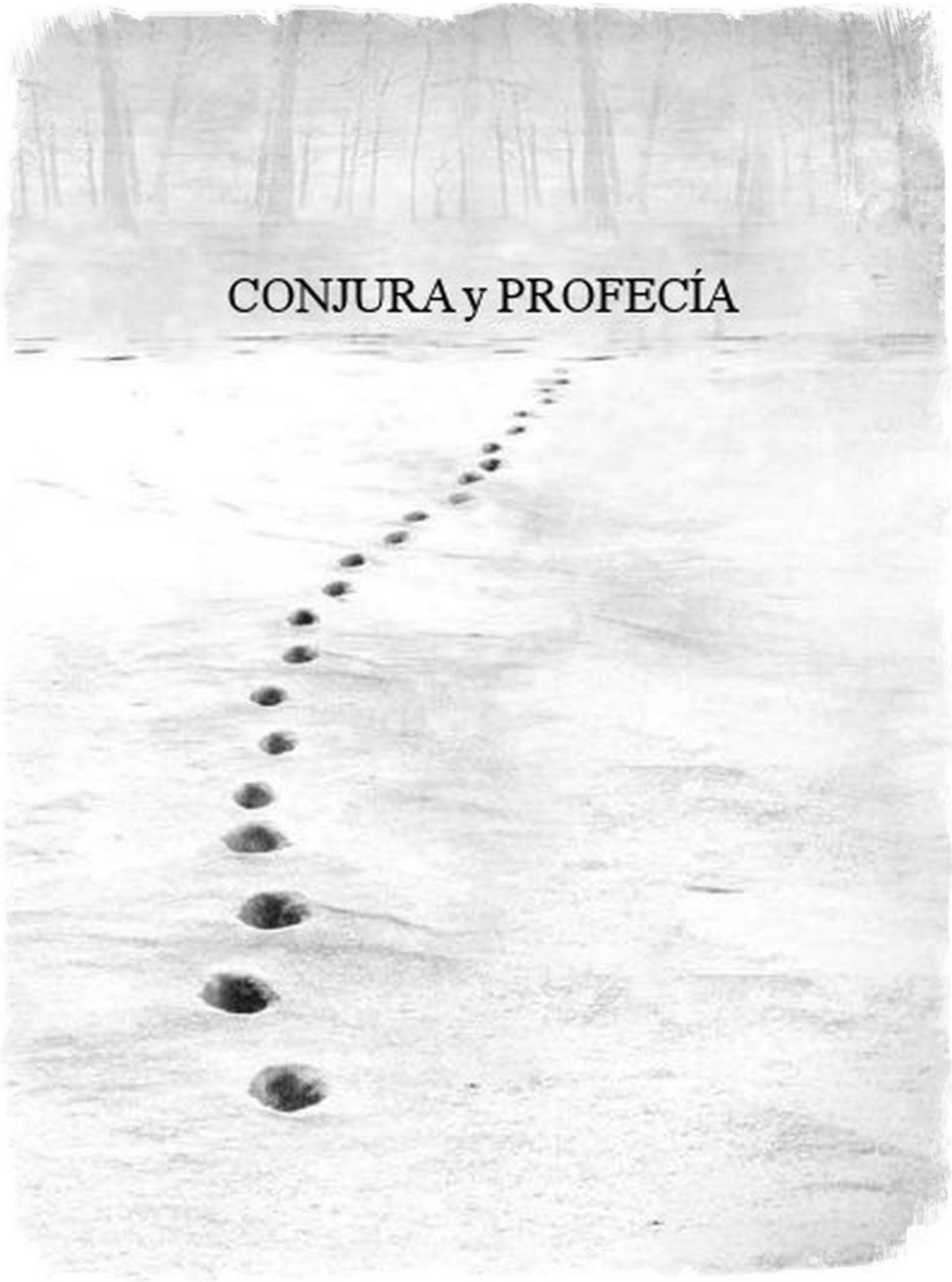
Casi pudo revivirlo. Regresó a aquella trampa en la ladera de la lobera. Volvió a sentir el frío del hierro, el sabor de su sangre, el dolor, de ella. Todo se le echó encima. Y los belfos se le arrugaron.

No lo había olvidado y nunca lo olvidaría.

Volvía a tener dos presas que abatir en aquella madriguera infecta de los hombres. Una era aquella que acababa de dejar marchar. Y la otra era el trofeo más codiciado.

El que la había herido. El culpable de que hubiera perdido todo cuanto tenía. La loba, la camada, el hogar. El líder de la manada. Era él.

Era el que llevaba pegada la huella de las tormentas.


CONJURA y PROFECÍA

Al lobo se lo habían robado todo.

Los hombres tan solo le habían dejado la venganza.

Y ahora, aquella mañana radiante, incluso parecían capaces de arrebatarle también esa última miseria.

Porque la codicia no tenía fin; el general lo sabía bien. Demasiado bien. Y el destello que vio en los ojos del otro senador no le permitió olvidarlo.

—Pero mi hermano… —le rogaba el patricio una vez más, como había hecho incansablemente en las últimas sesiones de la curia—. No es justo, tan lejos…

Supo de inmediato que el exilio de aquel desgraciado no era lo que había llevado al político a suplicarle. En la frente del que le hablaba, el dueño de la República pudo ver el sudor frío de los cobardes. Y los labios fruncidos. Y los ojos, aquellos ojos huidizos.

Algo terrible parecía abalanzarse sobre él. Se cumplía la voluntad de los agoreros.

Lo presentía.

Había visto a la muerte rampar por campos de batalla a lo largo de medio mundo y el gran general la reconoció de inmediato en aquel semblante medroso.

El senador le agarró la toga. Y, sin miramientos, tiró con rudeza. Los hombros del señor de Roma quedaron entonces al descubierto. Desnudos de la cenefa púrpura del poder que ribeteaba sus ropas. Era la señal.

La señal convenida por los conjurados. La señal que les diría que el momento de matar había llegado.

Lo supo.

—¡Qué violencia es esta! ¿Cómo te atreves?

Otros se acercaban. Traían los rostros contorsionados. Había ira, ambición, desesperación, miedo, pero más que ninguna otra cosa, codicia. Todos querían arrebatarle su poder. Trasteaban entre los drapeados de sus ropas. Buscaban sus puñales.

No le cupo duda.

Y el general miró en derredor buscando a su escolta, pero Lucio Trebellio no estaba. No se le veía por parte alguna. No estaba.

Se le escapó un rugido de león acorralado.

Llamaba a su guardia. Pero el veterano centurión no apareció.

* * *

Lucio Trebellio Máximo estaba en aprietos. Y lo sabía.

De hecho, llevaba días en aprietos.

Lo había visto una semana antes. Al principio había pensado que se trataba de un espejismo. Pero se le apareció de nuevo, como un fantasma, en un cruce de la Suburra. Y el miedo le embutió en la garganta un manojo de espinas afiladas.

Aunque no se atrevió a decírselo a su comandante.

Segios, Tito, Píramo, Druso; no habían sido suficientes. Aquella bestia había salido de algún abismo en las montañas, y volvía. En pos del general. De él mismo. Así lo había vaticinado Cainos junto al foso donde la loba herida gemía. Esa había sido la profecía del alimañero.

Y el lobo la estaba cumpliendo.

Se cruzaba con él en lo oscuro de las noches, justo cuando dejaba a su protegido. O en los amaneceres fríos, justo cuando se presentaba para seguirlo disimuladamente. Tras la esquina de un callejón, medio oculto entre las basuras, en el rebufo de un carro que pasaba tras las riendas de un conductor adormilado. Una y otra vez.

De estar Cainos a su lado, el alimañero le hubiera advertido: el lobo tendía una trampa. Pero el galaico no estaba.

Y el centurión había visto a la bestia de nuevo.

Aquella madrugada volvían tarde. Los había entretenido una cena de postín en las dependencias de la isla Tiberina donde vivía el gobernador Marco Lépido, el hombre al cargo de la Novena.

El general y su comitiva cruzaban el puente sobre el brazo del Tíber que llevaba al corazón de la ciudad. Los esclavos, las literas, el regusto del vino; todos se alejaban del islote que navegaba en el ancho río partiendo en dos la corriente. Mientras, la noche se acomodaba, se cubría con nubes de tormenta.

Y en tanto, Lucio Trebellio guardaba una distancia prudente, alternando vistazos al palanquín de su general y al camino que tenían por recorrer hasta la vivienda del máximo pontífice de Roma. Tal y como se le había ordenado, se mantenía avizor, discreto, sobando las esquinas y echando miradas de reojo. Vigilando sin ser visto. Dispuesto a matar o morir por el señor de Roma.

Fue entonces cuando lo vio.

El lobo trotaba. Con las orejas gachas y los colmillos relucientes. A lo lejos. En la orilla, remontando el Tíber hacia el puente que su comandante cruzaba.

Atacaría a la comitiva y los mataría a todos. Les abriría los pescuezos y luego les devoraría el alma. Y, al final, acabaría con el general.

Salió corriendo el centurión, dispuesto a evitar el desastre.

No adivinó que eso era lo que la fiera esperaba.

* * *

Le había bastado seguirlos por unos cuantos días.

El lobo había comprendido pronto. Un hombre protegía al otro. Y si quería acabar con aquel que seguía a las tormentas, tenía primero que ocuparse de quien velaba por él.

Así que le tendió una emboscada.

* * *

Río abajo, más allá de la isla Tiberina, donde estaba instalado el cuartel del gobernador, había otro puente. Y Lucio corrió.

Llegó desfallecido al otro lado, pasó como una exhalación junto al templo portuario y se echó de un salto a la orilla legamosa que sellaba las piedras del talud sobre el que se asentaba la ciudad.

Allí estaban las huellas del lobo. Y Lucio Trebellio las siguió.

El aire se volvió pesado y plomizo, la escasa luz se disolvió. El viento correteó y un primer relámpago sacudió Roma para afilar las sombras de sus estatuas y hacer que retemblasen las columnas de sus palacios.

Apenas había avanzado unos pasos cuando la lluvia comenzó. Gordas gotas entibiadas por la tormenta cubrieron la superficie del turbio río con encajes. Caían al suelo salpicando barro y llenándolo todo con un alboroto que solo el trueno ensordeció.

El centurión corría y el lodo se le pegaba a las sandalias. Los pies le pesaban quintales. Pasó bajo el puente por el que su comandante cruzaba y poco más arriba las huellas del lobo trepaban por las piedras que enmarcaban la corriente.

Se aupó resbalando en el húmedo talud, con el corazón palpitando en la garganta. Temiendo que fuese tarde. Pero, en cuanto llegó a la plazoleta que envolvía el templo de Juno, un relámpago le permitió ver la espalda de los esclavos que corrían. Se apuraban por la lluvia, pero no llevaban al lobo detrás.

—¡Hijo de mala madre! —le gritó al aire viciado de la noche, cargado por la tormenta.

Resolló antes de poder pensar. Entonces comprendió y se revolvió asustado, mirando en todas direcciones. Buscándolo.

El cielo se abrió y cayó otro relámpago.

Estaba allí, a apenas veinte pasos, recortado contra la luz de las centellas. Con el pelo mojado, la enorme bocaza abierta y los belfos recogidos, el lomo tieso, gruñendo.

Llegó el trueno y venció la oscuridad.

Ya no lo veía y el centurión sacó la espada que ocultaba en sus ropas. Dispuesto a todo.

El repicar de la lluvia era ensordecedor. Las sombras se confundían en la cortina de agua. Lucio Trebellio giró sobre sí mismo. Se volvió de nuevo.

—¡Vamos! ¡Vamos! —bramó con cuanto quedaba en sus pulmones.

Dos destellos gemelos galopaban hacia él. Envueltos en un verde fantasmal, los ojos de la fiera, brillantes en la escasa luz, se le venían encima.

Tensó todo su cuerpo. Adelantó el brazo armado y se preparó para luchar.

Se acercaba y pudo distinguir la silueta, la pelambre empapada y revuelta, la quijada lista para deshacerle el gaznate.

Giró la muñeca y asentó el hierro.

Pero el lobo pasó de largo a su lado. Dejando una exhalación de aire y tufo a

pellejo mojado.

* * *

La tormenta había dejado el cielo frío y despejado de marzo al servicio de un sol que se calentaba para la primavera. La reunión en el Senado ya debería haber comenzado. Aquel día hubiera decretado una buena recompensa para sus veteranos. Siempre había cuidado de ellos y de sus lealtades.

Y aun así, Lucio Trebellio no estaba.

La muerte venía hacia él en las manos de quienes deberían defender la ley.

Solo podía explicárselo de una manera. Su centurión había muerto.

* * *

Se revolvió, perplejo. Preparado para una acometida que habría de venirle por la espalda.

Pero el lobo ya no estaba.

Y Lucio Trebellio cayó en la trampa. Echó a correr tras la bestia sin pensar siquiera que, con ese gesto, condenaba a su comandante.

* * *

El puñal ensartó las costillas del general. Y la muerte se escurrió por el filo hasta las entrañas del vencedor de la guerra civil, del conquistador, del supremo pontífice, del cónsul, del dueño de Roma.

Se volvió con el estilete en la mano. No tenía otra arma que aquel punzón para la cera.

Entonces llegaron más.

Todos armados. Sus metales relucían al sol impecable de la mañana.

A muchos de ellos los había perdonado en la traición. A otros los había llamado amigos. A algunos les había concedido glorias y honores. A unos pocos los había odiado siempre.

—¡Abajo la tiranía! —gritó alguien en el tumulto.

—¡Viva la República! —lo secundó otro con voz ronca.

—¡Muerte al tirano!

Otra mano empuñó otro hierro. Otra herida se abrió en otro renglón de carne.

Los cobardes se repartían la culpa golpeando todos a una. Y el vencedor de la guerra civil sabía que sus días se terminaban.

* * *

La tormenta arreciaba. Escurría los mármoles de Roma y las estatuas lloraban aquella lluvia pesada. La tempestad anegaba la noche y empapaba la ciudad.

Las sandalias de Lucio Trebellio abofeteaban los charcos. Corría. Y el centurión tampoco pensó que las ocasiones en las que vislumbraba una zancada del lobo eran

solo porque la fiera así lo quería.

Dobló las mismas esquinas que la bestia. Se perdió en el laberinto de piedra en pos de las sombras del lobo. Siguiendo los destellos de pelambrera que los relámpagos encendían.

No se dio cuenta de lo que hacía hasta que, al saltar una tapia, los tolmos renegridos del Esquilino lo acogieron. En aquel camposanto los perdidos no se movieron, pero el lobo le estaba esperando.

Era un lugar de miseria, excrementos y huesos. Un lugar acostumbrado a la muerte. Un buen lugar para morir.

Tantas batallas le habían enseñado al centurión cuándo llegaba el momento de batirse.

Y había llegado.

La bestia aguardaba. Con la cabeza gacha, las patas tensas, el lomo encorvado y la pelambre erizada. Con los ojos ardiendo. Chantada en la piedra. Erguida sobre los restos de una tumba con las esquinas comidas por el tiempo. Con pinturas que no eran más que borrones sin color. Los últimos que habían vertido vino sobre ella habían muerto muchos años atrás. Ya no era más que polvo. Apenas el recuerdo de una vida.

La tormenta, henchida, atronaba sobre las colinas de Roma.

—Voy a despellejarte…

No gritó, solo enterró un susurro en el rumor de la galerna. Dejó ir las palabras entre sus grandes dientes cuadrados, tensando su pescuezo de buey, apretando la empuñadura de su hierro con aquellos dedos como tenazas.

—Te abriré las entrañas, las quemaré y esparciré las cenizas…

Lucio Trebellio abanicó el aire con la punta de su espada, incitando a la bestia a atacar. Y un racimo de gotas salió desperdigado desde el filo del arma.

El lobo gruñó. Un temblor profundo y ronco que pudo oírse incluso en el retumbar de la tempestad.

Y en respuesta quiso el centurión dar un paso hacia su enemigo, pero un rayo se derrumbó junto a ellos. Y todo se convirtió en luz blanca, todo quedó anegado en el tufo de un caldero vacío requemándose al fuego del hogar.

Pensó que se le venía encima y Lucio se echó atrás, nervioso, preparado para matar.

Cuando el resplandor se apagó y pudo de nuevo ver los telones de agua oscura, descubrió que el lobo ya no estaba.

Enseñado por la guerra, el centurión se volvió al instante.

Aquella fiera venía hacia él con el odio enganchado en los colmillos.

El lobo galopaba bajo el arreciar de la lluvia. De su pellejo saltaban miles de gotas que se perdían en los desaguaderos del Esquilino. Dio una última zancada, juntó las manos, saltó, abrió las quijadas.

El centurión apenas tuvo tiempo de reaccionar. No fue capaz de otra cosa que de

levantar el brazo para proteger el pescuezo. Y el lobo se le enganchó en la carne con la fuerza misma de la tormenta.

Explotó otro relámpago cubriéndolos de un velo desteñido.

La bestia apretó los dientes y llegó al hueso. Soltó y volvió a hincar los colmillos.

Trastabillando, vencido por el impulso, Lucio estuvo a punto de caer. Solo su voluntad de soldado lo mantuvo en pie.

El retumbar del trueno se tragó el crujido del hueso al ceder ante la brutal dentellada. El brazo del centurión se partió como leña seca. Y Lucio Trebellio gritó con todo el aire que le cabía en el pecho. Pero ni siquiera así la bestia cejó.

La herida derramaba sangre y el lobo molió las carnes del hombre con todo su rencor.

La espada cayó de la mano, ya inútil.

Danzaron con la muerte. Se movieron de un lado a otro, sacudiéndose enfebrecidos.

Se dio cuenta el centurión de que había perdido toda la ventaja. Tendría que luchar a golpes y a mordiscos. No le quedaba otra que apretar los dientes, aguantar, e intentar salir de allí lo más entero posible.

Espantó el dolor que sentía. Se rehízo como pudo y, armando el hombro y las caderas, soltó un brutal puñetazo en el que descargó cuanto tenía.

El lobo recibió el golpe en el costillar. Pero no sintió el quebrarse de los huesos. Solo apretó aún más la mordida.

Otro puñetazo con la mano sana.

Y otro.

Con el último golpe del hombre, una astilla se le revolvió en las entrañas. El dolor lo atravesó de parte a parte. Y el lobo, con un gemido que no pudo contener, soltó su presa.

Quedaron los dos mirándose, atravesados por el odio.

El hombre intentaba contener los despojos de su brazo.

El lobo se movía a un lado, apartándose del dolor que le palpitaba en el costado.

Giraron el uno en torno al otro.

Se abrió de nuevo el cielo y otro relámpago ardió sobre los muertos del Esquilino. Fue entonces cuando Lucio vio el refulgir del metal cubierto de agua.

El centurión se lanzó a por su espada.

El lobo saltó abriendo la bocaza.

La tormenta arreció. Prendió el fuego en la lluvia.

A lo lejos, en el este, el sol se alzaba tímidamente, pidiendo permiso antes de atreverse a amanecer.

* * *

Vio el sol brillar en el cielo que la tormenta había limpiado. A lo lejos, las colinas se entrecruzaban con los templos y los palacios. Roma había sido su sueño, y ahora sería

su sepultura.

Vio a sus asesinos.

No vio a Lucio Trebellio Máximo.

Sintió el golpe de otra puñalada.

El gran general, el señor de la guerra, el hombre que había conquistado la Galia, reconoció a la muerte.

Murmuró algo para uno de ellos, uno al que había querido.

Recordó su testamento y pensó en su sobrino. Quizás el joven Cayo tuviera mejores mañas para librarse de la traición.

Se arregló la toga empapada en sangre con manos a las que se les escapaba la vida.

Se cubrió la cabeza.

Y el gran general, el dueño de Roma, el vencedor de la guerra civil, intentó recomponerse.

Dispuesto a morir con dignidad.

* * *

La tormenta escupió sus últimos gargajos, y se esparció por el horizonte, dejando un cielo recién lavado en el que brilló con fuerza el sol de levante.

Amanecía sobre Roma. Y, tras la intensa aguada, incluso la porqueriza del Esquilino parecía limpia y sana.

Las bandas de ladrones se escondían en los mausoleos desatendidos. Las ánimas en pena regresaban a sus tumbas. Un gato negro con media oreja arrancada en alguna riña de amores, subido en la basa rota de una columna olvidada, se limpiaba afanoso el hocico, soleándose con los primeros calores de la mañana.

Un poco más allá, al final de los restos de la columnata que el gato coronaba, apareció Lucio Trebellio renqueando.

El centurión se sujetaba el brazo herido con su otra mano, a la que le faltaban la mitad de los dedos, salvajemente arrancados. Estaba cubierto de sangre y arañazos. Uno de los carrillos le colgaba en un guiñapo sanguinolento. En el cogote se le abría una brecha que se retorcía en la espesa pelambrera. No tenía su espada. Tampoco esperanza. Pero intentaba apurarse. Tras él quedaba el ruido rasposo del pie descalzo que arrastraba sobre la roña que cubría el suelo del Esquilino.

Quería correr. Hacia el Campo Marzio, hacia el teatro donde se reuniría el Senado. Al lugar donde le aguardaba su deber. Tenía que proteger a su comandante. Al precio que fuera, incluso si le iba en ello la vida.

De no haber sido cuesta abajo, lo más probable es que ni siquiera hubiera sido capaz de avanzar. Otro no se tendría en pie. Pero el centurión Lucio Trebellio Máximo era un cachorro de las legiones de la Loba. Uno de los duros. Y hubiera seguido caminando; aun con el vientre abierto y el extremo de sus tripas atado a una de aquellas columnas. Hubiera seguido caminando mientras se le desmadejaban las

entrañas.

La expresión de sus ojos rayaba la locura.

Entonces vio algo. Y se detuvo. Miraba fijamente hacia el final de la pendiente, donde las ruinas de una plazoleta servían como desagüe a unos pocos callejones oscuros por los que se hundía la miseria del Esquilino.

—¿Aún vives?

Intentó alzar una mano. Negaba una y otra vez con su barbilla rotunda, rociada de barba recia, salpicada de cuajarones resecos.

—Maldito bastardo —se le escapó en un susurro que apenas se oyó.

Al otro extremo de su mirada estaba el lobo.

Las huellas de la pelea también le recorrían el cuerpo. La sangre le bañaba el pelaje revuelto, lo llenaba de abalorios granates. Estaba igual de maltrecho que el hombre. Y, como el hombre, estaba decidido a morir antes que olvidarse del deber.

Por única contestación, el lobo enseñó los colmillos afilando los hocicos.

No le dio oportunidad al centurión a decir nada más.

Lucio negó por última vez.

El lobo atacó.

Y, tal y como su comandante hubiera esperado, el veterano no se resignó a su suerte. Alzó el muñón, también cuanto quedaba de su otra mano, asentó como pudo los pies, y se preparó para defenderse.

Pellejo desgarrado, garras, colmillos y furia. Esa fue la avalancha que cayó sobre el curtido legionario.

Duró apenas un parpadeo.

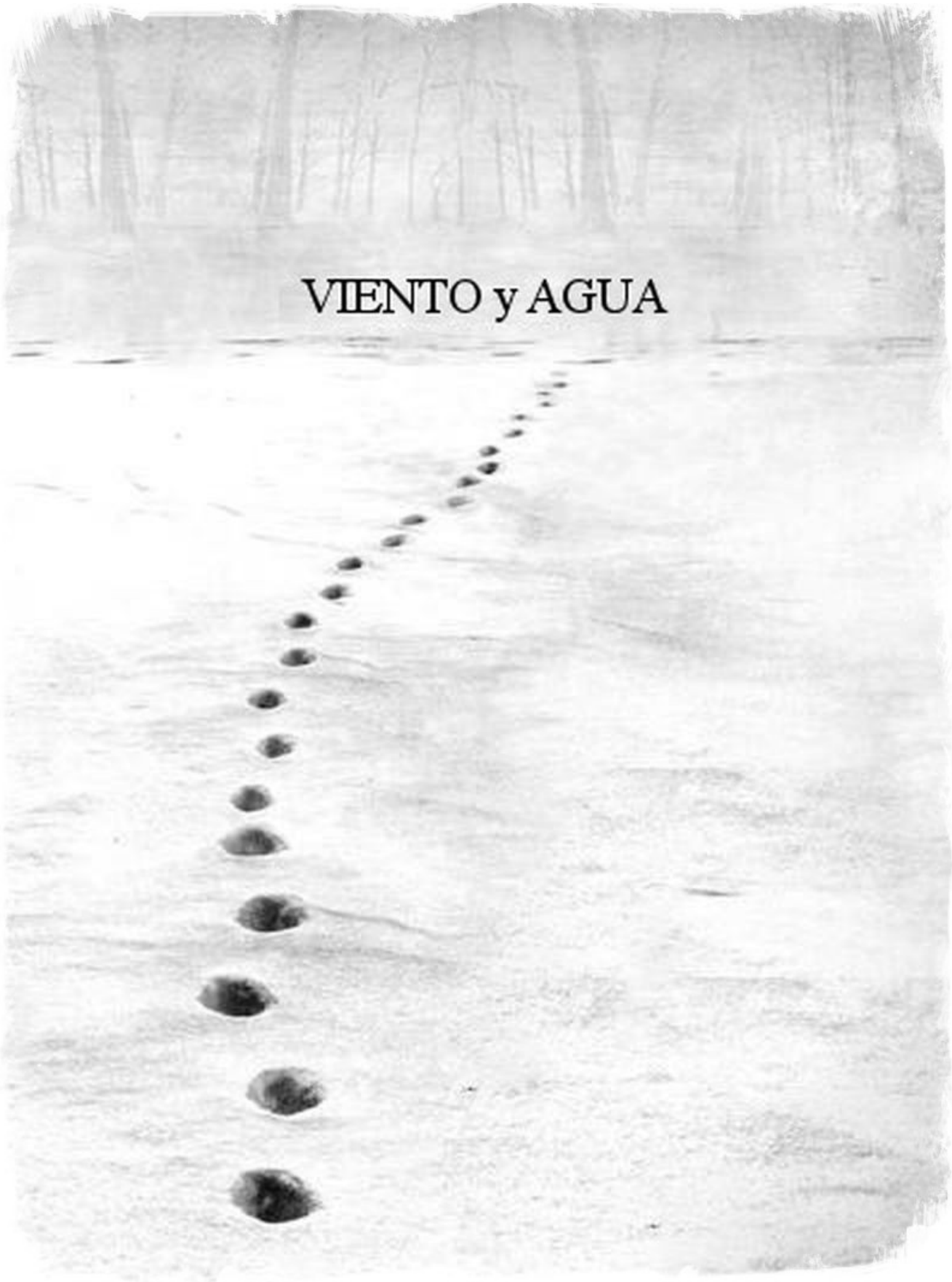
Todo se volvió oscuridad.

El cansancio se fue escapando y llegó la paz.

Había sobrevivido a las más duras campañas, había mandado a los hombres más aguerridos, había cumplido las órdenes más inconcebibles, había marchado a través de cañadas infranqueables. Pero el centurión Lucio Trebellio Máximo se topó al fin con algo fuera de su alcance: el odio que la codicia de su comandante había engendrado en aquella masa hirviente de pelambre y dientes.

Murió. Casi al mismo tiempo que su general, al otro extremo de Roma, exhalaba su último aliento.

Los dos murieron.


VIENTO y AGUA

En la eterna Roma gobernaba el miedo.

La noticia corrió de un extremo al otro de la ciudad en un suspiro. En cada esquina, desde el Quirinal hasta el Trastévere, había un par de labios ansiosos por dejar rodar el cuchicheo. Y tras el murmullo de las palabras se cerraban los postigos, apretados por el terror a que las cenizas de la guerra prendieran de nuevo.

Había mensajeros que se apuraban de un lado a otro. Senadores escondidos en la primera puerta que alguien quiso abrirles. Esclavos que soñaron con aprovecharse de la incertidumbre para seguir los pasos de Espartaco. Los conjurados del asesinato vociferaban en el Foro intentando que los desamparados se unieran a su causa. Los fieles del gran general se escurrían por los callejones buscando lealtades que la muerte del eterno comandante no hubiese borrado. Y, por el momento, las únicas que parecieron felices fueron las ratas, encantadas de campar a sus anchas por unas calles que, en su mayoría, habían quedado desiertas ante el espanto del terror.

El sol remetía la mañana en las junturas de mármol de los templos. Y el cielo, plácido, contradecía el humor de los hombres.

Los esclavos de la litera del general, medrosos, incrédulos, se llegaron hasta el cadáver. A su modo, habían aprendido a amarlo. Y el luto les ensombrecía el ánimo.

Allí no quedaba nadie más.

El resto había huido.

Incluso aquellos que durante las sesiones se llenaban la boca hablando del coraje de las legiones de la Loba. Los políticos de Roma exaltaban el arrojo de sus tropas, contaban en sus orgías las hazañas de sus ejércitos en las tierras bárbaras, pero habían olvidado cómo sacar el valor de sus propias entrañas para enfrentarse a lo inesperado.

Indecisos, los porteadores se miraron entre ellos sin pronunciar palabra.

Cubierto por la toga, el cuerpo, desmadejado, yacía en el lujoso suelo al pie de las estatuas, al fin del arco de las gradas donde se hubieran sentado los senadores para regir los designios de Roma. Estaba bañado en la sangre que los puñales habían liberado.

Era cuanto quedaba del gran general que había empujado las fronteras de la Loba hasta allende el horizonte.

Los esclavos lo recogieron con mimo. Lo depositaron en la litera. Y, rehaciendo el ánimo, se echaron a andar hacia el que había sido el hogar del supremo pontífice de la ciudad.

Tras ellos quedaba un reguero de sangre que iba goteando.

Y a los pocos pasos, el brazo muerto del general resbaló fuera de la litera. El mismo que había ordenado mil veces la carga de infantería, el mismo que en tantas ocasiones había empuñado la espada.

Una gota más se escurrió hasta el índice.

Cayó sobre una piedra. Regó la ciudad que tanto había amado el general.

* * *

El lobo, desaliñado, herido, descendió a trompicones desde las alturas del Esquilino. Decidido a terminar la tarea.

Presentía el final.

Se lo decía su instinto, gritándole desde el fondo de su pecho.

Sabía que no podía esperar a la noche. No aguantaría.

Sus heridas se cobraban el pago pendiente desde la caída en el despeñadero de los Alpes. No le quedaba tiempo.

Aun así, solo se cruzó con un chiquillo roñoso que pasó corriendo a lo lejos. Roma estaba demasiado ocupada con sus temores para prestarle atención a la bestia que había llegado del oeste.

Y el lobo lo sintió. La madriguera de los hombres apestaba a miedo. O se habían escondido o habían huido.

No fue más que un perro callejero paseando por una ciudad desierta.

Sin embargo, la mañana tendía su luz sobre la Roma más soberbia. La embellecía. Aun pese al terror que amenazaba con surgir de las cloacas de su política.

La ciudad parecía engalanarse para despedir a su señor. Resplandecía. Vibraba entre las fumarolas de vapor que el calor del día levantaba desde los huecos donde el agua de la tormenta descansaba.

Y sobre las piedras húmedas brillaban los encantos de los palacios. El travertino de las estatuas relumbraba. Las tallas cobraban vida. Los enlucidos titilaban en sus colores. Las cenefas que recorrían las piedras daban la impresión de serpentear entre las columnas.

Y solo el lujo de la impresionante Vía Sacra recibió al lobo. Nada más. Nadie.

La portentosa obra de los hombres empequeñecía al lobo.

Aunque a él no le importaba. Caminaba sobre los charcos esparcidos. Tras él quedaban sus huellas. Solitarias en la inmensidad de Roma.

Buscaba un rastro, el de aquel que llevaba prendidas las tormentas. El de aquel que había empuñado el metal.

Y lo encontró.

En aquellas mismas losas en las que sus garras resonaban con cada tranco. Allí estaba la pista.

Era un reguero de gotas carmesí. Era muerte vertida de a poco.

La violencia los consumía como fuego incandescente. Los hombres se mataban los unos a los otros, y habían vuelto a hacerlo.

El que seguía a las tempestades había muerto.

Ya no podría cobrarse el odio engendrado.

El hombre al que buscaba había muerto.

Todos habían muerto.

Mientras el lobo dudaba, un tumulto empezó a crecer en el sur, hacia el río. Las voces se abrían paso en el aire diáfano. Y él solo les dedicó una mirada de

indiferencia.

Volvió a oler el rastro. Sobre la sangre del gran general caían más gotas, las que se escurrían entre el pelaje revuelto del lobo.

Ya no le quedaba más que una cosa por hacer.

El griterío crecía. Una multitud se acercaba. El lobo viró hacia poniente.

El hombre marcado por las tormentas había muerto. Todos habían muerto. Eso era lo que sabía.

Pero no era más que un lobo. Y no sabía que su venganza se había consumado; habían pagado con creces por su codicia. Y tampoco sabía que el porvenir de Roma había cambiado.

Porque tejida en las heridas que le abrían la carne llevaba escrita la historia de los hombres.

No lo sabía.

Aun así, el lobo había forjado un destino nuevo para Roma. Para cuanto surgiese de las cenizas mismas que los siglos dejarían tras de sí en la ciudad. Pero no lo sabía.

No era más que un lobo. Herido y descalabrado.

Los gritos ya no estaban lejos. Podían oírse rebotando de esquina en esquina. El postigo de una ventana en un tercer piso se entreabrió y un rostro sucio echó una ojeada curiosa.

—¡El tirano ha caído! —trajo el viento.

El lobo resopló indiferente. Aventó una vez más aquel rastro de muerte. Todos los cazadores. Eso sí que lo sabía. Lo había logrado. Ya no quedaba ninguno. Había acabado con todos.

Volvió a mirar hacia poniente, hacia el lejano hogar.

—¡Viva la República! —gritó alguien unas calles más abajo.

Ya solo le quedaba una cosa por hacer. Nada más.

—¡Le han asesinado! —insistió el viento.

Renqueando. Ahogando el dolor. Echó a andar hacia el oeste. De regreso. Hacia sus montañas.

—¡Julio César está muerto!

Alguien más coreó la noticia.

El sol reverberaba sobre una Roma convulsa. Un lobo atravesaba el corazón mismo de la ciudad. Cojeaba. Se tambaleaba. Su sangre teñía las piedras.

Iba rumbo a poniente.

Roto por la codicia de los hombres.

Ya nada le quedaba. Había cambiado el destino de sus enemigos. Vendría una nueva guerra. Vendría un nuevo tirano. Vendría de nuevo la codicia. Pero al lobo no le importaba. Ya nada le quedaba.

Seguiría andando hasta llegar a su destino. O moriría en el camino.

Regresaba. Para acurrucarse junto a su calor. Para sentirla a su lado. Regresaba.

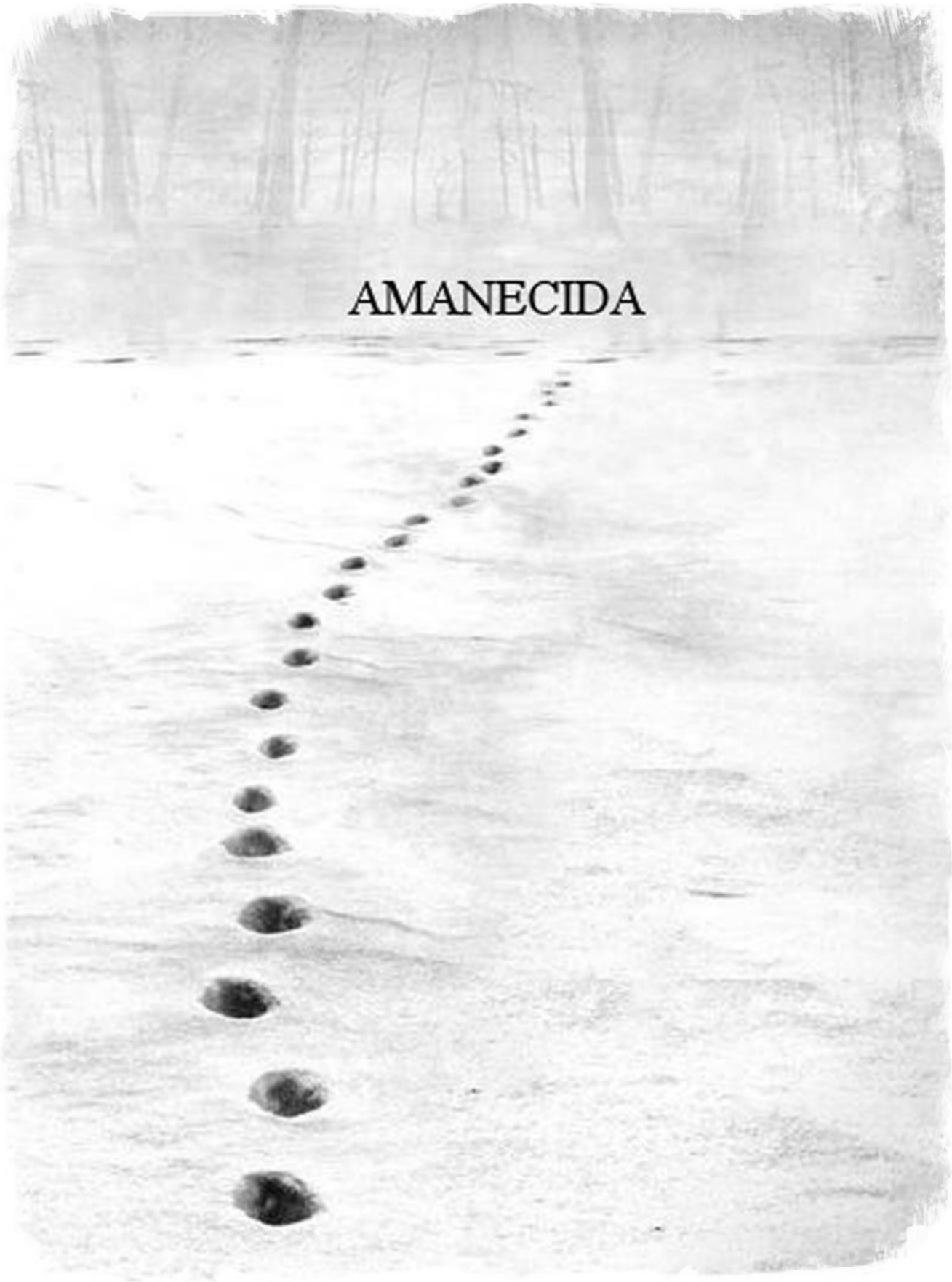
Hacia los montes del oeste. Hacia las tierras que se hundían en el océano. Hacia el

fin del mundo. Hacia el calor de la lobera.

Hacia ella.

—¡Julio César está muerto!

Se lo contó el viento.


AMANECIDA

Estos, querido lector, son los manantiales de un cuento, los arroyos de una leyenda, el río de una novela:

He escrito muchas historias. Algunas malas, otras muy malas. Unas pocas buenas. Y quizá un par de ellas con talento suficiente para encontrar un hueco en la memoria.

Porque historias hay muchas, pero muy pocas perduran. Y solo esas, las que no se olvidan, dan sentido al trabajo del escritor.

Y yo he escrito muchas historias, muchas. Y en todas ellas he sufrido. Para que fuesen mejores, para que engendrasen sensaciones, para que encontrasen su camino hasta las tripas del lector y las revolvieran. Para que tuvieran sentido encontrando su valor entre los recuerdos de quien las leyera.

Y en todas puse buena parte de mí, de mis recuerdos, de mi alma, de mi vida. Porque eso, como poco, es lo que les debo a los que se sumergen en mis cuentos. Porque tengo la obligación de intentar que merezcan la pena para aquel que decide confiar en ellos.

Sin embargo, en esta historia hay algo más. Algo distinto que no quedó en ninguna otra. Algo que se ha desgarrado de mis entrañas para quedar esclavo de la tinta y el papel.

Es cierto que en estas páginas que acaba de pasar hay una buena tajada de eso que la historia de los hombres llama verdad.

Tras vencer en algún lugar del sur español —aún sigue siendo desconocida la localización exacta de la batalla de Munda—, Julio César pasó tres meses en España que no están demasiado claros para los cronistas. Y parece cierto que conocía Galicia, y sus ríos, y sus montes; de hecho, existe constancia de que había estado en España con anterioridad, primero como simple cuestor y, más tarde, revestido con la autoridad de todo un gobernador. Y, como se puede comprobar visitando el yacimiento de Las Médulas o cualquiera de las minas descubiertas recientemente en el noroeste español, a comienzos del período imperial salían de Galicia casi diez toneladas de oro al año; y todo aquello lo empezó, por propio convencimiento, el sobrino del gran general, el joven Cayo, Cayo Octavio Turino, el mismo cuya ambición convertiría en el primer emperador de Roma (aquel que sería recordado como Cayo Julio César Augusto); personaje controvertido de matices muy oscuros. Más aún, es la historia la que nos cuenta que los lavanderos temían a los mochuelos, porque estas rapaces eran presagio de muerte y los que guardaban luto, al vestir de negro, acudían menos a estos negocios; y es verdad que el tinte de rubia de los capotes de lana se gastaba pronto y buena parte de las legiones vestía, en realidad, de un glamuroso rosado; y también que había una enormidad de tropas auxiliares de origen local, como los hispanos de la guardia personal del propio Julio César, muy impresionado por la lealtad de los soldurios celtas; así como no lo es menos el hecho

de que Roma se hizo grande con el pico y la pala, no con la espada.

Y unas cuantas pinceladas más que están ahí para el que quiera descubrirlas. Me gustaría pensar que quien lo desee disfrutará encontrando referencias a otros personajes y eventos reales; hay muchas, pero no se ahondó en ellas porque lo único importante era el ritmo narrativo.

Por otro lado, también han quedado en estos capítulos un puñado de buenas verdades sobre lobos y, cómo no, sobre los bosques, las montañas y los ríos.

El sentido moral, sea como fuere que deseemos entender el término, y la capacidad de empatía de buena parte de los animales superiores están siendo objeto de muchos estudios en los últimos años, y las conclusiones son de lo más sorprendentes. Se han documentado lobos, líderes de la manada, que después de la muerte de la hembra se volvieron ejemplares solitarios. También empieza a comprenderse algo sobre sus territorios, el modo en que los marcan y cómo afecta eso al resto de los animales de su entorno ecológico inmediato. Los lobos se pasan la lengua por el hocico con frecuencia antes de olfatear un rastro para asegurarse de que esté húmeda, pueden regurgitar para un adulto enfermo o indispuesto como si se tratara de un cachorrillo, se restriegan en la carroña para disimular su olor, elaboran estrategias de caza; aunque todavía no puede afirmarse si es algo que surge como resultado de predisposiciones o si es causado, entiéndase, por su capacidad individual.

En fin, que en esta novela se ha intentado usar la mejor cimentación posible. Porque era necesario que la verdad sustentase la imaginación de la narrativa. Pero también hay algo más, algo mucho más importante…

Nací en tierra de lobos. Y de niño escuché mil cuentos abrazado al fuego del hogar.

Mientras el viento apretaba las piedras de la casa, los mayores hablaban. Fuera el invierno arreciaba y, al calor de la lumbre, mi imaginación cruzaba los bosques a lomos de relatos sembrados de *meigas* y *lobishomes*.

Pasaron los años, siempre más rápidos que la idea que uno pueda hacerse de ellos. Y yo busqué aquellas mismas historias. Y las encontré.

Aún recuerdo sus ojos viejos, cansados de verse las arrugas. Y también recuerdo las manchas que le cubrían las manos callosas, tullidas por la artrosis. Y su voz ronca. Y su rostro oreado por el bosque. Era un alimañero.

Yo había jugado al dominó, bebido unos cuantos tiros de ese aguardiente verdoso que algún día sustituirá al petróleo, paseado por cien tabernas en las orillas de las montañas; buscaba recuperar aquellos *contos* de mi niñez. Y él, viejo como un roble, ya había dejado de encontrarse; tan solo veía el tiempo pasar.

Cuando la noche cayó, solo quedábamos el alimañero y yo en la posada. Entonces, por lo bajo, desconfiando, me contó algo que me supo a su aliento de orujo curado. Y también a miedo.

Era un hombre duro, de los que se habían baqueado abriendo las entrañas de las

tierras que conocen la nieve en el invierno. Había matado y visto morir, llevaba el fantasma de una guerra en el recuerdo. Y me contó algo que jamás olvidaré.

En los tiempos del hambre, cuando la sangre derramada en las batallas aún no se había secado, se había hecho una vida persiguiendo a los señores del bosque. Las gentes tenían miedo, las reses eran irreemplazables. Y él se llevaba los duros al bolsillo matando lobos.

Por eso le llamaron a una aldea, una perdida en un risco donde el ganado había sido diezmado. Él tenía la fama y ellos la necesidad.

E hizo su trabajo. Tan bien como pudo. Aunque una pareja se le quedó en el tintero, agarrados a aquella ladera escarpada como garrapatas. Eran listos y evitaban las trampas. Pero el alimañero era porfiado y el trabajo no se cobraba si no era completo.

Mató a la hembra.

Pero el macho escapó.

Y el alimañero, pasados los días sin novedad, cobró y marchó, lejos, a otro lugar donde ganarse otros pocos dineros, o algo de pan, porque la guerra, si había dejado algo, había sido hambre.

Incluso se olvidó de aquel macho cuya huella señalaba en la mesa de la taberna abriendo la mano contra la tabla desbastada antes de echarse otro trago de aguardiente al coleto.

Y fue entonces cuando llegó el miedo.

Aquel gran lobo, aquel cuyas calcas en el barro encogían los huevos de los bravucones, lo persiguió. Lo persiguió como un alma en pena. Y el alimañero huyó.

Y una noche, en un pajar olvidado, él pasó la vigilia temblando mientras los aullidos de la bestia, allá fuera, le prometían muerte.

El miedo que vi en sus ojos bañados por el aguardiente lo llevo clavado en mi memoria. Lo he llevado siempre…

Y siguieron pasando los años.

Hoy en día, gracias a la bondad de los lectores, me he vuelto a vivir al campo. He podido regresar a los mismos montes donde viví de niño. Y escucho a los lobos junto a mi casa. Y sigo sus huellas. Y mi perro me acompaña en largas caminatas en las que persigo su rastro para maravillarme. Y los libros, mis fieles amigos, me cuentan los secretos que los sesudos descubren, me explican las verdades de las manadas, los arrumacos de la pareja, la crianza de los lobatos.

Y, de vez en cuando, los veo, allá a lo lejos, en la ladera de enfrente, al amanecer, cubiertos en la niebla, siguiendo el paso de unos corzos.

Luego vuelvo al hogar y se lo cuento emocionado a mi esposa, que me mira con ojos indulgentes, que sabe que he rozado la locura en más de una ocasión y, aun así, continúa amándome.

Así que, querido lector, sepa que en estas páginas, le hayan gustado o no, hay algo más que tinta y papel.

He escrito muchas historias, pero en esta hay tripas, y alma, porque en esta historia he vertido buena parte de lo que había en mí. En esta historia está mi sangre, mi corazón, mis sueños, mi odio.

Porque historias hay muchas, pero muy pocas perduran. Espero haberlo hecho bien. Y que el viaje haya merecido la pena.

Gracias, gracias a todos; a todos y cada uno de aquellos que han tenido la bondad de recordar mis cuentos. Editores, libreros, periodistas, lectores; gracias, de todo corazón. De no ser por ellos esto no merecería la pena.

Muchas muchas gracias… Gracias.

homo homini lupus.
El hombre es el lobo del hombre.

(PLAUTO, *Asinaria*).

FRANCISCO NARLA (Lugo, 1978). Es escritor y comandante de línea aérea. A pesar de su juventud, a lo largo de su ya extensa carrera literaria, se ha atrevido con todos los géneros. Ha publicado novela, relatos, poesía, ensayos técnicos y artículos, estos últimos relacionados fundamentalmente con su profesión, pero también con sus aficiones y filias, entre las que encontramos actividades tan dispares como los bonsáis, el tiro con arco, la pesca con mosca o la cocina.

Polifacético donde los haya, Francisco Narla ejerce también como orador. Así, ha participado en diferentes foros, como centros universitarios o programas de radio y televisión (Cuarto milenio, El guardián de la noche o Milenio). Comprometido también con la defensa de la cultura, ha abanderado proyectos como Lendaria, destinado a recuperar, proteger y divulgar la tradición mágica de su tierra, Galicia.